

ERLE STANLEY
GARDNER



PERRY MASON



EL CASO
DEL OJO
DE CRISTAL



Hartley Basset, un rico hombre de negocios, aparece muerto junto a una nota de suicidio escrita a máquina y tres armas de fuego. Para Perry Mason el suicidio es demasiado evidente. Su mujer quería ser libre, su hijastro le odiaba, un estafador no podía devolverle el dinero, y no hay que olvidar al hombre con un ojo de cristal que había contratado a Mason y cuyo ojo perdido apareció en las manos de la víctima.



Erle Stanley Gardner

El caso del ojo de cristal

Perry Mason - 06

ePub r1.0

Titivillus 23.12.2014

Título original: *The Case of the Counterfeit Eye*

Erle Stanley Gardner, 1935

Traducción: Guillermo López Hipkiss

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Capítulo I

Perry Mason volvió la espalda a los rayos del sol matutino que se filtraban por las ventanas de su despacho particular y contempló el montón de correspondencia que tenía por contestar, con fruncido entrecejo.

—Odio esta rutina de despacho —dijo.

Della Street, su secretaria, le miró con ojos que contenían un destello de regocijo en su serena profundidad. Su sonrisa era tolerante.

—Supongo —dijo— que, habiendo acabado de salir de un caso de asesinato, le gustaría meterse en otro.

—No necesariamente en un caso de asesinato, sino que me gustaría una buena lucha ante un jurado. Me encantan las causas criminales dramáticas, en que el ministerio fiscal hace estallar una bomba inesperada bajo mis pies y, mientras surco los aires, intento calcular cómo voy a arreglármelas para caer de pie cuando aterrice... ¿Y ese individuo del ojo de cristal?

—¿El señor Peter Brunold? Le está aguardando en el despacho general. Le dije que, probablemente, delegaría usted el asunto a un ayudante. Él contestó que si no podía verle a usted personalmente, no le interesaba ver a nadie.

—¿Qué aspecto tiene?

—Tiene unos cuarenta años y abundante cabellera negra y rizada. No le falta cierto aire de distinción y parece haber sufrido. Es uno de esos hombres a los que se tomaría por poetas. Se advierte algo singular en su expresión... un algo espiritual, sensitivo... Le encontrará usted simpático; pero si no me equivoco, es de los que podrían proporcionarle trabajo... un soñador romántico, capaz de cometer un asesinato sentimental si le pareciese que las circunstancias se lo exigían.

—¿Se nota fácilmente el ojo de cristal?

—Yo no lo noto ni poco ni mucho —contestó Della—. Siempre creí que me era posible conocer un ojo de cristal a la legua; pero nunca se me hubiera ocurrido pensar que pudiera pasarle algo en la vista al señor Brunold.

—¿Qué es, exactamente, lo que dijo acerca de su ojo?

—Me dijo que tenía un juego completo de ojos: uno para la mañana, otro para el atardecer, el tercero levemente inyectado en sangre, el cuarto...

Perry Mason se dio un puñetazo en la palma de la mano. Le brillaron los ojos.

—Llévese esa pila de correspondencia, Della —ordenó—, y haga pasar al hombre del ojo de cristal. He luchado en defensa de testamentos o impugnándolos, en juicios por calumnia, difamación, libelo y reclamando daños y perjuicios; pero que me ahorquen si he tenido alguna vez asunto alguno en que figurara un ojo de cristal y aquí es donde voy a empezar. Que pase.

Della Street sonrió, salió silenciosamente por la puerta que conducía a la sala de espera donde se les pedía que aguardaran a los clientes que deseaban ver a Perry Mason personalmente. Un momento después, se abrió la puerta.

—El señor Peter Brunold —dijo Della.

Brunold pasó por delante de ella, cruzó el despacho hacia Perry Mason y le tendió la mano.

—Gracias por recibirme personalmente —dijo.

El abogado le estrechó la mano y le miró con curiosidad los ojos.

—¿Sabe usted cuál de los dos es? —inquirió Brunold.

Al mover Mason la cabeza negativamente, Brunold sonrió, se sentó y se inclinó hacia delante.

—Ya sé que está usted ocupado. Voy a ir al grano en seguida. He dado a su secretaria mi nombre, señas, ocupación y todo eso, conque no me preocuparé de ello ahora. Voy a empezar por el principio y contárselo a usted todo. No le haré perder mucho tiempo. ¿Entiende usted algo de ojos de cristal?

Perry Mason sacudió negativamente la cabeza.

—Bueno, pues yo le diré algo. El hacer un ojo de cristal es un arte. No hay más de trece a catorce personas en todo Norteamérica que sepan hacerlos. Un buen ojo de cristal no se distingue de un ojo

natural si la cuenca del ojo no está estropeada.

Mason, que le miraba de cerca, dijo:

—Está usted moviendo los dos ojos.

—Claro que estoy moviendo los dos ojos. La órbita de mi ojo no recibió daño alguno. Tengo un noventa por ciento de movimiento natural. Pues bien —prosiguió—, los ojos de un hombre varían. Tiene las pupilas más pequeñas de día que de noche. A veces un ojo bueno queda levemente inyectado en sangre. Eso puede ser debido a muchas causas: a un viaje muy largo en automóvil, al hecho de haber pasado una noche sin dormir, o al haberse emborrachado. En mi caso se debe, generalmente, a una borrachera. Soy un poco quisquilloso en lo que a mi ojo se refiere. Se lo digo a usted porque es mi abogado. Tengo que decirle a mi abogado la verdad, de lo contrario, antes le vería ahorcado que hablarle de mi ojo postizo. Ninguno de mis amigos íntimos sabe que tengo un ojo de cristal.

»Tengo un juego de media docena de ojos... algunos de ellos duplicados... otros para usar en distintas ocasiones. Me hice hacer un ojo inyectado en sangre. Resultó una verdadera obra de arte. Lo usaba al día siguiente de haber estado de juerga.

El abogado asintió con la cabeza.

—Prosiga —dijo.

—Alguien me lo robó y me dejó uno falso en su lugar.

—¿Cómo lo sabe usted?

Brunold soltó un resoplido.

—¿Cómo había de saberlo? De la misma manera que sabría cualquier cosa. ¿Cómo lo sabría usted si alguien le robara el perro o el caballo y le dejara un chucho de raza indefinida o un podenco en su lugar?

Sacó un estuche del bolsillo, lo abrió y exhibió cuatro ojos artificiales dentro de compartimientos de cuero.

—¿Lleva usted eso encima siempre? —inquirió Mason, con curiosidad.

—No. A veces me meto un ojo de repuesto en el chaleco. Tengo un bolsillo forrado de gamuza para que no se arañe el ojo. Siempre llevo este estuche en la maleta cuando voy de viaje y lo guardo en la mesa de tocador cuando estoy en casa.

Sacó un ojo de cristal y se lo entregó al abogado.

Mason lo miró, pensativo.

—Está bastante bien hecho —comentó.

—Al contrario, no podía estar hecho peor. La pupila está un poco deformada. El iris es irregular; los colores no están combinados y las venas son demasiado encarnadas. Una vena buena para un ojo inyectado en sangre, tiene cierto matiz amarillento... Ahora échele una mirada a este ojo y podrá ver cómo es un ojo bueno. Claro está que éste no está inyectado en sangre como el primero que le di; pero es obra de un experto. Puede usted ver la diferencia. Tiene mejor colorido. La mezcla de matices está bien hecha. La pupila es regular.

Mason, inspeccionando los dos ojos, movió afirmativamente la cabeza, pensativo.

—¿Este ojo no es de usted? —inquirió, tocando con un dedo el inyectado en sangre.

—No.

—¿Dónde se lo encontró?

—En mi estuche de cuero.

—¿Quiere usted decir con eso, que la persona que le robó el ojo inyectado en sangre lo sacó de este estuche y metió una imitación en su lugar?

—Sí.

—¿Con qué objeto puede haber hecho eso?

—Eso es lo que yo quiero saber. Eso he venido a averiguar aquí. El abogado enarcó las cejas.

—¿Aquí? —dijo.

Brunold entornó los párpados, bajó la voz y dijo:

—¿Y si alguien hubiese robado ese ojo a fin de comprometerme?

—¿Qué quiere decir con eso exactamente?

—El ojo es una cosa individual. Muy poca gente tiene ojos exactamente del mismo colorido. Los ojos artificiales, cuando están bien hechos, se diferencian tanto en estilo de trabajo como la pintura de un artista. Ya sabe usted lo que quiero decir. Media docena de artistas pueden pintar un árbol. Todas las pinturas se parecerán al árbol; pero habrá algo en cada una que permitirá reconocer qué artista la ha pintado.

—Siga; dígame lo demás.

—Imagínese que alguien que quisiera comprometerme me robara uno de los ojos y me dejara una imitación. Imagínese que se

cometiera un delito... un robo o, quizá, un asesinato... y se dejara mi ojo en el lugar del crimen. Me vería negro para convencer a la policía de que yo no había estado allí.

—¿Cree usted que la policía podría identificar su ojo? —inquirió el abogado.

—Claro que sí. Podrían hacerlo divinamente. Un experto en ojos de cristal podría decir en seguida quién era el artista que había hecho el ojo. Reconocería el estilo. La policía podría ponerse en contacto con dicho hombre y enseñarle el ojo. Le echaría una mirada y diría: «Peter Brunold, 3902, Washington Street».

—¿Cree usted —inquirió el abogado, mirándole con fijeza—, que van a dejar su ojo en el lugar en que se asesine a una persona?

Brunold titubeó unos instantes, luego asintió lentamente con la cabeza.

—Y... ¿quiere que lo arregle yo?

Brunold volvió a manifestar su asentimiento.

—¿Un asesinato —dijo Perry Mason— del que usted es inocente o culpable?

—Inocente.

—¿Quién me lo garantiza?

—Tendrá usted que fiarse de mi palabra.

—Y... ¿qué quiere que haga?

—Que me enseñe algún «truco» para salvarme. Usted es abogado criminalista. Usted sabe cómo trabaja la policía. Usted sabe cómo razonan los jurados. Usted sabe en qué forma los detectives trabajan un asunto.

—¿Ha sido cometido ese asesinato? O... ¿va a ser cometido?

—No lo sé.

—Ese «truco» para salvarle a usted —inquirió Mason—, ¿le interesa lo bastante para pagar mil quinientos dólares por él?

Brunold contestó, lentamente.

—Eso depende de lo bueno que sea el «truco».

—Yo creo que es bueno.

—Tiene que ser mejor que bueno. Tiene que ser perfecto.

—Yo creo que es perfecto.

Brunold movió negativamente la cabeza y dijo:

—El «truco» perfecto no existe. Lo he estudiado, mentalmente, numerosas veces. Me pasé media noche despierto intentando hallar

una solución. No hay solución alguna. El ojo puede ser identificado si la policía obra tal como yo digo. Entienda usted bien que no es sólo cuestión de demostrar que soy inocente *después* de haber sido identificado el ojo. Es cuestión de *no querer que la policía identifique el ojo*.

Mason hizo un mohín y asintió lentamente con la cabeza.

—Creo comprender —dijo.

Brunold sacó quince billetes de cien dólares de su cartera y los depositó sobre la mesa de Perry.

—Ahí tiene los mil quinientos dólares —dijo—. Y ahora diga: ¿cuál es el truco?

Mason le entregó a Brunold el ojo inyectado en sangre, se metió el otro en el bolsillo, recogió los billetes y los dobló.

—Si la policía encontrara el ojo de usted primero —dijo lentamente—, lo identificaría en la forma que usted dice. Si encuentran algún otro ojo antes intentarán identificarlo también. Si encuentran el de usted el tercero, darán por sentado que es igual que los otros dos.

Brunold parpadeó rápidamente.

—Dígame todo eso otra vez —pidió.

Mason dijo lentamente:

—Comprenderá lo que quiero decir si lo piensa usted un poco. El inconveniente de su ojo es que está demasiado bien hecho. Es una obra de arte. Usted lo sabe, porque entiende algo de ojos de cristal. La policía no lo sabe... a menos que ocurra algo que llame su atención hacia el particular.

El semblante de Brunold se animó.

—¿Quiere usted decir con eso —preguntó—, que va usted a...?

No acabó la frase.

Mason afirmó con la cabeza.

—Eso —dijo— es *precisamente* lo que quiero decir. Por eso fijé el precio en mil quinientos dólares. Tendré que hacer algunos gastos para arreglar el asunto.

—Quizá pudiera yo ahorrar algunos...

—Usted —afirmó Perry— no va a saber ni una palabra del asunto.

Brunold tendió la mano, asió la del abogado y la estrechó con fuerza.

—Hermano —dijo—, ¡es usted muy listo! Es usted tan listo como el mismísimo demonio. Esa es una idea que a mí no se me había ocurrido y eso que me he estado devanando los sesos toda la noche.

—¿Mi secretaria tiene su dirección?

—Sí; Washington Street 3902. Tengo un tallercito de reparaciones allí... piezas de automóviles... anillas de pistón y todo eso...

—¿Es propiedad suya o trabaja por cuenta de alguien?

—Es propiedad mía. Estoy harto de trabajar para otra gente. Fui viajante muchos años. Viajé en trenes destartados, me estropeé el estómago haciendo malas comidas y gané la mar de dinero para los vivos que se quedaron en su casa y que eran dueños del negocio.

Guiñó expresivamente el ojo de cristal.

—Este lo perdí en un accidente ferroviario en 1911. Aún se me ve la cicatriz en un lado de la cabeza... Me quedé sin sentido. Estuve en el hospital dos semanas y transcurrió un mes más antes de que supiera quién era... Perdí temporalmente la memoria. Me hizo perder el ojo y me estropeó la vida.

Mason expresó su simpatía con un movimiento de cabeza.

—Bueno, Brunold. Si ocurre algo, póngase en contacto conmigo. Si no estoy en mi despacho, llame a mi secretaria Della Street y hable con ella. Es de mi confianza y está enterada de los asuntos de la gente que viene a visitarme.

—¿Sabrá sujetarse la lengua?

Mason se echó a reír.

—El mayor suplicio —dijo—, no le arrancaría una palabra.

—¿Y el dinero?

—Tampoco.

—¿Y la adulación? ¿Y si alguien le hiciese el amor? Es mujer, ¿sabe?, y bastante linda por cierto.

Al mover negativamente la cabeza, Mason frunció el entrecejo.

—*Usted* preocúpese de las cosas que le conciernen a *usted* —dijo—. Yo me preocuparé de las cosas que me incumben a *mí*.

Brunold se dirigió hacia la puerta por la que había entrado.

—Puede usted salir por este otro lado —le dijo Mason—. Esta puerta conduce directamente al pasillo...

Se interrumpió al sonar con insistencia el timbre del teléfono de su línea particular. Se llevó el auricular al oído y oyó la voz de

Della.

—Hay una tal señorita Berta McLane aquí, jefe. Viene acompañada de un hermano más joven: Enrique McLane. Parecen muy excitados. Se niega a decirme el objeto de su visita. Ella ha estado llorando y el hermano parece algo hosco. Prometen; ¿quiere recibirlos?

—Bueno —contestó el abogado—; les recibiré dentro de un instante. —Y colgó el auricular.

Brunold, cerca ya de la puerta, dijo:

—Me dejé el sombrero en el otro despacho. Tendré que salir por allí.

Se volvió hacia el despacho general y enrojeció bruscamente.

—¡Hola, Enrique! —exclamó—. ¿Qué diablo hace aquí?

Mason cruzó el despacho en cuatro zancadas, asió a Brunold del hombro y le obligó a retroceder.

—Usted aguárdese aquí —dijo—. Este es el bufete de un abogado y no un casino. No quiero que mis otros clientes le vean, ni que usted los vea a ellos.

Asomó la cabeza a la puerta y ordenó:

—Della, tráigale a este hombre su sombrero.

Cuando Della Street hubo obedecido, Mason le hizo una señal para que cerrara la puerta.

—¿Quién era? —le preguntó a Brunold.

—El muchacho McLane —contestó Brunold, tratando de parecer indiferente.

—¿Le conoce usted?

—Ligeramente.

—¿Sabía que iba a venir aquí?

—No.

—¿Sabe usted a qué ha venido?

—No.

—Entonces, ¿por qué palideció?

—¿Palidecí?

—Sí.

—Pues no sé por qué. McLane no representa nada para mi persona.

Mason posó la mano sobre el hombro de Brunold.

—Bueno —dijo—; puede usted salir por aquí, y... ¡Cielos

hombre de Dios! ¡Está temblando como un azogado...!

—Nerviosidad nada más —dijo Brunold, desasiéndose y dirigiéndose a la puerta—. Ese McLane nada representa para mí; pero, al verle, me acuden ciertas ideas que...

Salió al corredor, dejando la frase sin terminar. Cerró la puerta tras sí, de golpe.

Perry Mason se volvió hacia Della.

—Llame a Paul Drake —dijo—, de la Agencia Drake de Detectives, inmediatamente. Distraiga a esos dos hasta que haya tenido ocasión de ver a Drake. Dígale que se acerque a la puerta del corredor y que llame. Yo le abriré.

La joven salió al despacho general y dijo a los que esperaban:

—El señor Mason está ocupado; pero les recibirá dentro de unos momentos.

Perry Mason encendió un cigarrillo y se puso a pasear, pensativo, por su despacho. Aún paseaba cuando sonó un golpe en la puerta del corredor. Abrió y saludó con un movimiento de cabeza a un individuo alto, de ojos vidriosos y boca contraída en humorística mueca.

—Entre, Paul —dijo— y empátese bien de lo que voy a decir.

Se sacó del bolsillo el ojo de cristal que le había dado Brunold y se lo pasó a Drake.

—¿Sabe usted algo de ojos de cristal, Paul?

—No gran cosa.

—Bueno, pues va a saber mucho en el porvenir.

—Bien, desembuche.

—Vaya al Hotel Baltimore, alquile un cuarto, consulte un anuario y escoja a alguien que venda ojos artificiales al por mayor. Telefonéele, diciéndole que es usted un comerciante de fuera; que tiene usted un cliente que desea que hagan juego con el que va a mandarle usted por mensajero. Dé un nombre falso. Dígale que viene de alguna población vecina y que acaba de establecerse.

»El mayorista tendrá un puñado de ojos en existencia. No serán tan buenos como los ojos que hacen los expertos a medida. Según deduzco, existe la misma diferencia que comprar un traje de confección y hacerse uno a medida. Pero el mayorista puede encontrar un ojo que haga juego y luego inyectar en sangre los duplicados.

—¿Qué quiere decir eso de inyectar en sangre los duplicados? —inquirió Drake.

—Ponerles venas. Lo hacen con cristal encarnado. Seguramente se lo harán aprisa si creen que va usted a ser un buen cliente en el porvenir. Hágales creer eso, que es usted un comerciante nuevo de una población vecina.

—¿Cuánto costarán los ojos?

—No lo sé... diez o doce dólares cada uno, seguramente.

—¿No quiere que vaya y hable con el mayorista personalmente?

—No; no quiero que conozcan su aspecto, y que después les sea posible dar con su paradero. Inscríbase en el hotel con nombre supuesto. Dé al mayorista otro nombre, y déjese ver lo menos posible. No dé una propina demasiado grande ni muy pequeña a los botones del hotel. No lleve demasiado equipaje ni demasiado poco. Sea usted un simple cliente corriente, de un tipo que nadie recordará si empezara alguien a investigar más adelante.

La mirada escrutadora de Drake miró fijamente al abogado.

—¿Investigará alguien mis pasos? —inquirió.

—Probablemente.

—¿Estaré violando alguna ley, Perry?

—Nada de lo que no pueda sacarle, Paul.

—Bien. ¿Cuándo he de ir?

—Ahora mismo.

Drake se metió el ojo en el bolsillo, movió afirmativamente la cabeza y se volvió hacia la puerta.

Perry Mason descolgó el auricular del teléfono y le dijo a Della Street:

—Bueno, Della. Recibiré ahora a la señorita McLane y a su hermano.

Capítulo II

Berta McLane le habló en voz baja y aguda al joven que la acompañaba. Éste movió negativamente la cabeza, masculló algo entre dientes y se volvió hacia Perry Mason.

—¿Usted es la señorita Berta McLane? —preguntó.

Ella afirmó con la cabeza y se volvió hacia el joven.

—Mi hermano Enrique —dijo.

Mason aguardó hasta que se hubieron sentado y luego dijo con voz bondadosa:

—¿Cuál es el objeto de su visita?

Ella le miró con ojos en los que brillaba una vigorosa determinación.

—¿Quién es el hombre que acaba de salir? —preguntó.

Perry Mason enarcó las cejas.

—Creí que *usted* le conocía. Oí que hablaba con usted.

—A mi no me habló. Le habló a Enrique.

—En tal caso, Enrique podrá decirle quién es.

—Enrique no quiere decírmelo. Dice que a mí no me importa. Quiero que me lo diga *usted*.

El abogado movió negativamente la cabeza y sonrió. Después de un momento dijo con voz bondadosa:

—¿Acerca de qué quería *usted* verme?

—Tengo que saber quién era ese hombre.

La sonrisa desapareció del semblante del abogado.

—Señorita, éste es el bufete de un abogado y no una agencia de informes.

Durante un instante brilló la ira en los ojos de la muchacha. Luego se contuvo.

—Después de todo —dijo—, tal vez tenga usted razón. Si entrara alguien en mi despacho e intentara averiguar algo acerca de quién

era el hombre que acaba de salir, le... le... le...

—¿Qué haría usted? —la azuzó Perry.

Ella se echó a reír y dijo:

—Probablemente le mentiría, asegurándole no saberlo.

Mason abrió su pitillera y le ofreció un cigarrillo.

La muchacha vaciló unos instantes; luego cogió uno de los cigarrillos, lo golpeó sobre la uña del pulgar, se inclinó hacia la llama de la cerilla que Mason le ofrecía e inhaló profundamente. Perry le ofreció un cigarrillo a Enrique McLane, que sacudió la cabeza en muda negativa. El propio Mason encendió uno, se arrellanó en su asiento y miró a la muchacha y al joven. Luego clavó la mirada en Berta McLane, como si esperara que fuese ella quien hablara.

—Enrique se encuentra en un atolladero —dijo la joven.

Enrique se movió, inquieto, en su asiento.

—Cuéntaselo, Enrique —suplicó ella.

—Cuéntaselo tú —respondió el interpelado, mascullando las palabras de la misma manera que hiciera la primera vez que hablara.

—¿Ha oído usted hablar alguna vez —le preguntó Berta a Perry — de Hartley Basset?

—Me parece haber oído su nombre por radio. ¿No se dedica a hacer préstamos sobre automóviles?

—Sí, vaya si se dedica a eso. Hace toda clase de préstamos. Los que hace sobre automóviles, los anuncia por radio. Hace otros préstamos que no anuncia tanto y no tiene inconveniente en comprar joyas robadas y proporcionarle capital a un contrabandista hábil.

El abogado enarcó las cejas e hizo ademán de decir algo; pero se contuvo y siguió fumando.

—No puedes demostrar nada de eso —dijo Enrique McLane, en hosco murmullo.

—Tú me lo dijiste.

—La mayor parte no era más que suposiciones mías.

—Eso no es cierto, Enrique. Bien sabes que decías la verdad. Has trabajado a sus órdenes y sabes que clase de negocio es el suyo.

—¿En qué clase de atolladero se ha metido Enrique? —inquirió Mason.

—Cometió un desfalco de algo más de tres mil dólares en casa de Hartley Basset.

El abogado transfirió su mirada a Enrique McLane. Éste la sostuvo un instante; luego bajó los ojos y dijo en voz tan baja que apenas se podía oír:

—Tenía intenciones de devolverlo.

—¿Está enterado el señor Basset?

—Ahora sí.

—¿Cuándo lo averiguó?

—Ayer.

—¿Cómo se efectuó el desfalco exactamente? —inquirió Mason, volviéndose hacia el joven—. ¿Lo hizo gradualmente, durante un largo periodo de tiempo? ¿Fue de un solo golpe o en cantidades pequeñas? ¿Qué se hizo del dinero?

Enrique McLane miró con expectación a su hermana. Ésta dijo:

—Fue en cuatro veces... casi mil dólares cada vez.

—¿Cómo se hizo?

—Sustituyendo pagarés buenos por pagarés falsos.

El abogado frunció el entrecejo.

—No veo yo cómo puede considerarse eso un desfalco —dijo—, a menos que fueran negociados los pagarés auténticos.

Enrique McLane, alzando la voz por primera vez desde que entrara en el cuarto, intervino:

—No es necesario que des todos estos detalles, hermana; límitate a decirle lo que quieres que se haga.

—¿Qué *quieren* ustedes que haga? —preguntó Mason.

—Quiero que devuelva usted el dinero al señor Basset. Es decir, quiero que arregle usted las cosas para que pueda yo devolverle el dinero al señor Basset.

—¿La totalidad?

—Desde luego; aunque solamente cuento con mil quinientos dólares que darle de momento. Le daré el resto a plazos.

—¿Trabaja usted?

—Sí.

—¿Dónde?

La joven se puso colorada y contestó:

—No creo yo que sea necesario discutir eso ¿no le parece?

—Pudiera serlo.

—Hablaré de eso más tarde, si es preciso. Soy secretaria de un hombre de negocios de importancia.

—¿Qué sueldo tiene?

—¿Es necesario eso?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para que pueda decidir cuánto puedo cobrarle por mis servicios en primer lugar.

—No es tanto como pudiera ser, teniendo en cuenta el trabajo que estoy haciendo. Todos los empleados han tenido que aceptar una rebaja bastante grande en los sueldos.

—¿Cuánto?

—Cuarenta dólares a la semana.

—¿Depende alguien de usted?

—Mi madre.

—¿Vive con usted?

—No, en Denver.

—¿Cuánto le manda?

—Setenta dólares al mes.

—¿Es usted su único sostén?

—Sí.

—¿Y Enrique?

—No ha podido mandarle nada.

—¿Ha estado trabajando en el despacho de Hartley Basset?

—Sí.

—¿Cuánto ganaba?

Enrique intervino.

—No podía ayudar a mi madre con mi sueldo —dijo.

—¿A cuánto ascendía?

—A cien dólares al mes.

—Un hombre necesita más que una mujer para vivir —intercaló Berta.

—¿Cuánto tiempo ha estado usted con Basset?

—Seis meses.

Mason contempló al joven. Luego dijo, con sequedad:

—Y, en este tiempo, sacó usted algo más de setecientos cincuenta dólares al mes, ¿no?

La sorpresa hizo que se le abrieran desmesuradamente los ojos a

Enrique.

—¡Setecientos cincuenta dólares al mes! —exclamó—. Claro que no. Basset es incapaz de darle a nadie un buen sueldo. Me pagaba cien dólares al mes y le dolía en el alma desprenderse de esa cantidad.

—Durante ese tiempo —le recordó Mason—, desfalcó usted cerca de cuatro mil dólares. Agregando dicha cantidad a su sueldo, da un ingreso de unos setecientos cincuenta dólares al mes.

Las comisuras de los labios de Enrique, temblaron. Dijo:

—No se puede calcular así.

Y volvió a guardar silencio.

—¿Recibió su madre algo de ese dinero? —inquirió Mason.

Berta McLane contestó por su hermano:

—No —dijo—: no sabemos dónde fue a parar.

Mason se volvió nuevamente hacia el muchacho.

—¿Dónde fue a parar, Enrique?

—Se fue.

—¿Dónde?

—Le digo que se fue.

—Quiero saber dónde.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Porque necesito saberlo, si he de ayudarle.

—¡Valiente ayuda está usted resultando!

Mason golpeó la mesa con el puño lenta y deliberadamente, marcando el compás de sus palabras.

—Si usted cree —dijo— que voy a ayudarle sin conocer los detalles del asunto, está usted loco. Ahora, ¿va usted a decirme la verdad, o prefiere irse, a ver a otro abogado más asequible?

—Le dio el dinero a alguien —dijo Berta McLane.

—¿A una mujer?

—No —contestó Enrique, con algo que parecía orgullo—. Yo no tengo que darle dinero a las mujeres. Ellas están dispuestas a dármelo a mí.

—¿A quién se lo dio usted?

—Se lo di a alguien para que especulara.

—¿A quién?

—Eso es cosa que no pienso decirle.

—Tiene usted que decírmelo.

—No se lo voy a decir. No pienso delatar a nadie. Esa es una de las cosas que no puede usted obligarme a hacer. Mi hermana ha estado intentando hacerme hablar. No hablaré. Iré a la cárcel y me quedaré en ella hasta morirme antes de convertirme en chivato.

Berta McLane se volvió hacia él.

—Enrique —dijo, en voz suplicante—, ¿fue a ese hombre que acaba de salir del despacho... al hombre que te habló desde la puerta?

—No —contestó el muchacho, desafiador—; sólo he visto a ese pájaro una vez.

—¿Dónde?

—Eso a ti no te importa.

—¿Cómo se llama?

—No le metas a él en este asunto.

La joven se volvió a Perry Mason, y dijo:

—Tenía un cómplice, alguien que le sacaba el dinero, alguien que le ayudó a arreglar las cosas para que pudiera coger el dinero sin que le descubrieran.

—¿Cómo cogió el dinero? —preguntó Mason.

—Estaba encargado del archivador de los pagarés. Basset cobra un interés exorbitante. No hay quien le pida dinero prestado más que como último recurso. Obtiene la garantía que puede y cobra el interés máximo que le permite la ley. A veces se encuentran algunos con que pueden sacar dinero por otro lado. Cuando eso ocurre, corren a redimir los pagarés a fin de ahorrarse los crecidos intereses.

»Eso es lo que ocurrió en estos casos. Fue gente a redimir los pagarés. Le pagaron el dinero a Enrique. Éste lo tomó y les devolvió sus pagarés. Luego falsificó pagarés con su firma y los metió en el archivador. Cada vez que el señor Basset repasaba el archivador de pagarés, le parecía encontrarlo en orden, porque los pagarés falsificados estaban en su sitio. Y Enrique se encargaba de pagar los intereses de los mismos.

—¿Cómo le descubrieron?

—Uno de los pagarés venció. Enrique no pudo obtener el dinero para pagarlo inmediatamente. Creyó que dispondría de unos días para hacerlo. Logró ir tirando; pero dio la casualidad que el señor Basset se encontró al interesado en un club de golf. Le exigió el

dinero y él hombre le dijo que había redimido el pagaré cuatro meses antes. Tenía el pagaré original en su poder, marcado «Anulado», para demostrar que era cierto lo que decía. Conque Basset hizo una investigación completa.

—¿Por qué cree usted que Enrique tenía un cómplice?

—Me lo confesó él mismo. Fue el cómplice quien se llevó el dinero. Creo que se lo llevó para jugar con él.

—¿Qué clase de juego?

—Toda clase... póker, ruleta, carreras de caballos y lotería.

—Si el imbécil ese hubiese aguardado —dijo Enrique.

Perry Mason se volvió hacia Berta McLane y la escudriñó.

—Los mil quinientos dólares —dijo— ¿representan sus ahorros?

—Sí, es dinero que tengo en la Caja de Ahorros.

—¿Dinero que ha ahorrado usted de su sueldo?

—Sí.

—¿Tiene usted que seguir mandándole a su madre setenta dólares al mes?

—Sí.

—¿Quiere usted pagar esa cantidad para que Enrique no vaya a la cárcel?

—Sí; sería la muerte de mamá.

—Así, ¿tiene usted intenciones de seguir pagando los plazos con su sueldo?

—Sí.

—Enrique está sin trabajo. Tendrá usted que mantenerle.

—No se preocupe por mí —intercaló Enrique—. Ya me las arreglaré. Conseguiré trabajo y le devolveré a mi hermana hasta el último centavo. No tendrá que pagar nada de su sueldo. Se la habré devuelto antes de treinta días.

—¿Cómo, exactamente, pensaba usted recuperar ese dinero?

—Lo voy a recuperar. Especularé. No es posible que me dure la mala racha.

—En otras palabras, que piensa usted seguir jugando.

—Yo no he dicho tanto.

—¿Qué especulaciones pensaba usted hacer, pues?

—No tengo por qué decírselo. Usted siga adelante y procure arreglar las cosas con Basset. Yo arreglaré mis asuntos con mi hermana.

El tono de Mason era definido.

—Le daré un consejo ahora mismo —dijo—. No pague un centavo a Basset.

—¡Si no tengo más remedio...! Le fue quitado el dinero.

—No le pague ni un solo centavo.

—Me ha dado hasta mañana por la noche para que le devuelva el dinero. Si para entonces no lo he hecho, pondrá el asunto en manos del ministerio fiscal —dijo Enrique McLane, como si el abogado no hubiera comprendido la situación.

—La cárcel —dijo Mason—, es el sitio que a usted le corresponde, joven.

Los ojos de Berta McLane se abrieron desmesuradamente.

—Hace mucho tiempo que ejerzo la carrera de abogado —les dijo Mason—. Los he visto desfilar de todas clases. He visto, a hombres de este tipo antes de ahora. Su primer delito es, generalmente, un delito pequeño. Pues bien, estoy dispuesto a jugarle diez contra uno a que ésta no es la primera vez que ha tenido usted que sacarle de un apuro a Enrique... ¿verdad?

—Eso no tiene que ver con el asunto —dijo Enrique a borbotones. ¿Quién diablos se ha creído usted que es?

Perry Mason no apartó la mirada del semblante de Berta McLane.

—¿Es la primera vez? —inquirió.

—He tenido que pagar un cheque o dos —contestó ella, lentamente.

—Exacto. Su hermano está resbalando. Usted está haciendo todo lo posible por salvarle. Él sabe que puede contar siempre con su apoyo. Empezó por falsificar un cheque. Usted lo pagó. Lo sintió mucho y le prometió a usted que no volvería a hacer una cosa así. Habló en grande. Iba a hacer esto, lo otro, o lo de más allá. El hablar cuesta poco. Pero es la única manera que él tiene para pagarle a la gente. Se hipnotiza a sí mismo hasta el punto de hacer creer lo que dice que va a hacer. Pero no tiene la menor intención de buscar trabajo. Su vida es sacarle a usted más dinero para jugárselo. Cree que tendrá suerte y que podrá volver a casa con los bolsillos forrados de billetes.

»Es uno de esos hombres que quieren ser algo grande. No tiene suficiente redaños para conseguirlo trabajando. Por lo tanto, lo hace

a fuerza de hablar e intentar tomar atajos. Cuando las cosas le salen mal, siente compasión por sí mismo y necesita a alguien que escuche sus penas. Cuando tiene una miaja de suerte, se da aires de protector ante todos sus amigos y se pone a pavonearse. Luego, cuando vuelve a recibir un golpe, se arrastra por todas partes, intentando descansar su cabeza en el regazo de usted y sollozar contando miserias, mientras usted le acaricia la cabeza y le dice que le protegerá y que todo se arreglará.

»Lo que este muchacho necesita es que le obliguen a vivir su vida. Ha estado dependiendo de las mujeres demasiado tiempo. Es un hermano menor. Usted ha librado las batallas por él. Supongo que será huérfano de padre y que usted le habrá mandado al colegio. ¿Me equivoco?

—Lo mandé a la Universidad comercial. Le hice taquígrafo y tenedor de libros. Era cuanto pude hacer. A veces me echo la culpa a mí misma. Creo que debí de haber intentado educarle mejor. Pero, después de la muerte de papá, tuve que mantener a mamá y...

Enrique McLane se puso en pie.

—Vámonos, hermana —dijo—. A un tipo que cobra honorarios elevadísimos le es muy fácil sentarse en un sillón giratorio y largarle sermones a uno que se ve perseguido por la desgracia. No estamos obligados a quedarnos aquí y escucharle.

—Por el contrario —le dijo Perry—, está usted obligado a hacerlo.

Se puso en pie y señaló la silla.

—Vuelva usted a sentarse —ordenó.

Enrique McLane le miró con hosco desafío. Mason dió un paso rápido hacia él y McLane se dejó caer en la silla.

El abogado se volvió, nuevamente, hacia Berta McLane.

—Quería usted que le aconsejara —dijo— y estoy haciéndolo. No puede usted tapar este desfaldo con la condición de que Basset no lleve a su hermano a los tribunales sin convertirse en encubridora de un delito. Además, con los ingresos que usted dispone, no puede esperar poder pagar los plazos mensuales a Basset, mantener a su madre, vivir usted y, al propio tiempo, darle a su hermano el dinero que irá sacándole todos los meses para seguir jugando.

»Intentaré conseguir que a este joven se le conceda libertad

condicional o prisión atenuada, como delincuente por primera vez. Pero, para poder conseguirlo, tendrá que romper con todas sus asociaciones de juego. Tendrá que decirle al tribunal quién se quedó con el dinero y qué se hizo de él. Tendrá que dejar de desempeñar el papel de niño mimado que tiene una hermana indulgente y aprender a tenerse él solo. Quizá haga eso un hombre de él.

—Pero usted no comprende —dijo Berta McLane en voz que parecía a punto de quebrarse— tengo que devolver el dinero de todas formas. Lo defalcó mi hermano. Me tendría sin cuidado que fuera a la cárcel o no. Le pagaría el dinero igual al señor Basset tan aprisa como pudiera.

—¿Qué edad tiene usted? —inquirió Mason.

—Veintisiete años.

—¿Y el muchacho?

—Veintidós.

—¿Por qué se habría de ver usted obligada a pagar su desfalco?

—Porque es mi hermano. Y, además, tengo que pensar en mi madre. ¿No comprende que no está del todo bien de salud? No es joven. Enrique es para ella como las niñas de sus ojos:

—¿Su favorito?

—Verá —contestó ella, lentamente—; es el único hombre que hay en la familia, ¿sabe? Desde que murió papá, ha sido el hombre... es decir, ha sido...

—Lo sé —interrumpió Mason—, ha sido la persona por quien usted se ha esclavizado y sacrificado, a quien ha proporcionado todas las oportunidades posibles. ¿No puede usted explicarle lo ocurrido a su madre?

—¡Cielos, no! La mataría. Cree que Enrique es un importante hombre de negocios; que ha sido el brazo derecho del señor Basset, que el señor Basset es uno de los financieros más importantes de la ciudad.

Perry Mason tamborileó sobre la mesa.

—Y... ¿piensa usted pagar el dinero aunque el señor Basset lleve el asunto a los tribunales?

—Sí.

Mason miró a Enrique McLane.

—Jovencito —dijo—, usted se queja de que siempre está de malas. Antes de acostarse esta noche, póngase de rodillas y dele

gracias a Dios de que tiene una madre inválida. Porque, contra todos mis sentimientos, contra mi propio sentido común, voy a convertirme en encubridor de un delito. Pero no perderé contacto con usted y, o logro meterle en su cuerpo algo de hombría, o le hago a usted papilla.

Descolgó el auricular del teléfono y le dijo a Della Street:

—Póngame en comunicación con Hartley Basset. Es prestamista.

Con el auricular en la mano, se volvió hacia Berta McLane y dijo:

—Va usted a tener trabajo con Hartley Basset. Éste querrá que le dé usted cuanto tiene, hasta el alma. Es hombre muy duro.

Enrique intervino:

—No se preocupe de Hartley Basset —dijo—. Usted hágale la mejor oferta que podemos nosotros hacerle, que Basset la aceptará.

—¿De dónde saca usted toda esa cara dura? —inquirió Mason, con desdén—. ¿Qué es eso de nosotros hacerle?

—Somos mi hermana y yo. Yo pienso devolvérselo todo a ella.

Mason movió afirmativamente la cabeza y dijo:

—Quizá no lo crea usted así ahora; pero se lo va a devolver. Yo me encargaré de que se lo devuelva. Pero... ¿por qué está usted tan seguro de que Basset aceptará la oferta?

—No tendrá más remedio. Se va a ejercer cierta presión sobre él.

—¿Quién va a ejercerla?

—Alguien, que está dentro de su casa y que me profesa amistad.

—Usted es de los que sólo hacen amigos cuando las cosas le van bien —contestó Mason—. Un hombre que tiene el carácter suyo, no hace amigos que le apoyen.

—Eso es lo que cree usted. Pero esta vez se ha colado. Se encontrará con que hay una persona que puede hacer lo que quiera a Basset, y que me apoyará. Usted haga su oferta y no haga caso de lo que le diga Basset de momento. Lo más probable es que le diga que no; pero, antes de haber transcurrido una hora, le telefoneará él, diciéndole que lo ha pensado mejor y que está dispuesto a aceptar el arreglo.

Perry Mason, mirando fijamente al joven, dijo con palabras lentas y medidas:

—¿Ha estado usted jugando con la señora de Basset?

McLane se puso colorado y empezó a contestar. El teléfono

emitió sonidos y Mason se llevó el auricular al oído.

—¡Diga!... ¿Basset...? ¿Es el señor Basset? Bueno, pues yo soy el abogado Perry Mason. Tengo un asunto que quiero tratar con usted. ¿Puede usted venir a mi despacho? Bueno, iré yo al suyo. ¿Por la noche...? Sí, puedo ir esta noche; pero preferiría que fuese esta tarde... Bueno, pues esta noche. ¿Dice que tiene usted despacho en su propia casa? Estaré allí a las ocho y media... ¡Ah! Conque ya sabe usted de qué se trata, ¿eh...? Bueno, pues a las ocho y media.

Volvió a colgar el auricular.

—¿Cómo sabía Basset que iba usted a venir aquí? —preguntó.

Enrique McLane contestó, con aplomo:

—Lo sabía porque se lo dije yo.

—¿Tú se lo dijiste? —inquirió Berta.

—Sí. Hablaba de mandarme a la cárcel y todo eso y me pareció una buena idea darle un susto. Le dije que Perry Mason iba a ser mi abogado y que más valía que anduviese con pies de plomo, no fuera que Perry Mason se encargara de que fuera él quien diera con sus huesos en la cárcel.

Mason miró a Enrique McLane con muda antipatía.

Berta se acercó a él y le posó la mano en el brazo.

—Gracias —dijo—, muchísimas gracias. Y no olvide que estoy dispuesta a hacer lo más posible por el señor Basset. Le pagaré lo más aprisa posible toda la cantidad y los intereses. Le haré un pagaré. Puede cobrar interés a razón del uno por ciento por mes. Eso es lo que cobra siempre, ¿sabe?

Mason respiró profundamente y dijo:

—En cuanto a Hartley Basset se refiere, hablaré con él. —Cogió de la mesa un trozo de papel, anotó un número en lápiz y se lo dio a la muchacha—. Éste es el teléfono de mi piso particular. Podrá encontrarme allí cuando no esté en el despacho, si es que surgiera algo importante. Creo que su hermano hablará. Cuando lo haga, quiero saber lo que dice.

—¿Se refiere usted a su cómplice?

—Sí.

Enrique McLane, habiendo recobrado ya por completo su aplomó y su frescura, se contentó con decir:

—¡Narices!

Berta fingió no oírle.

—¿Ha cuánto ascenderán sus honorarios? —preguntó.

Mason sonrió y dijo:

—Olvidelo. El hombre que acaba de salir del despacho me pagó lo bastante para su asunto y el de usted.

Capítulo III

Una puerta aparte, marcada: «COMPAÑÍA FINANCIERA DE AUTOMÓVILES, BASSET. — ENTRE», se hallaba a la derecha de la puerta en la que una placa de latón llevaba lo siguiente:

HARTLEY BASSET

Residencia particular

No se admiten Buhoneros ni Abogados

Perry Mason abrió la puerta que conducía al despacho y entró. El despacho exterior estaba desierto. Al otro extremo había una puerta con un letrero que decía: «Particular». Por encima del pulsador de un timbre, rezaba el letrero: «LLAME Y SIÉNTESE».

Perry Mason llamó.

La puerta se abrió casi inmediatamente. Un hombre de anchas espaldas, bigote gris recortado y abundante cabellera, canosa por las sienes, le miró con ojos gris claro, cuyas contraídas pupilas negras tenían cierta fascinación hipnótica.

Moviéndose con rápida virilidad, alzó su muñeca izquierda para consultar su reloj de pulsera.

—No hubiera podido venir más en punto —dijo.

Perry Mason hizo una inclinación de cabeza, sin contestar y entró, tras Hartley Basset, en un despacho bastante sobriamente amueblado.

—Aquí no —dijo Basset—; aquí es donde recaudo dinero. No quiero que parezca demasiado prospero. Entre en el despacho en el que hago los préstamos de importancia. Me gusta más allí.

Abrió una puerta e indicó un despacho suntuosamente amueblado. De un cuarto situado más allá salía el ruido de una máquina de escribir.

—¿Trabaja usted de noche? —inquirió Perry Mason.

—Por regla general tengo abierto el despacho un par de horas durante la noche. Eso es para dar facilidades a la gente que trabaja. El hombre que no trabaja y que quiere pedir dinero sobre un automóvil, constituye un riesgo mayor que el que trabaja y necesita dinero. —Indicó una silla. Mason se sentó—. ¿Viene usted a verme a cerca de Enrique McLane? —inquirió el hombre.

Al contestar afirmativamente el abogado, Basset tocó un timbre. Cesó el tecleo en el despacho contiguo. Se oyó ruido de una silla al ser arrastrada. Se abrió la puerta. Un hombre de estrecha espalda, de unos cuarenta o cincuenta años de edad y ojos grises, atisbó, como una lechuza, por los cristales de unos lentes de marco de concha.

—Arturo —dijo el señor Basset—, ¿cuál es el importe exacto de la cantidad desfalcada por McLane?

—Tres mil novecientos cuarenta y dos dólares y sesenta y tres centavos —dijo el hombre, con voz ronca y sin expresión.

—¿Van incluidos los intereses a razón del uno por ciento por mes?

—Los intereses a razón del uno por ciento por mes a partir de la fecha en que fue desfalcado el dinero —afirmó el hombre.

—Nada más —dijo Basset—. Puede usted retirarse.

El hombre se retiró, cerrando la puerta tras sí. Unos segundos más tarde, volvió a sonar el tecleo de la máquina con mecánica regularidad. Hartley Basset le dirigió una sonrisa al abogado y dijo:

—Tiene de tiempo hasta mañana por la tarde.

Mason sacó un cigarrillo de su pitillera. Basset extrajo un cigarro puro del bolsillo del chaleco. Los dos hombres encendieron aproximadamente al mismo tiempo. Mason extinguió su cerilla con una bocanada de humo y dijo:

—No hay motivo para que usted y yo no nos comprendamos.

—Ninguno —asintió Basset.

—No conozco los detalles del asunto; pero obro basándome en la suposición de que McLane desfalcó el dinero.

—Ha confesado haberlo hecho.

—Bueno, no discutamos ese punto. Supongamos que lo desfalcó, *en efecto*.

—¿Se reserva usted ese punto para poderle defender ante un

Tribunal? —inquirió Basset, haciéndose más dura su mirada.

—Me limito a no hacer admisión alguna —contestó Mason—. Si mis clientes quieren reconocerse culpables, que lo hagan. Yo nunca lo hago por ellos.

—Prosiga.

—Usted quiere su dinero.

—Naturalmente.

—McLane no lo tiene.

—Tenía un cómplice.

—¿Sabe usted quién era ese cómplice?

—No. Ojalá lo supiera.

—¿Por qué?

—Porque el cómplice tiene el dinero.

—¿Por qué lo cree usted así?

—Estoy casi seguro de ello.

—¿Por qué no lo devuelve el cómplice entonces?

—No conozco todos los motivos. Uno de ellos es que el cómplice es jugador. Necesita dinero para poder jugar. Si usted profundiza un poco en la mentalidad de Enrique McLane, encontrará que espera poder presentarse de pronto con dinero en cantidad. Tiene suficiente sentido común para comprender que si su cómplice y él devuelven todo el dinero desfalcado, no tendrán capital con que operar. Un jugador necesita algo con qué jugar. Y no es que yo lo encuentre demasiado mal... si es que pueden hacerlo con impunidad. Pero no pueden hacerlo con impunidad. No, con el dinero mío. Van a escupir todo lo que se han llevado o van a dar con sus huesos en la cárcel.

—Supongo que se da usted cuenta —le advirtió Mason—, de que está haciendo de encubridor de un delito.

—No hay tal. Yo no hago más que querer recobrar mi dinero.

—Está usted ofreciendo la inmunidad a unos desfalcadores si le devuelven el dinero desfalcado.

—Dejémonos de tanto tecnicismo. Usted sabe lo que usted quiere. Yo sé lo que yo quiero. Le estoy hablando con toda claridad. Pudiera no hablar tan claramente en otro sitio. Quiero mi dinero.

—Y... ¿cree usted que lo tiene McLane?

—No; creo que lo tiene su cómplice.

—Pero... ¿no cree usted que si McLane se lo hubiera podido

sacar a su cómplice lo hubiese hecho ya?

—No. Robaron el dinero para jugar con él. Perdieron parte; quisieron seguir jugando. La hermana de McLane dará el dinero para impedir que su hermano vaya a la cárcel. Así podrán quedarse los otros dos el dinero para seguir jugando.

—¿Y bien? —inquirió Mason.

—La muchacha no tiene todo el dinero —prosiguió Basset—. Tiene poco más de mil quinientos dólares. Al cómplice de McLane le quedan, aproximadamente, unos dos mil dólares. Recibiré el dinero de la muchacha y luego averiguaré quién es el cómplice y le quitaré el dinero que tenga.

—¿Y si —preguntó Mason—, no saliera la cosa así?

—Saldrá.

Mason dijo lentamente:

—Puedo conseguirle mil quinientos dólares al contado y plazos mensuales de treinta dólares. Represento a la hermana.

—¿Dinero de ella?

—Sí.

—¿Todo?

—Sí.

—¿El muchacho no ha aportado un céntimo?

—No.

—Aceptaré mil quinientos dólares al contado y cien al mes de la muchacha.

Mason se puso colorado, respiró profundamente, chupó su cigarrillo y dijo, con voz opaca:

—No puede hacerlo. Está manteniendo a una madre inválida. No puede vivir con lo que le quedaría del sueldo.

—No me interesa que me devuelvan el dinero en plazos pequeños. Cien dólares al mes reducirían la deuda en un tiempo razonable. Entre tanto, Enrique McLane podría encontrar trabajo. Puede transferir la pérdida a su nuevo jefe.

—¿Qué quiere usted decir —inquirió Mason—, con eso de transferir la pérdida a su nuevo jefe?

—Puede idear un procedimiento para cometer un nuevo desfalco y pagarme a mí.

—¿Quiere usted decir con eso, que está dispuesto a obligarle a robar?

—De ninguna manera. No hago más que sugerir que haga una transferencia de la deuda. Me desfalcó a mí. Yo aguanté el desfalco una temporada. Ahora, que lo aguante otro.

—Podiera usted encontrarse acusado de incitador del nuevo desfalco, Basset.

—¿A mí qué me importa? Yo quiero mi dinero. Me tiene sin cuidado cómo me lo devuelven. No hay prueba legal alguna contra mí. El aspecto moral me es completamente indiferente.

—Eso deducía yo.

—Me alegro. Así no caben los equívocos. Yo no voy a hablarle a usted de la moralidad de su profesión y usted no va a hablarme de la moralidad de la mía. Yo quiero mi dinero. Usted está aquí para encargarse de que lo obtenga. La muchacha no quiere que su hermano vaya a la cárcel. Ya le he dicho mis condiciones. No hay más que hablar.

—Esas condiciones —repuso Mason— no se aceptarán.

Basset se encogió de hombros y dijo:

—Tiene de tiempo hasta mañana por la tarde.

Sonó un golpe suave en la puerta que se abrió casi inmediatamente. Una mujer de unos treinta y cinco años dirigió una rápida sonrisa a Perry Mason y se volvió luego, solícita, a Hartley Basset.

—¿Puedo tomar parte en esta conferencia, Hartley?

Hartley no se movió de su asiento. La miró a través de la nube de humo que ascendía de su puro. Su semblante carecía de expresión.

—Mi esposa —le dijo al abogado.

Mason se puso en pie, miró a la esbelta dama y dijo:

—Tanto gusto en conocerla, señora Basset.

Ella siguió con la mirada fija, aprensiva, en su esposo.

—Hartley, me gustaría poder decir algo en este asunto.

—¿Por qué?

—Porque me interesa.

—¿Qué es lo que te interesa?

—Lo que vas a hacer.

—¿Quieres decir con eso —inquirió él—, que sientes interés por Enrique McLane?

—No. Me interesa por otra razón.

—¿Qué otra razón es ésta?

—No quiero que seas demasiado duro si el dinero ha de salir de la hermana.

—Yo creo —dijo Basset— que soy el más indicado para decidir eso.

—¿Puedo tomar parte en vuestra conferencia?

Tenía Basset la mirada dura y fría. La voz estaba por completo exenta de emoción al contestar:

—No.

Hubo un momento de silencio. Basset nada hizo para suavizar la dureza de su negativa. La señora Basset vaciló unos instantes; luego dio media vuelta y cruzó el despacho. No salió por la puerta que usara al entrar. Pasó al despacho contiguo y, un momento después, el ruido de una puerta al cerrarse anunció que había pasado a la sala.

Hartley Basset dijo:

—No hay necesidad de que vuelva usted a sentarse, Mason. Nos comprendemos perfectamente. Buenas noches.

Perry Mason se dirigió a la puerta, la abrió y dijo, por encima del hombro.

—Buenas noches y adiós.

Cruzó el despacho exterior, cerró tras sí la puerta de la sala y atravesó el porche en tres zancadas. Se acercó al lado izquierdo de su coche, abrió la portezuela de un tirón y se sentaba al volante cuando se dio cuenta de que había alguien acurrucado al otro extremo del asiento.

Se puso alerta. Una voz de mujer dijo:

—Haga el favor de cerrar la portezuela y doblar la esquina.

Era la voz de la señora Basset.

Mason vaciló un instante. Su rostro expresó irritación; luego, curiosidad. Puso el coche en marcha, dobló la esquina, volvió a detenerse y apagó los faros y el motor. La señora Basset se inclinó hacia adelante, posó la mano en su manga y dijo:

—Haga el favor de hacer lo que él le ha pedido.

—No puedo hacerlo. Berta McLane no está en condiciones de hacer frente a un desembolso mensual de cien dólares. No es posible que su esposo lo pretenda.

—No —contestó ella—; no es imposible. Le conozco demasiado

bien para eso. Es capaz de sacarle sangre a un nabo. Extraerá hasta la última gota de sangre; pero nunca pedirá una cosa que sea imposible.

—La muchacha está manteniendo a su madre inválida.

—Pero... ¿no existen ya instituciones benéficas para gente así? Después de todo, la muchacha no tiene obligación de hacerlo. Nadie se muere de hambre en una sociedad civilizada, como usted sabe. Si la joven se muriera, se cuidarían de la madre de alguna manera.

Mason dijo, con ferocidad:

—Y... ¿cree usted que la muchacha debiera de intentar vivir con sesenta dólares al mes y dejar a la madre sin un centavo, nada más que para pagarle a su esposo el dinero que le ha desfalcado un sinvergüenza?

—No —contestó ella—; no para que mi marido recobre su dinero, sino para impedir que haga lo que haría si no recobra su dinero.

Mason preguntó, lentamente:

—¿Y salió usted con tanto sigilo para decirme esto?

—No; salí para preguntarle una cosa. Hablé del desfalco incidentalmente.

—Si quiere usted consultarme, vaya a mi despacho.

—*No puedo* ir a su despacho. Nunca puedo escaparme. Se me espía continuamente.

—No diga usted tonterías. ¿Quién había de espiarla?

—Mi esposo, naturalmente.

—¿Es, posible que no pueda usted ir al bufete de un abogado, si quiere hacerlo?

—Claro que no puedo.

—¿Quién se lo impediría?

—Él.

—¿Cómo?

—No lo sé. Pero lo haría. Es implacable y despiadado. Me mataría si le hiciese esa traición.

Mason frunció el entrecejo pensativamente y dijo:

—¿Acerca de qué quería usted hablarme?

—Bigamia.

—Explíquese.

—Estoy casada con Hartley Basset.

—Eso tengo entendido.

—Quiero huir y dejarle.

—Siga.

—Hay otro hombre que quiere mantenerme.

—Magnífico.

—Tendría que casarme con él.

—Podría usted divorciarse de Basset.

—Es que tendría que casarme con el otro inmediatamente.

—¿Quiere usted decir con eso, que está dispuesta a casarse con el otro sin haberse divorciado de Basset?

—Sí.

—Así, pues, ¿ese hombre no sabe que está usted casada?

—Si que lo sabe.

—¿Quiere hacerse cómplice de un delito de bigamia?

—Queremos arreglar las cosas de forma que no resulte bigamia.

—Podría usted conseguir un divorcio rápido acudiendo a ciertos sitios.

—¿Tendría que enterarse, él de algo?

—Sí...

—En tal caso no podría conseguirlo.

—De lo contrario no podrá casarse.

—Podría casarme, ¿no? Sólo sería cuestión de si el matrimonio era legal o ilegal.

—Tendría usted que convertirse en perjura para obtener la licencia matrimonial.

—Bueno, y si cometiera perjurio... ¿qué?

El abogado se volvió para estudiar su perfil. Dijo:

—Habló hace unos momentos de que se la espiaba. ¿Supongo que habrá usted observado el automóvil que hay parado junto al bordillo, detrás de nosotros?

—¡Cielos, no!

Se volvió rápidamente para atisbar por la ventanilla posterior y ahogó, con dificultad, un grito.

—¡Santo Dios! ¡Es Jaime!

—¿Quién es Jaime?

—El chófer de mi marido.

—¿Es ése el coche de su esposo?

—Sí; uno de ellos.

—¿Cree usted que el chófer la ha seguido?

—Estoy segura de ello. Creí haberle esquivado; pero me equivoqué.

—¿Qué quiere hacer ahora...? ¿Aparearse?

—No. De la vuelta a la manzana y déjeme a la puerta de casa.

—El hombre que ocupa el coche de atrás —observó Mason—, sabe que le ha visto usted.

—Eso no puedo remediarlo. Haga el favor de acceder a mi petición. ¡Por favor! ¡Inmediatamente!

Mason dio la vuelta a la manzana. El coche que había parado detrás, encendió los faros y le siguió. Detuvo el automóvil a la puerta de Basset y abrió la portezuela.

—Si quiere usted consultarme —dijo—, entraré.

—¡No, no! —casi gritó ella.

Una figura surgió de las sombras, se acercó al coche y Hartley Basset, pues él era, preguntó con voz cargada de ironía.

—¿Tenía usted, por casualidad, alguna cita con mi mujer?

Perry abrió la portezuela de su lado del coche, se apeó, dio la vuelta y se paró al lado de Hartley Basset.

—No —contestó—; no tenía cita alguna.

—En tal caso —observó—, mi esposa debe de haber arreglado un encuentro. ¿Intentaba consultarle a usted acerca de algo?

Mason se plantó, con los pies bien separados, como para resistir un ataque.

—El motivo de que me apeara del coche —dijo— y me acercara aquí, es que quería decirle que se metiera usted donde le llamaran.

El coche que había seguido a Mason se detuvo junto al bordillo de la acera. Un hombre alto, delgado, que andaba con paso rápido y felino, abrió la portezuela y echó a andar hacia Mason. Al oír el tono que empleaba el abogado sin embargo, volvió al coche, sacó algo del interior y caminó rápidamente hacia Perry por detrás. Los faros brillaban sobre la llave inglesa que llevaba en la mano derecha.

El abogado se volvió de forma que pudiera ver a los dos hombres. La señora Basset subió los escalones que conducían a la puerta de la casa y entró, dando un portazo.

—¿Querían ustedes —inquirió Mason, ominoso— intentar algo?

Basset dirigió una mirada al chófer.

—Basta ya, Jaime —dijo.

Mason los miró fijamente y luego dijo, con lentitud:

—Tiene usted muchísima razón: basta ya.

Se volvió a su coche, se sentó al volante y quitó el freno. La pareja que dejaba tras sí, se le quedó mirando, siluetada por la luz de los faros del coche parado.

El abogado tomó una curva, patinando, y aceleró al desembocar en un bulevar.

Paró el coche al llegar a un bar, se dirigió al teléfono, marcó un número y, al oír la voz, llena de ansiedad, de Berta McLane, dijo:

—¿No quiso aceptar?

—No.

—¿Qué deseaba?

—Algo imposible.

—¿Qué?

—Era imposible.

—Por lo menos debe decirme de qué se trataba.

—Quería que pagara usted cien dólares al mes.

—¡No podría!

—Eso le dije. Y también, que tenía usted que mantener a su madre. Él opina que puede encargarse la beneficencia de su madre.

—¡Oh! ¡Yo no podría consentir eso!

—Eso le dije yo. Ahora, escuche. Oblíguele a Enrique a que le diga lo que ha hecho del dinero y quién es su cómplice.

—Enrique no lo hará.

—Entonces, déjele que vaya a la cárcel.

—¿Dónde está usted?

—En un bar.

—¿Cerca de casa de Basset?

—Sí.

—Vuelva y dígame al señor Basset que me las arreglaré para conseguir el dinero de una forma o de otra. Puedo hacer los pagos uno o dos meses por lo menos. Para entonces, Enrique estará ya trabajando. Tengo algunas cosas que puedo vender.

—No le diré a Basset tal cosa.

—Pero... ¡si yo quiero aceptar su oferta antes de que Enrique vaya a la cárcel!

—Tiene usted hasta mañana por la tarde para buscar otro

abogado que la represente.

—¿Quiere usted decir con eso que se niega a obrar por mi cuenta?

—Sí; para aceptar semejantes condiciones, me niego, naturalmente, a representarla. Sólo estoy dispuesto a hacerlo si usted me permite coger a su hermanito por mi cuenta y deshacerle hasta ver lo que lleva dentro. En cuanto haya cantado de plano, haré por usted todo lo que me sea posible. De lo contrario, búsquese usted otro abogado. No discuta conmigo por teléfono. Piénselo. Deme su contestación más tarde.

Colgó el auricular bruscamente.

Capítulo IV

Perry Mason, arrellanado en su butaca leyendo un libro sobre los últimos descubrimientos en sicología, apenas se dio cuenta de que daban las doce de la noche.

El teléfono que había sobre un soporte al alcance de su mano emitió un ruido sordo. Descolgó el auricular y dijo:

—¡Diga! ¡Mason al habla!

Oyó una voz de mujer, ronca de emoción, que hablaba a borbotones.

—Venga inmediatamente. Voy a dejar a mi marido. Ha llevado a cabo un ataque salvaje. Va a haber jaleo. Mi hijo va a matarle...

—¿Quién habla? —interrumpió Mason.

—Sylvia Basset... la esposa de Hartley Basset.

—¿Qué quiere usted que haga?

—Que venga aquí lo más aprisa que pueda.

—Puede aguardar todo eso hasta mañana.

—No, señor. Usted no comprende. Ha sido herida gravemente una mujer aquí.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Ha recibido un golpe en la cabeza.

—¿Quién se lo dio?

—Mi marido.

—¿Dónde está su marido?

—Se metió en un coche y huyó. En cuanto vuelva, mi hijo Ricardo va a matarle. Yo no puedo hacer nada para evitarlo. Quiero que venga usted y se haga cargo del asunto. Si mi esposo regresa antes de que llegue usted, Ricardo le matará. Quiero que le explique a Dick que usted puede proteger mis intereses; que no hay necesidad que se tome la justicia por su propia mano, que...

—¿Dónde está usted ahora?

—En casa.

—¿No puede traerme a su hijo aquí?

—No; no quiere salir. Está furioso. No puedo hacer nada con él.

—¿Ha amenazado usted con llamar a la policía?

—No.

—¿Por qué?

—Porque le detendrían y no quiero que ocurra eso. Y hay otras cosas que me pondrían en una situación embarazosa. ¿No quiere usted hacer el favor de venir? No puedo explicarle por teléfono; pero es cuestión de vida o muerte. Es...

—Iré —le interrumpió Perry Mason—. Sujete a Ricardo hasta que llegue yo.

Colgó el auricular, se quitó el batín y las zapatillas, se puso zapatos y chaqueta y, un minuto y medio después, corría a toda velocidad en su coche.

La señora Basset le aguardaba a la puerta de la casa.

—Entre —le dijo—, y haga el favor de hablarle a Ricardo lo más pronto que pueda.

Perry Mason pasó al despacho exterior. Un joven esbelto de veintiuno o veintidós años abrió de un tirón la puerta del despacho interior y dijo:

—Oye, mamá; yo no pienso esperar...

Se interrumpió al ver a Perry Mason. Las manos, que tenía alzadas delante de él, cayeron a sus costados.

—Ricardo —susurró ella—, quiero presentarte al abogado Perry Mason. Este es Ricardo Basset, mi hijo.

El joven miró a Perry Mason con ojos pardos, profundos, muy abiertos. Tenía el semblante pálido como un sudario y los labios comprimidos.

Mason le tendió la mano.

—Basset —dijo—, tanto gusto en conocerle.

El muchacho vaciló unos instantes, miró la mano de Mason, se cambió algo de la mano derecha a la izquierda, y se adelantó.

Un objeto pequeño cayó al suelo. Asió la mano del abogado la estrechó y dijo:

—¿Representa usted a mamá?

Mason afirmó con la cabeza.

—Ha estado sufriendo los tormentos del infierno —dijo el

muchacho—. Yo ya estoy harto de hacer de espectador. Esta noche yo...

Se interrumpió al ver que Mason posaba la mirada sobre lo que había dejado caer en la alfombra.

—¿Un cartucho? —inquirió el abogado.

El muchacho se agachó para recogerlo; pero Mason fue más listo que él. Recogió un cartucho del 38 y lo miró, pensativamente.

—¿A qué las municiones? —inquirió.

—Eso es cuenta mía —respondió Basset.

Mason alargó un brazo, asió la mano izquierda del muchacho, le abrió los dedos antes de que el otro pudiera adivinar sus intenciones y dejó al descubierto varios cartuchos más del 38. Uno de ellos estaba gastado.

—¿Dónde está el revólver? —preguntó.

—¡No venga usted aquí con esos aires! —saltó Basset—. Usted no puede...

Perry le asió del hombro; lo acercó, le hizo dar media vuelta y, al propio tiempo, metió una mano por debajo de la chaqueta.

Ricardo Basset intentó forcejear y logró desasirse, pero no antes de que Perry Mason le hubiera sacado un revólver del 38 del bolsillo de atrás del pantalón.

Mason examinó el cilindro. Estaba descargado. Olió el cañón.

—Huele como si hubiera sido disparado —dijo.

Ricardo Basset le miró, pálido y en silencio. La señora Basset se acercó y asió el arma.

—*Por favor!* —le dijo a Perry Mason—. Me estaba preguntando dónde podría estar este revólver. Haga el favor de dármelo.

Mason no lo soltó.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—Lo quiero, dímelo.

—¿De quién es?

—No lo sé.

Mason miró a Basset y le preguntó:

—¿De dónde lo sacó usted?

Basset guardó silencio.

El abogado miró a la señora Basset, movió negativamente la cabeza y se desasíó de ella, dulcemente.

—Yo creo —dijo—, que estará más seguro en mi poder de

momento. Y ahora... ¿qué ha ocurrido?

Ella soltó de mala gana el arma y le dijo al muchacho:

—Enséñaselo tú, Ricardo.

El joven apartó un biombo japonés, descubriendo un rincón del cuarto que el abogado no había podido ver.

Una mujer de anchas caderas y cabello de un rojo descolorido, se hallaba inclinada sobre alguien que yacía en un diván.

No alzó la cabeza al moverse el biombo, sino que dijo, por encima del biombo:

—Creo que estará bien dentro de pocos minutos. ¿Es este señor el médico?

El abogado se colocó a un lado para poder ver a la persona que yacía en el diván.

Era una morena de unos veinticuatro o veinticinco años, vestida de oscuro. Le habían desabrochado la blusa por el cuello, dejando al descubierto la blanca curva de su garganta y de su pecho. Había unas toallas mojadas sobre el diván junto a la cabeza. Entre las toallas, un frasco de sal volátil y una botella de coñac. La pelirroja dábale masajes.

—¿Quién es? —preguntó Perry Mason.

La señora Basset contestó lentamente:

—Mi nuera... la mujer de Ricardo. Pero nadie lo sabe aún. Sigue usando su nombre de soltera.

Ricardo se volvió, como para decir algo; pero guardó silencio.

Perry Mason señaló una erosión que se veía en el lado de la cabeza de la joven.

—¿Qué ocurrió?

—Mi marido le dio un golpe.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Con qué?

—No lo sé. Le pegó y luego salió corriendo de casa.

—¿Dónde se fue?

—Tenía el coche parado a la puerta. Subió a él y se alejó a toda velocidad.

—¿Le acompañaba el chófer?

—No; estaba solo en el coche.

—¿Le vio usted?

—Sí.

—¿Dónde estaba usted?

—Le vi desde la ventana del piso de arriba.

—¿Usted sabe que era su coche?

—Sí; era su Packard.

—¿Llevaba equipaje?

—No; ninguno.

La joven que yacía en el diván se movió y exhaló un gemido.

—Está recobrando el conocimiento —observó la pelirroja.

Perry Mason se inclinó hacia delante. La señora Basset se acercó a la cabecera del diván, alisó el cabello mojado de la muchacha, acarició los entornados párpados y preguntó:

—Hazel, querida, ¿me oyes?

Los párpados se descorrieron, descubriendo unos ojos negros que expresaban aturdimiento. La muchacha boqueó, gimió y se volvió de costado.

—Va a vomitar y entonces se sentirá mejor —dijo la pelirroja, hablando con Sylvia Basset y volviéndose luego para mirar con curiosidad a Perry Mason.

Este último se volvió hacia la señora Basset, a quien interrogó:

—¿Quiere usted que me haga cargo de todo esto?

—¿De qué manera?

—¿Quiere usted que obre de la forma que a mí me parezca mejor?

—Sí.

Perry se acercó al teléfono que había sobre la desvencijada mesa cubierta de quemaduras de cigarrillos y dijo:

—Póngame con Jefatura de Policía... ¡Diga! ¿Jefatura? Ricardo Basset de Franklin Street número 9682 al habla. Ha habido jaleo aquí. Creo que mi padre ha estado bebiendo... y ha dado un golpe bastante serio a una mujer... Sí; es mi padre. Queremos que le detenga, naturalmente. Está loco. No sabemos qué se le ocurrirá hacer a continuación. Hagan el favor de mandar alguien en seguida... Sí, uno de los coches de la Brigada Móvil servirá, pero que venga en seguida, porque a lo mejor mata a alguien.

Perry Mason volvió a colgar el auricular y miró a la señora Basset.

—Usted —dijo—, no se meta en el asunto.

Se volvió hacia el muchacho.

—Usted ha de tomar la iniciativa —le dijo—. Deduzco que usted está de parte de su madre y contra su padre. ¿No es cierto?

La señora Basset dijo:

—Naturalmente, saldrá a relucir durante la investigación que Hartley no es el padre de Ricardo.

—¿Quién es su padre, pues?

—Es hijo mío, de un... matrimonio anterior.

—¿Cuánto tiempo lleva usted casada con Hartley Basset?

—Cinco años.

—Cinco años de tormento —dijo Ricardo con amargura.

La mujer que yacía en el diván se agitó inquieta y volvió a gemir. Dijo algo ininteligible, luego tosió y se incorporó.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—No te preocupes, Hazel —dijo la señora Basset—. Todo se arreglará. No hay nada de qué preocuparse. Tenemos un abogado aquí y va a venir la Policía.

La joven cerró los ojos, suspiró y dijo:

—¡Oh! ¡Déjame pensar... déjame pensar!

La señora Basset se acercó a Perry Mason.

—Por favor —dijo en voz baja—, devuélvame el revólver. No quiero que lo tenga usted.

—¿Por qué?

—Porque creo que debiéramos esconderlo.

—Usted no tiene derecho a tener revólver —le contestó Perry.

—No es mío.

—¿Y si lo encontrara la Policía?

—No lo encontrará si me lo entrega usted a mí. Haga *el favor*.

Perry sacó el arma y se la entregó. Ella se la metió por el escote y la sujetó con una mano.

—No puede usted llevarlo ahí —dijo Mason—. Si va a esconderlo, ande y escóndalo.

—Aguarde —contestó ella—; usted no comprende. Yo me cuidaré de él...

Ricardo Basset, que se había inclinado con ternura sobre la joven del diván, exclamó:

—¡Santo Dios!

La muchacha abrió los ojos. Ricardo la besó y ella le rodeó el

cuello con un brazo. Habló con él en voz baja. Un instante después, Ricardo se desasíó cariñosamente de ella y se volvió hacia los otros.

—No fue Hartley quien le pegó —dijo.

—Tiene que haberlo sido —insistió la señora Basset—. Debe de estar delirando. La acompañé yo misma hasta el despacho exterior. Sabía que Hartley estaba solo.

Ricardo Basset dijo excitado:

—No fue Hartley. Hazel ni siquiera habló con él. Llamó a la puerta del despacho de papá. No obtuvo contestación. Abrió la puerta y encontró el despacho vacío. Cruzó éste y llamó a la puerta del despacho interior. Papá abrió. Había alguien con él. No pudo ver quién era. El hombre estaba de espaldas a ella. Papá le dijo que estaba ocupado, que se fuera y se sentara.

»Aguardó cerca de diez minutos. Luego se abrió la puerta. Un hombre metió el brazo al salir y apagó las luces. Empezó a cruzar el despacho exterior, la vio y se volvió. La luz cayó sobre su semblante. Hazel vio el antifaz negro y los ojos del desconocido. Una de las cuencas estaba vacía. Dio un grito. Él le dio un golpe. Ella le arrancó el antifaz. Era un tuerto al que jamás había visto hasta aquel momento. Éste masculló una blasfemia y le dio un golpe con una porra. Hazel perdió el conocimiento.

—¿Que sólo tenía un ojo? —exclamó Sylvia Basset—. ¡Ricardo! ¡Aquí hay un error!

Su voz se elevó como con histeria.

—Sólo un ojo —repitió Ricardo—. ¿No es eso, Hazel?

La joven afirmó con la cabeza.

—¿Qué fue del antifaz? —interrogó Mason.

—Se lo arrancó de la cara. Era de papel... de papel negro.

Mason, de rodillas ya, recogió un trozo de papel carbón del suelo. Tenía dos aberturas para los ojos, una esquina estaba arrancada. El papel estaba roto por el centro.

—Ese es —murmuró la muchacha.

Se puso en pie.

—Le vi la cara.

Se tambaleó. La pelirroja alargó un brazo musculoso un instante demasiado tarde. La muchacha cayó de bruces, echando las manos, instintivamente, hacia delante. Las palmas descansaron contra el vidrio de forma de diamante de la puerta exterior. La pelirroja

cambió la mano de sitio y la alzó como si fuera una muñeca, depositándola nuevamente sobre el diván.

—¡Dios mío! —gimió la joven.

Mason se inclinó sobre ella, solícito.

—¿Está usted bien? —preguntó.

Ella sonrió débilmente.

—Creo que sí. Me mareé un poco al levantarme; pero ya me encuentro bien.

—¿Ese hombre, no tenía, más que un ojo? —inquirió Mason.

—Sí —contestó ella, haciéndose más fuerte su voz.

—¡No, no! —exclamó Sylvia Basset, siendo su voz casi un gemido.

—Dejad que lo cuente *ella* —dijo Ricardo con rabia—. Que todos los demás se callen.

—¿Le pegó a usted más de una vez? —preguntó el abogado.

—Creo que sí. No me acuerdo.

—¿Sabe usted si salió por esta puerta?

—No.

—¿Le oyó usted alejarse en coche?

—Le digo que no lo sé. Me pegó y perdí el conocimiento.

—¿Quiere usted hacerme el reverendísimo favor de dejarla en paz? —exclamó Ricardo Basset—. No es un testigo ante un tribunal para que se la someta a semejante interrogatorio.

Perry Mason se dirigió a la puerta que conducía al despacho interior. Fue a coger el pomo de la puerta, vaciló unos instante y sacó un pañuelo del bolsillo. Se envolvió los dedos en el pañuelo antes de hacer girar el pomo. La puerta se abrió lentamente. El cuarto estaba exactamente como lo había visto la primera vez. Una luz, pegada al techo, proporcionaba una iluminación brillante, pero indirecta.

Cruzó la puerta del despacho interior. Estaba cerrada también. De nuevo se envolvió la mano en el pañuelo y abrió. El cuarto estaba a oscuras.

—¿Sabe alguno de ustedes dónde está el interruptor de la luz aquí dentro? —inquirió.

—Yo lo sé —contestó la señora Basset.

Entró y, un momento después, se encendieron las luces.

La señora Basset exhaló un grito de sorpresa y de horror. Perry

Mason, que se hallaba en el umbral, se inmovilizó. Ricardo Basset exclamó:

—¡Santo Dios! ¿Qué es eso?

Hartley Basset yacía de bruces en el suelo. Una manta y un edredón le cubrían en parte la cabeza. Tenía los brazos estirados. La mano derecha estaba fuertemente cerrada. Un charco rojo había manchado la manta y el edredón por un lado y la alfombra por otro, a la altura de la cabeza. Sobre la mesa había una máquina de escribir portátil y una hoja de papel en ella, medio llena de escritura.

—Atrás todo el mundo —ordenó Perry Mason no toquen nada.

Avanzó cautelosamente, con las manos detrás de la espalda. Se inclinó por encima del cadáver para leer el papel de la máquina, que estaba al otro lado.

—Esta —dijo— parece la carta de un suicida; pero no puede tratarse de un suicidio porque no hay arma alguna por aquí.

—Léala en alta voz —dijo Ricardo, con excitación—. A ver lo que dice. ¿Qué motivos da para suicidarse?

Perry Mason leyó en voz baja y monótona:

«Voy a acabarlo todo. He fracasado. He ganado dinero, pero perdido el respeto de todos mis asociados. Nunca he podido hacer amigos ni conservarlos. Ahora me encuentro que no puedo conservar siquiera el respeto y el amor —ni siquiera la amistad— de mi propia mujer. El joven que pasa por hijo mío y que ha tomado mi nombre, me odia profundamente. Me he dado cuenta de pronto que por mucho que crea un hombre bastarse a sí mismo, no puede sostenerse solo. Llega el momento en que se da cuenta que necesita estar rodeado de aquellos que le tienen algún cariño si ha de poder existir. Soy hombre rico en dinero y he dado en quiebra en amor. Recientemente ha ocurrido algo que no necesito consignar por escrito, pero que me convence de la futilidad de intentar conservar el amor de la mujer que es lo que más quiero en este mundo. He decidido, por lo tanto, acabarlo todo, si me puedo armar de suficiente valor para apretar el gatillo. Si puedo armarme de suficiente valor... si puedo armarme de suficiente valor...».

—Tiene algo en la mano —dijo Ricardo Basset.

Perry Mason se inclinó, vaciló unos instantes, luego separó levemente los dedos.

Un ojo de cristal pareció mirarlos, inyectado en sangre, sin parpadear, maligno.

La señora Basset exhaló una exclamación.

Perry Mason se volvió hacia ella.

—¿Qué significa ese ojo para usted? —preguntó.

—No... *nada*.

—Vamos, desembuche. ¿Qué significa para usted?

Ricardo se adelantó.

—Oiga —dijo—: a mi madre no le hable usted así.

Mason le apartó con un gesto.

—Usted no se meta en eso —contestó—. ¿Qué significa ese ojo para usted?

—Nada —contestó ella con voz más segura.

Mason se dirigió a la puerta.

—Bueno —dijo—; me parece que ya no son necesarios mis servicios.

Ella le asió de la manga, frenética.

—Por favor —suplicó—, *¡por favor!* Tiene usted que *ayudarme* a salir de este trance.

—¿Va usted a decirme la verdad?

—Sí; pero no ahora... no aquí.

Ricardo se acercó al momento.

—Quiero ver —dijo— qué...

Perry le asió del hombro le hizo dar media vuelta y le sacó del cuarto de un empujón.

—Apague la luz, señora Basset —dijo.

La mujer obedeció.

—¡Oh! ¡He dejado caer mi pañuelo! —exclamó—. ¿Importa?

—Claro que importa —contestó el abogado—. Recójalo y salga.

Sylvia buscó a tientas. Perry aguardó, con paciencia, en la puerta. Se acercó ella a él.

—Ya lo tengo —susurró, colgándose de su brazo—. Tiene usted que protegerme, y los dos tenemos que proteger a Ricardo. Dígame...

Se desasíó de ella, cerró la puerta y cruzó el otro cuarto.

La mujer que había estado echada en el diván, estaba de pie ya. Tenía el rostro pálido a más no poder. Intentó sonreír.

Mason se encaró con ella.

—¿Sabe usted lo que hay ahí dentro? —preguntó.

—¿Es el señor Basset? —dijo ella, casi en un susurro.

—Sí. ¿Vio usted claramente al hombre que salió del cuarto?

—Sí.

—¿Le vio él a usted? ¿Le conocería él a *usted* si la volviera a ver?

—No lo creo. Yo estaba aquí, en la oscuridad. La luz venía del otro cuarto. Le iluminaba la cara. Yo estaba de espaldas a la luz. Tenía la cara en la oscuridad.

—¿Llevaba este antifaz?

—Sí. Ese es. Es papel carbón, ¿verdad?

—¿Vio usted que tenía la cuenca de un ojo vacía?

—Sí; era horrible. El antifaz era negro, ¿comprende?, y al ver un ojo por una abertura y un agujero encarnado en el otro...

—Escúcheme bien —la interrumpió el abogado—; la policía va a venir y la someterán a usted a un interrogatorio. Luego la detendrán como testigo de cargo. Usted quiere ayudar a Ricardo, ¿no es así?

—Sí; claro que sí.

—Bueno, pues quiero repasar este asunto detalladamente antes de que la Policía hable con usted. ¿Se encuentra lo bastante bien para conducir un coche?

—Sí; ahora sí. Estaba mareada al principio.

—¿Sabe usted conducir?

—Sí.

Se sacó una llave del bolsillo, se la entregó y se dirigió al teléfono.

—Mi coche está a la puerta —dijo, por encima del hombro—. Suba a él y póngase en marcha. Mi despacho está en el Central Utilities Building. Para cuando usted llegue, ya estará mi secretaria esperándola.

Sin aguardar contestación, marcó un número. Un momento después, oyó la voz soñolienta de Della Street, que preguntaba:

—¡Diga! ¿Quién llama?

—Perry Mason. ¿Puede usted vestirse en el tiempo que tardaría un taxi en llegar a su casa?

—Tendré tiempo de ponerme algo que me permita pasar la censura; pero no estaré muy a la moda.

—No se preocupe de la moda. Póngase lo primero que encuentre. Envuélvase en un gabán. Le mando un coche. Vaya al despacho. Encontrará a una mujer allí. Se llama... —Preguntó por encima del hombro—: ¿Cómo se llama esa muchacha?

Ricardo Basset dijo:

—Hazel Fenwick.

—Hazel Fenwick —dijo Perry—. Hágala pasar al despacho. Encárguese de que no le dé un ataque de histeria. Sea amistosa. Dele un poco de whisky; pero no la emborrache. Hable con ella y tome nota de lo que diga, en taquigrafía. Que nadie la vea hasta que llegue yo allí.

—¿Cuándo llegará usted?

—Dentro de poco. Tengo que dejarle a un par de guardias que me hagan preguntas.

—¿Qué ha ocurrido?

—Lo averiguará usted por la muchacha.

—Conforme, jefe. ¿Va a pedir usted el coche?

—Sí.

—Estaré abajo esperándolo. Dígale al chófer que recoja a la muchacha con abrigo de pieles que encontrará en la acera. Espero que nadie mirará por debajo del abrigo.

—No hay peligro —respondió Perry Mason, colgando el auricular.

Llamó luego a una compañía de automóviles de alquiler y les dijo que mandaran un coche urgentemente a casa de Della Street. A continuación se volvió hacia la señora Basset.

—¿Quién más está enterado de esto? —preguntó.

—¿De qué?

Mason hizo un gesto con el brazo, como si barriera el cuarto.

—Nadie. Lo descubrió usted mismo. Fue usted el primero en acercarse al cuarto...

—No, no. No me refiero a su esposo. Hablo del ataque de que fue víctima la joven. ¿Lo sabe alguno de la servidumbre?

—El señor Colemar —contestó ella.

—¿Es ese calvo con lentes que trabaja en el despacho de su esposo?

—Sí.

—¿Cómo se ha enterado?

—Había ido al cine. Vio salir corriendo a alguien de la casa y luego me vio a mi correr por el cuarto. Entró a preguntar qué ocurría.

—¿Qué le dijo usted?

—Le dije que se retirara a su cuarto y no se moviera de él.

—¿Vio a la joven en el diván?

—No; no le permití verla. Tenía curiosidad. No hacía más que intentar acercarse al diván para verla. Es buena persona, pero es un charlatán y haría cualquier cosa por hacerme daño. Mi marido y yo no nos llevábamos bien. Él estaba de parte de mi esposo.

—¿Dónde se fue?

—Supongo que a su cuarto.

El abogado se volvió hacia Ricardo.

—¿Sabe usted cuál es? —preguntó.

—Sí.

—Bueno, lléveme a él.

El joven dirigió una mirada interrogadora a su madre. Mason le cogió del hombro y dijo:

—Por el amor de Dios, dese usted prisa. La Policía llegará de un momento a otro. ¡Andando! ¿Podemos pasar por aquí?

—No; esta parte de la casa está separada de la otra. Tendrá que entrar por la otra puerta.

Salieron al porche, entraron por la puerta de la residencia particular, subieron una escalera, recorrieron un pasillo y Ricardo Basset, que iba delante, se echó a un lado y señaló una puerta por debajo de la cual se escapaba una luz.

El abogado asió al muchacho del brazo, por encima del codo.

—Bien —dijo—; ahora vuelva usted al lado de su madre, eche a esa criada pelirroja, y al grano inmediatamente.

—¿Qué quiere usted?

—Ya sabe usted lo que quiero decir. Pónganse de acuerdo acerca de lo que van a decir, en todos los detalles, y justifiquen la presencia del revólver.

—¿Qué revólver?

—El que usted tenía, naturalmente.

—¿Me preguntarán algo acerca de él?

—Tal vez. Había sido disparado. ¿Contra quién lo disparó usted?
Ricardo se humedeció los labios con la punta de la lengua y dijo:
—Hoy no había sido disparado. Fue ayer.

—¿Contra qué disparó?

—Contra un bote de hojalata.

—¿Cuántos tiros?

—Uno.

—¿Por qué uno nada más?

—Porque di al bote y no quise repetir la suerte por si quedaba mal la segunda vez.

—¿Por qué disparó contra un bote?

—Estaba haciendo una exhibición.

—¿En presencia de quién?

—De mi mujer. Me acompañaba en el coche.

—Así, ¿usted lleva revólver siempre?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque Hartley Basset ha sido una bestia con mi madre. Sabía que, tarde o temprano, tendría que haber un desenlace.

—¿Tiene usted licencia de uso de armas?

—No.

—¿Nadie le vio disparar contra el bote más que su esposa?

—Nadie más. Ella fue el único testigo.

Mason le hizo una seña para que se marchase.

—Reúnase con su madre. Procuren que su versión del asunto no tenga puntos débiles.

Alzó la mano para llamar a la puerta, vaciló, bajó la mano al pomo, lo hizo girar y abrió la puerta con brusquedad. El mismo hombre de estrecha espalda y calvo que había visto en el despacho de Basset a primera hora de la noche, le miró a través de sus lentes de marco de concha, expresando su rostro exasperación. Se trocó en sorpresa al reconocer a Perry.

—Me vio usted esta noche en el despacho de Basset —dijo Mason—. Soy Perry Mason, el abogado. Usted se llama Colemar, ¿verdad?

La expresión de irritación reapareció en el rostro del interpelado.

—¿No acostumbran los abogados a llamar a la puerta? —

preguntó.

Mason empezó a decir algo, pero se contuvo cuando su mirada, al errar hacia la cómoda, observó el pedazo de papel con el número de teléfono de su casa particular que le había dado a Berta McLane.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¿Le importa a usted acaso?

—Sí.

—Es algo que recogí en el vestíbulo.

—¿Cuándo?

—Hace un momento.

—¿En qué parte del vestíbulo?

—Al lado de la escalera, delante de la puerta del cuarto de la señora Basset. Pero no veo yo con qué derecho...

—No se preocupe —contestó Mason, adelantándose, cogiéndolo y metiéndoselo en el bolsillo—. Usted va a ser testigo. Yo soy abogado. Tal vez pueda ayudarle.

—¿Ayudarme a mí?

—Sí.

Colemar enarcó las cejas con sorpresa.

—¡Cielos! —exclamó—. ¿De qué soy yo testigo y cómo puede ayudarme?

—Vio usted a una mujer, que había sido herida, echada en la sala de la señora Basset hace unos minutos.

—No me fue posible distinguir si se trataba de un hombre o de una mujer. Alguien yacía en el diván. Yo creí que se trataba de un hombre. Pero Edith Brite estaba en pie delante del diván y la señora Basset parecía tener muchos *deseos* de impedir que me acercara. No hacía más que empujarme para otro lado. Si le interesa saberlo, le diré que pienso dar cuenta del asunto al señor Basset por la mañana. La señora Basset no tiene derecho alguno a entrar en esos despachos y yo sí. No tenía derecho a alejarme a empujones.

—Le sujetó, ¿eh? —inquirió Mason con sarcasmo.

—Usted no conoce a esa Brite. Es más fuerte que un toro y hace todo lo que la señora Basset le ordena.

—¿Había usted salido?

—Sí; a un cine.

—Cuando regresó, ¿vio usted a alguien salir corriendo?

Colemar se irguió con toda la dignidad posible en un hombre

que ha estado inclinado sobre una mesa durante muchos años de escribiente.

—Así es —contestó, ominoso.

Su tono hizo que se contrajeran las pupilas del abogado.

—Oiga, Colemar —dijo—: ¿reconoció usted a ese hombre?

—Eso —contestó Colemar— no le importa a usted un bledo. Eso es cosa que le diré al propio señor Basset. No quiero parecer poco respetuoso, pero no sé qué relación tiene usted con la señora Basset y no sé con qué derecho entra usted en mi cuarto sin llamar y hace tantas preguntas. Dijo usted que iba a tener que comparecer como testigo. ¿De que he de dar testimonio?

Mason oyó el sonido de una sirena al doblar un coche la esquina a toda velocidad. No aguardó a contestar la pregunta de Colemar, sino que abrió la puerta, cruzó el vestíbulo pequeño, bajó los escalones de dos en dos, abrió la puerta del porche y cruzó hacia la otra puerta en el preciso momento en que se detenía un automóvil de turismo junto a la acera.

Mason abrió la puerta de empujón. Ricardo Basset y su madre, que hablaban en susurros, se apartaron de un salto, dando muestras de inquietud.

—Bueno —dijo Mason—, ya ha llegado la policía. No digan ni una palabra de ninguna discusión que cualquiera de los dos pueda haber tenido con Hartley Basset. Resultaría peligroso, dadas las circunstancias. ¿Comprenden?

La señora Basset contestó lentamente:

—Comprendo.

Se oyeron pisadas en el porche. Unos nudillos golpearon imperiosamente la puerta.

Ella la abrió y dos hombres de anchas espaldas entraron en el cuarto.

—Bueno —dijo uno de ellos—, ¿qué ocurre aquí?

—Mi esposo se ha suicidado —dijo la señora Basset—, acaba de suicidarse.

—No es eso lo que nos contaron por radio —dijo uno de los policías.

—Lo siento. Mi hijo tenía algo de histeria. Sufrió un error. No sabía lo que había ocurrido.

—Bueno, y ¿qué es lo que ha ocurrido?

La señora indicó la puerta.

—¿Cómo sabe usted que se trata de un suicidio?

—Pueden ustedes leer la nota que dejó en la máquina de escribir.

Los hombres abrieron la puerta. Uno de ellos sacó una lámpara de bolsillo e iluminó el cuarto. El otro encontró el interruptor, dio la luz y se quedó contemplando la escena.

—¿Cuánto tiempo hace que le encontraron?

—Hace cosa de cinco minutos —contestó Perry Mason.

Los hombres se volvieron hacia él.

—¿Quién es usted, amigo? —preguntó uno de ellos.

El otro le reconoció.

—Es Perry Mason —dijo—, el abogado.

Perry Mason hizo una leve reverencia.

—¿Qué hace *usted* aquí? —inquirió el que primero había hablado.

—Esperar a que acabasen ustedes con su trabajo para discutir ciertos asuntos con la señora Basset.

—¿Cómo acierta usted a estar aquí?

—Vine a visitar al señor Basset por una simple cuestión de negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—Aun cuando ello nada tiene que ver con el asunto —contestó el abogado, sonriendo afablemente—, le diré que se trataba de asuntos relacionados con un joven que había sido empleado del señor Basset. Había habido una mala interpretación entre ellos y yo quería deshacerla.

—¡Hum! —murmuró el policía, mirando el cadáver.

—¿Oyó alguien el disparo?

Nadie contestó.

—Es evidente que empleó la manta y el edredón para amortiguar el disparo —dijo el policía—. Ahí está el revólver que usó.

Perry Mason siguió la dirección de su dedo. En el suelo a la vista, yacía un revólver —un Colt del 38— aparentemente el mismo que le había quitado a Ricardo.

Uno de los policías se acercó al cadáver, cogió una punta de la manta y la alzó.

—¡Caramba! —exclamó en voz excitada—. ¡Hay otro revólver debajo de la manta! ¿Cómo diablos puede haberse suicidado un hombre con dos revólveres?

El segundo policía empujó a los espectadores hacia la puerta.

—Salgan de aquí —dijo— y déjenme usar el teléfono. Voy a llamar a la Brigada Criminal.

Mason miró fijamente a la señora Basset.

—Dos revólveres —dijo.

Ella no contestó. Tenía los labios descoloridos y en sus ojos brillaba el terror.

Capítulo V

Los testigos estaban sentados en amontonado grupo en el despacho exterior. Los miembros de la Brigada Criminal estaban ocupándose del cuarto en que yacía el muerto.

Perry Mason se inclinó hacia la señora Basset.

—¿Qué diablos pretendía usted al dejar ahí ese revólver? —inquirió en un susurro.

—¿Complicará las cosas?

—¡Claro que complicará las cosas! ¿Por qué lo hizo?

—Porque no podía tratarse de un suicidio si no se encontraba un arma. No creí que hubiese arma alguna. Recordará que no vimos ninguna cuando entramos en el cuarto. No movimos la manta y...

—Pero, ¿por qué —exigió el abogado— puso *usted* ese revólver allí?

—No tenía más remedio. Tenía que haber un arma allí. De lo contrario, no hubiera parecido suicidio. Hubiese parecido un asesinato.

—No se engañe. No quiera convencerse a sí misma de que eso no fue un asesinato. Y el revólver que dejó usted era el de Ricardo.

—Ya lo sé —se apresuró a contestar ella—; pero eso no importa. Ricardo y yo arreglamos eso. Diremos que Hartley le pidió prestado el revólver hace más de una semana y que Ricardo no lo ha visto desde entonces.

—Pero está descargado. No puede suicidarse una persona con...

—Oh, no. Lo cargué antes de dejarlo en el cuarto.

—¿Con los cartuchos que le quité yo a Ricardo, incluso el usado?

—Sí.

—¿No sabe usted —dijo Mason—, que examinando los cartuchos sabe la policía si un proyectil ha sido disparado con un arma

determinada?

—No. ¿Pueden saberlo?

—Y, ¿sabía usted que la policía sabe hacer resaltar y fotografiar las huellas dactilares que haya en un arma y que, cuando lo hagan, encontrarán las suyas, las de Ricardo y las mías?

—¡Santo Dios, no!

—Usted —dijo Perry— es una de las mujeres más listas que he conocido en mi vida, o una de las más estúpidas.

—No estoy enterada de los asuntos de criminología. No sé una palabra de todo eso.

—Oiga —dijo Perry Mason, mirándola con fijeza—, ¿creía usted que Hartley Basset había salido o sabía usted que yacía muerto en el despacho?

—Creí que había salido, naturalmente. Le digo que le vi salir corriendo... Creí que era él.

—¿Esa muchacha es su nuera?

—Sí; se casó con Ricardo. Pero no debe usted decir una palabra de ese matrimonio.

—¿Por qué no? ¿Qué hay de malo en ello?

—¡Por favor! ¡No me haga todas esas preguntas ahora! Ya se lo diré más tarde.

—Escuche —contestó el abogado, sombrío—, le van a hacer a usted la mar de preguntas esta noche. ¿Está usted preparada para contestarlas?

—No lo sé... No; no *puedo* contestar preguntas.

—¿Por qué?

—Por qué no sé qué decir.

—¿Cuándo sabrá usted qué decir?

—Después de haber hablado otra vez con Ricardo. He de hablar con él otra vez...

Mason le golpeó la rodilla con un dedo.

—¿Le mató usted? —preguntó.

—No.

—¿Le mató Ricardo?

—No.

—¿Para qué quiere hablar con Ricardo entonces?

—Porque temo que averigüen quién fue el que le mató... Oh, no puedo hablar de eso. Haga el favor de dejarme en paz.

—Una pregunta nada más. Y... dígame usted la verdad... la verdad, ¿lo ha oído? ¿Le mató *usted*?

—No.

—¿Puede demostrarlo si es necesario?

—Sí; creo que sí.

—Bueno, pues no hay más que un medio de evitar que policía y periodistas la vuelvan a usted al revés. Dígales que está demasiado disgustada, demasiado trastornada para responder a pregunta alguna. A pesar de todo, ellos empezarán a interrogarla. Entonces, vuélvase usted histérica. Dígales cualquier cosa. Contradígame cada dos por tres. Diga que vio a su marido una hora antes del suceso. Luego diga que fue una semana antes... que no recuerda usted haberle visto desde hace un mes. Haga declaraciones descabelladas. Diga que había voces que le avisaban que la serpiente decía que le matarían. En resumen, hágase la loca. Deje que su voz se vaya, haciendo más y más aguda. Siga contándoles cosas absurdas. Estorbe todo lo que pueda. Grite, aúlle, ría, sufra ataques de histeria. ¿Me comprende?

—Sí; creo que sí. Pero... ¿no resultará peligroso?

—Claro que será peligroso; pero no tan peligroso, ni mucho menos, como el intentar explicar las cosas y dejarse pillar en una trampa policíaca. No olvide una cosa, sin embargo; no debe hacer lo que he dicho más que si es inocente y puede demostrar su inocencia en caso de necesidad. Y no sea comedida en sus declaraciones. Que resulten tan absurdas que parezca usted borracha o loca. Y salpíquelos todo bien de gritos y risas.

»Así la considerarán a usted un estorbo al que mejor es eliminar por medio de una inyección. Una vez que le hayan inyectado una droga, puede usted hacerse la dormida. Hable con voz pastosa y casi ininteligible; cierre los ojos y quédese dormida entre palabra y palabra. Eso les hará perder tiempo hasta que yo pueda conseguir...

La puerta se abrió. El sargento Holcomb, de la Brigada Criminal, hizo una seña con la cabeza a Perry Mason.

—Usted —dijo.

Mason pasó tranquilamente al otro cuarto.

—¿Qué sabe *usted* de todo esto?

—No gran cosa.

—Usted nunca sabe gran cosa —comentó Holcomb con hastío—.

¿Querrá decirnos cuánto es «no gran cosa»?

—Vine aquí —contestó Perry— para tratar de un asunto de negocios con Hartley Basset.

—¿Qué asunto era ése?

—Estaba relacionado con una cuestión de cuentas existente entre Basset y un expleado suyo.

—¿Quién era el expleado?

—Mi cliente.

—¿Cómo se llama?

—Tendré que pedirle autorización antes de decírselo.

—¿Qué hizo usted cuando llegó aquí?

—Encontré que reinaba bastante excitación.

—¿Qué ocurría?

—Tendrá usted que preguntárselo a los otros; yo no lo sé. Parece ser que había habido algún roce entre Hartley Basset y su hijo Ricardo y una señorita había sufrido algún daño.

—¿Qué le había hecho el daño?

—Dijo que alguien la había dado un golpe.

—¡Oh, oh! —exclamó Holcomb—. ¿Quién le dio el golpe?

—No lo sabía.

—¿Cómo es que no lo sabía?

—Era la primera vez que veía a aquel hombre.

—¿Qué fue de ella?

—Me tomé la libertad de mandarla a un sitio donde podría estar tranquila hasta mañana.

—¿Que hizo usted *qué*?

Perry Mason encendió un cigarrillo y dijo tranquilamente:

—La envié a un sitio donde pudiera estar tranquila.

—Pues no sabe usted lo que se ha hecho.

—¿Por qué?

—¿Sabía usted que se había cometido un asesinato aquí?

Perry Mason alzó la cabeza y dijo con sorpresa:

—¡Cielos, no!

El sargento Holcomb rió burlonamente.

—Teniendo en cuenta lo que ha corrido usted por el mundo, parece mentira que no reconozca un asesinato a simple vista.

—Hartley Basset se suicidó —dijo Perry Mason.

—Sí, ¿eh? ¿Me cuenta *usted* eso a mí?

—¿No es cierto?

—No.

—La nota que había en la máquina de escribir decía que sí.

—Cualquiera puede escribir una nota a máquina.

—Envolvió el revólver en una manta y un edredón para que no se oyera el disparo.

—¿Por qué?

—Para no turbar a la familia, supongo.

—¿Y por qué no quería turbar a la familia?

—Supongo que por consideración.

—¡Cuentos! El hombre que va a suicidarse sabe que le descubrirán. Le tiene sin cuidado. El hombre que comete un asesinato es el que quiere tener oportunidad para marcharse antes de ser descubierto. Y el hombre que va a matarse no usa tres revólveres para hacerlo.

—¡Tres revólveres! —exclamó Mason.

—Tres revólveres —asintió Holcomb—. Uno que había en el suelo, al descubierto; otro escondido debajo del edredón y de la manta; y, el tercero, el que llevaba Basset en una funda debajo del sobaco izquierdo. Y este último no había sido tocado. Si Basset hubiera querido suicidarse, ¿por qué no había de haber usado el revólver *suyo* y no buscar otra arma con que hacerlo?

—¿Con qué arma se le mató?

El sargento Holcomb sonrió con aire protector.

—¡Malo, malo! —dijo—. Soy yo quien hace las preguntas.

Mason se encogió de hombros.

—¿Dónde mandó usted a esa muchacha que recibió el golpe?

—Adonde pudiera estar tranquila.

—¿A qué sitio?

—Si le dijera a usted el sitio dejaría de ser un lugar en que pudiera estar tranquila.

—Escuche —dijo Holcomb, con voz que temblaba de rabia—: se trata de un asesinato. ¿No significa eso nada para usted?

—Sí —contestó Perry—; creo que sí.

—Claro que sí. Queremos interrogar a esa muchacha. Tal vez ello permita descubrir la identidad del asesino. Desembuche, hermano y dígame dónde está. Y hágalo pronto. Esta es la única ocasión que tendrá para hacerlo.

—Está en mi despacho.

—¿Por qué la mandó usted allí?

—Porque me pareció que necesitaba una oportunidad para serenarse. Por entonces, yo no tenía la menor idea de que Basset hubiera muerto asesinado. Creí, naturalmente, que se trataba de un suicidio.

—Y,... ¿está en su despacho esa secretaria tan eficiente, que tiene usted?

—Naturalmente. Tenía que haber alguien allí para abrirle la puerta a la muchacha.

El rostro de Holcomb se ensombreció.

—De esta forma —dijo—, *usted* tiene ocasión de obtener una declaración del único testigo presencial antes de que la policía tenga la oportunidad de interrogarla.

Mason se encogió de hombros y dijo serenamente:

—Y si usted la hubiera encontrado primero, la hubiese encerrado para que nadie pudiera averiguar qué tenía que decir hasta el día que compareciese ante el tribunal a declarar. Esa es la forma en que a *usted* le gusta hacer justicia. Pero le aseguro a usted, mi *querido* sargento, que sólo la mandé donde pudiera estar tranquila porque creí que se trataba de un suicidio. En cuanto me dijo usted que era un asesinato, tendrá que reconocer que no vacilé en decirle dónde se encontraba.

Alguien rió.

Holcomb se volvió hacia uno de sus hombres.

—Telefonee a Jefatura —ordenó— y dígales que recojan a esa muchacha que está en el despacho de Perry Mason. Que echen las puertas abajo si es necesario. Es testigo presencial. Dígales que Perry Mason está haciendo una copia taquigráfica de su relato. Dejen a la secretaria diez minutos más con ella y nos quedaremos sin caso.

Perry Mason preguntó con dignidad:

—¿Tienen ustedes alguna pregunta más que hacerme?

—¿A qué hora llegó usted aquí? —inquirió Holcomb.

—Poco después de medianoche... tal vez a las doce y veinte.

—¿Estaba muerto Basset cuando llegó usted aquí?

—Aparentemente. Estuve en el despacho exterior todo el tiempo y no oí el menor ruido en su cuarto. La señora Basset entró en busca

de algo y descubrió el cadáver.

»Hicimos el descubrimiento en el preciso instante en que llegaba la policía. Se la había llamado para el asunto del ataque de que había sido víctima la señorita Fenwick.

»La joven que fue atacada.

—¿Es cliente de usted?

—No; hasta ahora no, por lo menos.

—¿La había visto usted antes alguna vez?

—No.

—¿Cómo es que perdió tanto tiempo charlando con esta gente en el despacho exterior?

—Vine aquí a ver a Basset.

—¿Cómo es que perdió tanto tiempo hablando con ella si vino aquí a ver a Basset?

—Porque reinaba gran excitación debido al ataque de que había sido víctima la joven. Yo sugerí que se llamara a la policía.

—Esta es la segunda vez que menciona usted a la policía y ambas veces ha dicho que la Policía había de ser llamada, o palabras por el estilo.

Mason exhaló el humo del cigarrillo y nada dijo.

—No hace más que decirlo así —Holcomb prosiguió—, lo que resulta una forma rara de decirlo. Pues bien, quiero aclarar eso del todo. Déjese de decirme que fue llamada la policía y dígame: *¿quién llamó a la policía?*

—Yo.

—¿Dijo usted quién era?

—No; dije que era Ricardo Basset.

—¿Por qué?

—Porque quería que se diesen prisa. Temí que si les decía quién era, creerían que se les engañaba y no tenía tiempo de entrar en explicaciones.

—Bueno —suspiró Holcomb, con hastío—, usted gana. Siempre tiene contestación preparada. —Hizo un gesto hacía la puerta—. Está bien. Puede marcharse ya. Y si cree poder llegar a su despacho antes que los muchachos de Jefatura es usted un verdadero optimista.

—No tengo la menor prisa —respondió Mason.

—Sé que la tiene —le dijo el sargento—. Está usted camino de

su despacho ya. Es usted un hombre muy ocupado, señor Mason, y vino aquí nada más que a ver a Basset por cuestión de negocios. El señor Basset ha muerto; conque no puede usted verle acerca de negocio alguno. Por lo tanto, no tiene usted cosa alguna que hablar con nadie. Aquí nadie ha solicitado sus servicios. Usted no sabía que el señor Basset había muerto asesinado. Creía que se trataba de un suicidio. Y la joven que fue atacada no está aquí ya. Conque nada le retiene a usted aquí y no pensamos estropearle la noche y quitarle el sueño. Puede usted marcharse ahora mismo.

—Puedo esperar, por lo menos, hasta que haya pedido un taxi por teléfono —contestó el abogado.

El sargento Holcomb se echó a reír.

—¿No está su coche aquí?

—No.

—¿Qué ha sido de él?

—Le dije a la joven que lo llevara a mi despacho.

—¿Cómo pensaba usted volver a su despacho?

—En taxi.

—Vaya, vaya, vaya... No hay derecho. No podemos consentir que el mejor abogado de nuestra ciudad tenga que esperar mientras se le busca un taxi. ¡Santo Dios! Su tiempo es demasiado precioso. Que uno de vosotros le meta en un coche de la policía y le lleve a su despacho. Encárguense de que sea conducido inmediatamente y sin retrasos. Y traigan a la señora Basset aquí antes de que se vaya él y averiguaremos lo que sabe ella de todo esto.

Perry Mason apagó su cigarrillo aplastándolo contra el cenicero.

—Para un hombre que obtiene tan pocos resultados como usted, sargento, es extraordinariamente astuto en sus métodos —dijo.

Y salió, haciendo una ligera reverencia, mientras el sargento intentaba hallar una respuesta.

Capítulo VI

Perry Mason abrió la puerta de su despacho particular, encendió las luces y cruzó el piso hasta llegar al cuarto de la entrada general, cuya puerta llevaba el siguiente letrero:

PERRY MASON
ABOGADO
Entrada

Della Street, que estaba sentada a una mesa leyendo un libro de leyes, alzó la cabeza y, le miró con una sonrisa.

—Estoy estudiando leyes, jefe —dijo.

Llevaba un abrigo de pieles, abrochado.

—¿Ha estado la policía aquí? —inquirió Perry.

—Vaya si ha estado. Y ha dicho la mar de tonterías.

El rostro de Mason se ensombreció.

—¿Trataron con brutalidad a la muchacha?

La joven abrió desmesuradamente los ojos.

—Pero... ¡si yo creí que había usted dejado a la muchacha en algún sitio!... No ha aparecido por aquí.

—¿Que no se ha presentado por aquí?

Della movió negativamente la cabeza.

—¿Qué le dijo usted a la policía? —inquirió Mason.

—Quisieron dárseles de listos y yo me las di de lista con ellos. Me figuré que usted habría averiguado que iba a venir aquí la policía y que hubiese dejado a la muchacha en algún otro sitio. Conque les dije que no había venido aquí más que para estudiar un rato; que estudiaba mucho de noche porque usted quería que me hiciese detective; que había dicho usted que tantos detectives eran incompetentes que debiera de haber sitio para uno que fuera

verdaderamente inteligente.

—¿Cuánto tardó usted en llegar aquí?

—El coche llegó a mi casa unos dos minutos después de haber colgado yo el auricular. Yo estaba en la calle, esperando. Le di una propina para que corriera. Llegamos aquí en nada de tiempo. Entré, encendí las luces de este cuarto y dejé la puerta abierta. También le dije al sereno que iba a venir una joven al despacho y que hiciera el favor de encargarse de que llegara aquí si le preguntaba el camino.

Perry Mason emitió un leve silbido.

—Paul Drake andaba buscándole —dijo Della—. El sereno le dijo que estaba yo aquí, cuando iba a marcharse a su casa. Conque volvió y dejó un paquete para usted.

Señaló un paquetito de cartón, atado y lacrado.

El abogado sacó una navaja, cortó el cordel y preguntó:

—¿Tuvo usted alguna dificultad con la policía?

—No. Les dejé que examinaran todo el piso. Creían que tenía a la muchacha escondida en una manga.

—¿Difíciles de convencer? —dijo Mason, destapando la cajita.

—No; costó muy poco trabajo convencerles. Dedujeron que usted les había dicho a los detectives que había mandado a la muchacha aquí. Por consiguiente, creyeron que este era el lugar donde menos probable era que se la encontrara. El no encontrarla aquí no fue solamente lo que no esperaban, sino que les proporcionó la ocasión de hacer comentarios sarcásticos.

Mason quitó la capa de algodón en rama que había dentro de la caja y sacó seis ojos de cristal inyectados en sangre, que colocó sobre la mesa.

—¿Tenemos las señas de Brunold? —inquirió.

—Sí; están archivadas.

—¿Había número de teléfono?

—Creo que sí. Ahora veré.

Abrió un fichero y sacó una tarjeta.

—¿Teléfono? —preguntó Mason.

—Sí.

—Llámele.

Della consultó su reloj de pulsera; pero Mason dijo con impaciencia:

—No se preocupe de la hora. Llámele.

La muchacha marcó un número, aguardó cerca de un minuto y luego dijo:

—¿Oiga? ¿El señor Brunold?

Miró al abogado y movió afirmativamente la cabeza.

—Dígale que venga aquí —ordenó Mason—. O si no, deje; ya se lo diré yo.

Cogió el teléfono y dijo:

—Perry Mason al habla. Quiero que venga a mi despacho inmediatamente.

La voz de Brunold era hosca a más no poder.

—Escuche —dijo—, no tiene usted asunto alguno lo bastante importante para obligarme a...

—Me pagó usted mil quinientos dólares —le interrumpió el abogado— porque tenía usted confianza en mi habilidad para sacarle de un apuro. Eso fue antes de que se encontrara en el apuro. Ahora ya se encuentra en él. Le aconsejo que venga. Si no sigue usted mi consejo, se ha equivocado y le ha costado mil quinientos dólares la equivocación. Estaré en mi despacho diez minutos. Si no se para usted a afeitarse, puede llegar a tiempo.

Perry Mason colgó el auricular sin esperar a que Brunold hiciera más comentarios.

Della Street le miró y dijo:

—¿Se encuentra en un apuro?

—Vaya si se encuentra. Hartley Basset fue asesinado esta noche. Tenía un ojo de cristal, inyectado en sangre, en la mano cuando hallamos su cadáver.

—Pero... ¿conoce Brunold a Basset?

—Eso es lo que quiero averiguar.

—Debiera de estar a salvo —dijo ella lentamente—. Se quejó de la pérdida del ojo esta mañana.

Mason contempló los seis ojos que parecían mirarle y asintió lentamente con un movimiento de cabeza.

—Es un punto —dijo— que hay que tener en consideración. Pero no olvide una cosa: Enrique McLane era empleado de Basset. Brunold conocía a Enrique McLane. ¿Dónde se conocieron Brunold y Enrique McLane? ¿Vinieron aquí los McLane incidentalmente o les mandó Brunold?

—¿A quién representamos? —inquirió ella.

—A Brunold, a la señorita McLane y, quizá, a la señora Basset.

—¿Cómo se cometió el asesinato?

—De forma que pareciera un suicidio; pero con bastante torpeza. Luego la señora Basset complicó las cosas colocando un revólver al lado del cadáver. Se habían empleado una manta y un edredón para amortiguar el ruido del disparo. Había un revólver debajo de estas cosas. La señora Basset colocó otro. Ella *dice* que lo hizo porque no había visto el primer revólver y quería que la cosa pareciera un suicidio.

—¿Y bien...?

—Que *podía* ser verdad lo que ella dice; pero también *puede* ser que supiera ella que la bala fatal no había sido disparada con el revólver escondido y que comprendiera que la Policía compararía los proyectiles para hacer la comprobación.

—¿Dejó huellas dactilares en el segundo revólver?

—Sí; las suyas y las mías.

—¿Las de usted?

—Sí.

—¿Cómo fueron a parar las de usted al revólver?

—Se lo quité a su hijo Ricardo Basset.

—Y... ¿luego se lo dio usted a ella?

—Sí.

—¿Cree usted, jefe, que sería eso un «truco» para conseguir que el revólver tuviera sus huellas dactilares?

—Aún no lo sé.

Ella emitió un silbido de sorpresa. Después de un momento, dijo:

—¿Puede usted contarme todo lo sucedido?

—Recibí una llamada telefónica a eso de medianoche, pidiéndome que acudiera a toda prisa a casa de Basset. La señora me dijo que su hijo Ricardo amenazaba con matar a su esposo. Le di largas al asunto; pero insistió tanto en que era urgente, que fui.

»Cuando llegué la joven Fenwick yacía en el diván, aparentemente sin conocimiento. La señora Basset dijo que Hartley Basset le había dado un golpe. Ricardo Basset tenía un revólver. Se lo quité. Dijeron que la muchacha era mujer de Ricardo, pero que no debía decirse una palabra del matrimonio. Una mujer pelirroja, criada con toda seguridad, de unos cincuenta años de edad, estaba aplicando toallas mojadas a la cabeza de la muchacha. Ricardo

Basset no hacía más que proferir amenazas.

»Me figuré que la señora Basset quería divorciarse; que el marido negaría ante un tribunal de divorcio, haber pegado a la muchacha; pero que tal vez le costara trabajo resistir los malos tratos de dos detectives que quisieran saber la verdad. Conque llamé a la Policía.

»Entonces la muchacha recobró el conocimiento y dijo que no era Basset quien le había pegado, sino un hombre enmascarado al que le faltaba un ojo. Le había arrancado la máscara y visto la cara; pero que, como el cuarto estaba medio a oscuras y la luz entraba por la puerta, el hombre no había podido verle el rostro a ella. Dijo que el hombre le era completamente desconocido. Le dio un golpe; el antifaz era un pedazo de papel carbón con dos agujeros para los ojos. Evidentemente el que lo usó lo había sujetado mediante el sencillo procedimiento de calarse el sombrero sobre el papel. La señorita Fenwick le arrancó el antifaz. Los pedazos arrancados se encontraban en el despacho particular de Basset, sobre la mesa.

»La señora Basset asegura haber visto salir corriendo a tal hombre que se alejó en el coche de Basset. Dice que era su esposo Hartley.

»Como es natural, después de haber contado la muchacha lo ocurrido, exploré el otro cuarto. Encontramos a Hartley Basset, muerto, como ya dije. Averigüé que un individuo llamado Colemar, un hombre que parece un ratón, y que era tenedor de libros de Basset, había estado allí y que la señora Basset le había echado a puntapiés. Me figuré que estaría éste un poco resentido, conque subí a hablar con él.

—¿Le vio usted?

—Sí.

—¿Estaba resentido?

—Mucho. No tanto porque le hubiesen echado a cajas destempladas, como porque no se llevaban bien Basset y su esposa. Él era empleado de Basset. Por lo tanto, estaba de parte de su jefe. No conocía más punto de vista que el de Basset, y era el único que le interesaba conocer por el momento.

»Pero, cuando entré en su cuarto, me encontré este pedazo de papel encima de su cómoda. Es el papel que le di a Berta McLane con el número de mi teléfono.

Mason sacó el papel del bolsillo, lo desdobló lentamente y lo dejó caer sobre su mesa.

—Dijo que lo había encontrado en el pasillo, delante de la alcoba de la señora Basset.

—Así, pues, Enrique McLane debe de haber estado allí —murmuró Della, excitada.

—Enrique o Berta. No olvide que a quien se lo di fue a Berta. *Puede* habérselo dado a su hermano, o alguien *puede* habérselo dado a la señora Basset, o Colemar puede haber mentido, o quizá todo el mundo haya mentido. Una de todas esas cosas ha de ser.

—El cuento ese de la manta y del edredón no me acaba de convencer.

—¡Qué rayos! —exclamó Mason con impaciencia—. Yo no encuentro detalle alguno que me convenza. Escogí a la Fenwick como testigo-clave. Sabía que los guardias la encerrarían para que no la pudiese yo ver en cuanto le echaran el guante; conqué decidí tomarles la delantera. Calculé que podría usted conseguir una entrevista completa antes de que la Policía tuviese ocasión de catequizarla.

—Eso del ojo —observó Della—, hace que las sospechas recaigan sobre Brunold.

—Si la muchacha está diciendo la verdad, sí. Pero, si obraba de buena fe, ¿porqué no vino aquí? Y el asunto del antifaz suena bastante «ful».

—¿Por qué? ¿No es natural que se pusiera el asesino un antifaz?

—¿Cómo iba a poder entrar un asesino en el despacho de Basset con un antifaz puesto y con un revolver escondido entre una manta y un edredón? ¿Cómo podía acercarse a Basset, pegarle el edredón y la manta a la cabeza para amortiguar la explosión, y apretar el gatillo sin que Basset se defendiera?

—Podría haber entrado de puntillas —sugirió Della.

Mason movió negativamente la cabeza.

—En tal caso no hubiera necesitado el antifaz. Le advierto una cosa: el revólver tiene que haber estado escondido debajo de la manta y del edredón. A juzgar por la posición del cadáver, es casi seguro que Basset fue pillado por sorpresa y que no pudo darse cuenta de lo ocurrido; pero estaba de cara al hombre que hizo el disparo.

Della Street dijo lentamente:

—Había mucha gente en esa casa que podía haber entrado en el despacho de Basset y haberse acercado a él con una manta y un edredón sin despertar las sospechas de Basset.

—Ahora —dijo Mason— es cuando empieza usted a encontrar el camino. Citemos a dichas personas.

—La señora Basset es una de ellas.

—De acuerdo.

—Ricardo Basset otra.

—Así es.

—Y, quizá, la muchacha que yacía en el diván.

Mason movió afirmativamente la cabeza.

—¿Alguien más? —preguntó.

—Que yo sepa, no.

—Sí —observó el abogado—; la servidumbre. Recuerde que una criada estaba inclinada sobre la muchacha que yacía en el diván. Una criada podía llevar, sin llamar la atención, una manta y un edredón en el brazo. Podía estar haciendo una cama y haberse parado a hacerle una pregunta a Basset...

Hizo una breve pausa para reflexionar. Luego dijo bruscamente:

—Pero está usted pasando por alto el detalle más significativo de lo que me ha estado diciendo.

—¿Cuál es ese detalle?

—Esas personas *sólo* podían haber *entrado* en el despacho de Basset con una manta y un edredón sin que él se pusiera en pie de un brinco, porque Basset las conocía. Pero la persona que salió corriendo del cuarto llevaba la cara cubierta de un antifaz. Había sido hecho apresuradamente. Con toda seguridad, el papel carbón aquel se encontraría encima de la mesa de Basset. El hombre lo cogió...

—¡Después del asesinato! —exclamó Della, triunfante.

—Ahora empieza usted a ver claro —dijo el abogado—. El antifaz debe de haber sido un detalle que se le ocurrió a última hora. Pero el edredón y la manta, no. Estas últimas cosas son prueba de premeditación. El antifaz demuestra precipitación.

—¿Por qué había de enmascararse un asesino *después* de haber cometido un crimen?

—Para poder huir, naturalmente. La Fenwick vio a un hombre

sentado en el despacho de Basset. Estaba de espaldas a ella. Basset le dijo que aguardase. Ella se sentó en la sala de espera y aguardó. El hombre que estaba con Basset lo sabía.

—Entonces se puso el antifaz nada más que para poder escaparse —dijo Della.

—Así parece. Pero... ¿por qué no salió por la otra puerta... por la de atrás? Así no hubiera necesitado antifaz. Y si el hombre lo usó para salir del cuarto, ¿por *qué hizo un agujero para el ojo que le faltaba?* ¿Por qué no se limitó a hacer un agujero?

Ella movió negativamente la cabeza y dijo:

—Eso es meterse demasiado en honduras para mí. ¿Cómo sabe usted que Basset no se defendió?

—En primer lugar, por la forma en que cayó. Además, llevaba un revólver debajo del sobaco. No lo había desenfundado.

—Así, eran tres los revólveres que había en el cuarto.

—Sí, tres.

—Y... ¿no sabe usted aún cuál de los tres se empleó para cometer el asesinato?

—Lo más probable —contestó él— es que sea el que lleva mis huellas digitales... ¿Cuánto tiempo hace que se marchó Paul Drake?

—Me dio los ojos cuando llevaba yo unos diez minutos en el despacho. No puede hacer más de un cuarto de hora.

—Estará en el Red Lion echando un trago con los periodistas. Vaya a ver si puede alcanzarle por teléfono.

—¿Va usted a denunciar que le ha sido robado el automóvil?

—No; ya aparecerá en alguna parte.

Della Street, que había estado marcando un número en el teléfono, dijo con el acento más dulce posible:

—Un cliente desea hablar con Paul Drake. ¿Está ahí?

Un momento más tarde, dijo:

—Hola, Paul. Aguarde un instante; el jefe desea hablarle.

Mason cogió el teléfono.

—Paul —dijo—, saque usted un lápiz y tome nota de lo siguiente: Hartley Basset, Compañía Financiera de Automóviles, Basset, financiero, prestamista y, quizá, comprador de género robado. Quiero que me consiga todos los detalles que pueda acerca de él.

»Se suicidó esta noche y dejó una nota escrita en su máquina de

escribir. Los periodistas tendrán fotografías. Quiero copias de las mismas. Quiero saber todo lo posible de la señora Basset y de su hijo, un tal Ricardo Basset. A propósito, Hartley Basset no era el padre de Ricardo. Deseo averiguar por qué no conservó el muchacho el nombre de su padre. Bueno, y aquí va otro: Peter Brunold, Washington Street, número 3902. Por si no lo sabe usted, se trata del hombre cuyo ojo hace juego con los seis que compró usted. Quiero todo lo que se pueda saber de él. Me tiene sin cuidado cuántos hombres ponga usted a trabajar en el asunto. Pero póngalos en movimiento. Y aprisa.

La voz de Paul Drake, que parecía a punto de echarse a reír, dijo:

—Me gusta la tranquilidad con que dice usted que se trata de un suicidio, Perry. Apuesto doble contra sencillo a que se trata de un asesinato y eso que no conozco los detalles.

—Cállese —dijo Perry riendo—, y concentre esa mente-reflector que tiene usted en algo que le produzca dinero.

Colgó el auricular en el preciso momento en que se abrió la puerta y entró Peter Brunold. Jadeaba y tenía la frente perlada de sudor. Consultó su reloj de pulsera e hizo un gesto de satisfacción.

—He batido todos los records de velocidad —dijo—, aun cuando el chófer...

Se interrumpió al ver la colección de ojos que había sobre la mesa.

—¿Qué son esos...? —preguntó.

—Écheles una mirada —contestó Mason.

Brunold examinó los ojos cuidadosamente.

—Bastante buenos —dijo—. Están muy bien.

—¿No ha encontrado aún el ojo perdido? —inquirió Perry, como si hablara de cosas sin importancia antes de entrar de lleno en el asunto.

Brunold movió negativamente la cabeza y miró a Della Street.

Esta se envolvió el gabán a las piernas.

—¿Le gustaría recuperar el ojo perdido? —preguntó Mason.

—Sí que me gustaría.

Della Street guardó los ojos en la caja, se puso disimuladamente un bloc de notas sobre la rodilla y empezó a tomar nota.

—Creo poderle devolver el ojo —afirmó Mason—. O, por lo

menos, puedo decirle cómo puede recuperarlo *usted*.

—¿Cómo?

—No tiene usted más que tomar un taxi e ir a casa de Hartley Basset, calle Franklin, 9682. Encontrará allí a la Policía. Diga que cree que hay un ojo suyo allí y que quiere identificarlo. Le harán pasar a un cuarto. Verá a Hartley Basset caído en el suelo con un balazo en la cabeza. Tiene algo metido en la mano. Le abrirán los dedos. Verá usted un ojo inyectado en sangre...

Brunold se sobrecogió momentáneamente, luego se rehizo y cogió un cigarrillo de la caja que había sobre la mesa. La mano que sujetaba la cerilla, al encender, temblaba.

—¿Por qué cree usted que se trata de mi ojo?

—Lo parece.

Brunold dijo lentamente:

—Eso era lo que yo me temía. Alguien me robó el ojo y me dejó una imitación. Quería recuperar el original. Temí que apareciera en una situación como ésta. Es horrible. Es verdaderamente terrible.

—¿Le sorprende?

—Claro que me sorprende... Supongo que no creerá usted que fui allá, maté a ese tipo y le metí mi ojo en la mano. No hubiera podido hacerlo aunque hubiese querido. No tenía el ojo. Ya le dije esta mañana que alguien me lo había robado y me había dejado otro falso en su lugar.

—¿Conocía usted a Hartley Basset?

Brunold vaciló. Luego dijo:

—No; no le conozco. No le he visto en mi vida.

—¿Conoce a su esposa?

—Sí; la conozco.

—¿Conoce al muchacho?

—¿A Ricardo... a... Basset?

—Sí.

—Pues sí había visto a Ricardo... me lo habían presentado, ¿sabe?

—Usted conocía a Enrique McLane, que había estado trabajando en el despacho de Basset.

—Sí.

—¿Dónde le había conocido? ¿En casa de Basset?

—Sí. Hacía de subsecretario y taquígrafo. Le vi... una vez.

—¿No le presentó nunca a Basset?

—No.

—¿Vio usted alguna vez a Hartley Basset?

—¡No! No le vi nunca. Sabía de él, naturalmente.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

Brunold se agitó, inquieto.

—Oiga, no estará haciendo esto para hacerme desembuchar, ¿verdad? Éste no será un interrogatorio como los de la Policía, ¿eh? ¿No me estará usted engañando al decirme que Basset ha muerto?

—Claro que no.

—Bueno, pues... más vale que le diga la verdad. Conocía a su esposa bastante bien... es decir, la había visto varias veces.

—¿Cuánto tiempo hace que la conoce?

—No mucho.

—¿Era la amistad platónica o de otra especie?

—Platónica.

—¿Cuándo la vio usted por última vez?

—Hace un par de semanas, creo.

—Si ella creyera que estaba usted distanciándose de ella —inquirió Mason con brutal franqueza—, ¿sería capaz de prepararle una emboscada?

Brunold por poco dejó caer su cigarrillo.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¿Qué quiere usted decir?

—Precisamente lo que he dicho, Brunold. Supongamos, por un momento, que hubiese usted reñido con la señora Basset. Supongamos que su marido se suicidara. Supongamos que ella creyera que se había enamorado usted de alguna otra mujer y que iba a dejarla a ella. ¿Existiría la posibilidad de que intentara ella hacer parecer que su esposo no se había suicidado, sino que lo habían asesinado y que usted se hallaba complicado en el asesinato?

—¿Para qué?

—Para impedir que se fuera usted con otra mujer.

—Pero ¡si no existe ninguna otra mujer!

—¿Lo sabía ella?

—Sí... Es decir, no... Comprenderá usted que no hay nada entre nosotros... Ella no representa nada para mí.

—Comprendo —dijo Mason secamente—. ¿Cuándo conoció usted a la señora Basset?

—Hará cosa de un año.

—Y ¿la vio usted por última vez hace cosa de dos semanas?

—Sí.

—Y, ¿no la ha vuelto usted a ver desde entonces?

—No.

—¿Cuándo se dio usted cuenta de que le habían robado el ojo?

—Anoche, a última hora.

—¿No cree usted habérselo dejado olvidado en parte alguna?

—Claro que no. Dejaron una imitación en su lugar. Eso significa que alguien debe de haber robado el ojo con premeditación.

—¿Para qué?

—No lo sé.

—¿Por qué *cree* usted que se lo robaron?

—Eso no puedo decírselo.

—¿Conoció usted a Enrique McLane en casa de Basset?

—Le vi allí, si.

—¿Sabía usted algo de que había una diferencia en sus cuentas?

Brunold vaciló perceptiblemente; luego dijo:

—Sí; eso oí decir.

—¿Sabe usted cuál era la cantidad exacta?

—Alrededor de cuatro mil dólares.

—¿Conocía usted a una joven llamada Hazel Fenwick?

—¿Fenwick?

—Sí.

—No.

—¿Conoce a un tal Arturo Colemar?

—Sí.

—¿Ha hablado usted con él alguna vez?

—No; pero le he visto.

—¿Conoce al chófer de Basset?

—Vaya si le conozco. Se llama Overton. Es alto y moreno. Tiene cara de no haber sonreído nunca. ¿Qué pasa con él?

—Sólo quería saber si le conocía usted.

—Sí; le conozco.

—¿Conoce a una mujer gruesa, pelirroja, de unos cincuenta o cincuenta y dos años de edad?

—Sí; es Edith Brite.

—¿Qué hace?

—Es una especie de ama de llaves. Es tan fuerte como un toro.

—Pero ¿nunca ha visto a Basset?

—Para hablarle, no.

—¿Le conoce a usted toda esa otra gente?

—¿Qué otra gente?

—La gente que ha estado usted describiendo.

—No... Es decir, el chófer puede haberme visto.

—¿Cómo es que usted ha visto a toda esa gente y la conoce, pero ellos ni le han visto ni le conocen?

—Sylvia me los ha ido señalando.

Mason se volvió hacía él bruscamente.

—Ricardo Basset —dijo— le vio a usted ayer.

—¿Dónde?

—En la casa.

—Debe de haberse equivocado.

—Luego fue Colemar quien le vio.

—No puede haberme visto.

—¿Por qué?

—Porque yo no estuve por su lado en la casa.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Es una especie de casa doble. Basset ha montado en un lado su despacho y, en el otro, su domicilio particular. Luego, cuando empezaron a ponerse tirantes sus relaciones con su esposa, Basset empezó a vivir exclusivamente en su lado de la casa.

—¿Conque ayer estuvo usted en el lado de la casa ocupado por la señora Basset?

—Ayer, no; fue anteayer.

—Creí que no había visto usted a la señora Basset desde hacía dos semanas.

Brunold nada respondió.

—Y Ricardo Basset tuvo una discusión con Hartley Basset acerca de usted, esta noche —prosiguió el abogado.

—¿Esta noche? ¿Cuándo?

—Después de irse usted.

—Está usted equivocado —contestó Brunold con seguridad—; eso es absolutamente imposible.

—¿Por qué?

—Porque antes de irme yo...

Mason se echó a reír.

Brunold avanzó, amenazador, hacia el abogado.

—¡Maldito sea! —exclamó—. ¿Qué mil diablos pretende usted?

—Enterarme de la verdad.

—Bueno, pues a mí no puede avasallarme y tenderme lazos como si fuese un criminal. No puede...

—No intento avasallarle. Y en cuanto a tenderle lazos se refiere, usted solo se ha acorralado. Iba usted a decir que, antes de irse usted esta noche, Basset estaba muerto ya. ¿No es eso?

—Yo no he dicho que haya estado allí esta noche.

—No —contestó Mason sonriendo—; no lo *dijo*; pero es una deducción lógica que puede hacerse de lo que usted ha dicho.

—Interpretó mal lo que dije.

Perry se volvió hacia Della Street.

—¿Lo tiene usted todo anotado, Della?... ¿Las preguntas y las respuestas? —preguntó.

Ella alzó la mirada y asintió, con un movimiento de cabeza.

Brunold corrió hacia la joven.

—¡Por el amor de Dios! ¿Se ha tomado por escrito todo lo que yo he dicho? No puede usted hacer eso. Le...

La mano de Perry Mason descendió sobre el hombro del hombre.

—¿Qué es lo que hará usted? —preguntó, ominoso.

Brunold se volvió a mirarle.

—Intente usted algo contra esa señorita —dijo Mason, sombrío— y saldrá usted de aquí tan aprisa y tan rudamente que patinará por todo el corredor. Ahora, siéntese, déjese de subterfugios de una vez y cuénteme la verdad.

—¿Por qué he de contarle a usted cosa alguna?

—Porque, antes de mucho, va a necesitar a alguien que le ayude. Tiene ocasión ahora de decirme la verdad. Tal vez no la tenga después. Quizá se encuentre entre rejas.

—No tienen nada contra mí.

—Eso es lo que usted cree.

—Nadie más que usted sabe que estuve allí esta noche.

—Lo sabe la señora Basset.

—Naturalmente; pero ella no es tonta.

—Colemar vio salir a alguien corriendo de la casa. Él sabe quién era. No me lo quiso decir. ¿Era usted?

Brunold se quedó desencajado.

—¿Me reconoció? —dijo.

—Él dice que sí.

—No es posible. Estaba demasiado lejos y yo...

—Así, pues, fue a usted a quien vio Colemar.

—Sí; pero no creí que Colemar pudiera verme a mí. Estaba al otro lado de la calle. Juraría que le vi yo a él primero. Conservé la cabeza vuelta para que no me reconociera.

—¿Por qué corría?

—Tenía prisa.

—¿Por qué?

—Porque sabía que Sylvia... que la señora Basset le había llamado a usted por teléfono. No quería estar yo por ahí cuando llegara usted.

—Escuche: ¿podría usted salir airoso de un interrogatorio riguroso de la policía?

—Claro que sí.

—No salió usted muy airoso del mío.

—La Policía no va a interrogarme.

—¿Por qué?

—Porque no tiene la menor idea de que tenga yo relación alguna con los Basset.

—Viene alguien —dijo Della Street.

Se proyectaron unas sombras sobre el vidrio escarchado de la puerta. El pomo giró. Abrióse la puerta. El sargento Holcomb y dos hombres aparecieron en el umbral. Miraron a los ocupantes del despacho con ojos vigilantes. El sargento Holcomb se adelantó y con tono malhumorado preguntó ¿Es usted Peter Brunold?

Brunold movió afirmativamente la cabeza e inquirió con tono pendenciero:

—¿Y eso qué tiene que ver con usted?

Holcomb le asió del hombro, enseñándole al mismo tiempo la placa que llevaba prendida debajo de la solada.

—Nada —contestó—, salvo que le detengo por el asesinato de Hartley Basset, y le advierto que todo lo que diga podrá ser empleado contra usted ante un tribunal.

Se volvió hacia Perry Mason con una sonrisa.

—Siento en el alma interrumpir su conferencia, Mason —dijo—;

pero la gente tiene la mala costumbre de desaparecer después de haber hablado con usted, y yo quería encontrar al señor Brunold antes de que decidiera que le convenía un cambio de clima para mejorar la salud.

—No se preocupe —repuso Perry, tirando el cigarrillo—; vuelva usted en otro rato, sargento.

El sargento contestó, ominoso:

—Si el ministerio fiscal opina lo mismo que yo acerca de lo que ocurrió a la testigo, volveré. Y cuando salga de aquí no saldré solo.

Perry Mason se mostró cortés a más no poder.

—Encantado de verle en cualquier momento, sargento —dijo.

Brunold se volvió hacia Perry y dijo:

—Escuche, señor Mason, tiene usted que...

Holcomb hizo una seña a los dos detectives. Estos empujaron a Brunold hacia la puerta.

—¡Quia, hombre, quia! —exclamó Holcomb—. Ya ha hablado usted todo lo que tenía que hablar.

—No puede usted impedir que hable con un abogado —bramó Brunold.

—Claro que no... Cuando se le haya registrado y metido en la cárcel, tendrá usted derecho a llamar a un abogado... pero van a ocurrir muchas cosas antes de eso.

Los detectives sacaron a Brunold a empujones. Él intentó forcejear. Salieron a relucir en seguida las esposas. Sonó un chasquido.

—Usted mismo se ha empeñado —dijo uno de los hombres.

La puerta se cerró de golpe.

El sargento Holcomb, que se había quedado atrás, dirigió una mirada malévola a Perry Mason.

Éste bostezó y se tapó la boca cortésmente con cuatro dedos.

—Perdóneme, sargento —dijo—, si parezco bostezar. He tenido un día extenuante.

Holcomb se volvió, abrió la puerta de un tirón, se detuvo un instante en el umbral y dijo:

—Para uno cuyos métodos son tan astutos, *usted* obtiene malísimos resultados.

Cerró la puerta de golpe.

Mason le dirigió una alegre sonrisa a Della Street.

—¿Qué tal si nos asomáramos a uno de esos cabarets trasnochados antes de irnos a casa?

Ella se miró y dijo:

—Si me quitara este abrigo de pieles, me encarcelarían por escándalo público. No olvide que me dijo que me vistiera aprisa. Este abrigo cubre una multitud pecados.

—En tal caso se va a marchar usted a su casa —dijo Mason con firmeza—. Por lo menos uno de nosotros debe permanecer fuera de la cárcel.

La mirada de la muchacha expresaba preocupación.

—Jefe, ¿es posible que crea usted que le vayan a detener?

Él se encogió de hombros, hizo una ligera reverencia y le abrió la puerta.

—Cualquiera sabe —repuso— lo que el sargento Holcomb hará. ¡Es tan torpe y pesado el buen señor...!

Capítulo VII

Perry Mason, recién afeitado, se detuvo ante la mesa de Della Street para dirigirle una sonrisa.

—¿Se siente usted bien después de haber trasnochado tanto? —preguntó.

—Divinamente. Veo que los periódicos dan mucho bombo al asesinato de Hartley Basset; pero que nada dicen de Brunold.

—Los periodistas no saben una palabra de Brunold.

—¿Por qué?

—Porque Holcomb no le llevó a la Jefatura. Se lo llevó a algún distrito suburbano donde pudiera someterle a un interrogatorio riguroso.

—¿No podía usted haber hecho algo para evitar eso?

—Hubiera podido hacer una petición de *Habeas corpus*; pero no quería declarar mi juego... aún. No conozco los detalles. A lo mejor Brunold está mejor encerrado, que en la calle. La Policía le habría hecho cantar de plano antes de que pudiera yo conseguir que se concediera la petición.

—¿Y la señora Basset?

—La telefoneé en cuanto llegué a casa.

—¿Habló con ella?

—No; fingió un ataque de histeria después deirme yo. Holcomb no pudo sacar nada en limpio de ella. El hijo llamó a un médico y luego hizo una jugarreta preciosa. Dijo que se la llevaba al hospital; pero no ha aparecido en ninguno de los hospitales. El muchacho se niega a decir *dónde* está. Dice que la presentará cuando sea necesario.

—¿Ni siquiera quiso decírselo a usted?

—Ni siquiera a mí.

—¿Cómo es que Holcomb se dejó hacer una jugarreta así?

—Holcomb vino corriendo a echar el guante a Brunold. Eso le proporcionó a Ricardo una oportunidad. La aprovechó. Pero es seguro que los detectives estaban vigilando la casa. Ellos saben dónde está. No le permitirán sospecharlo al muchacho; pero lo saben.

—Así, pues, lo único que logró Ricardo Basset fue que usted no pudiera ponerse en contacto con su madre; pero la Policía sí. ¿No es eso?

—Sí.

—¿La señora Basset no está enterada de la detención de Brunold?

—Probablemente, no.

—¿Cuándo lo averiguará?

—Cuando baje de las nubes y obre como una persona racional. Le dije a Basset que hiciera que su madre se pusiera en contacto conmigo lo más aprisa posible, que se trataba de un asunto de suma importancia.

—Y ¿ella no ha telefoneado?

—No.

—Pero ¿no podía usted haber dado con su paradero?

—¿Qué hubiese adelantado con ello? Es seguro que la Policía la vigila. Si yo hubiese intentado meterme a viva fuerza en el asunto, me hubieran metido en un aprieto... aun cuando tal vez no ande muy lejos de estarlo de todas formas.

—¿Por qué?

—Pueden encontrarse mis huellas digitales en el arma que sirvió para cometer el asesinato.

Della comenzó a hacer dibujos, distraída, en un extremo de su libro de notas.

—Este es el caso más singular en que se haya usted visto metido hasta ahora —dijo—. Aun no tenemos ningún cliente en este asunto... es decir, no ha hecho depósito para retener nuestros servicios, excepción hecha del de Brunold.

Él afirmó lentamente con la cabeza, y dijo:

—Ojalá hubiera sabido donde encontrar a Berta McLane anoche. No dejó señas, ¿verdad?

—No; sólo dio señas el muchacho, Enrique McLane... y creo que el número que dio es el de un salón de billares o algo así.

—Lo será, con toda seguridad. Llame al número que dio y vea si pueden darle algún otro número donde podamos encontrarle inmediatamente.

Ella movió afirmativamente la cabeza e hizo una anotación en el bloc.

—¿Deseaba algo más? —inquirió.

—Sí; telefonee a casa de los Basset. Dígale a Ricardo Basset que sigo intentando ponerme en comunicación con su madre y que es muy importante. Y, a propósito, vea si puede...

Sonó el timbre del teléfono. Della descolgó el auricular y dijo:

—¡Diga! ¿Quién es?

Escuchó unos instantes; luego tapó la boquilla con la mano y miró a Perry Mason, brillándole la risa en los ojos.

—¿Sabe usted dónde han encontrado su coche? —preguntó.

—No. ¿Dónde?

—Parado delante de la Comisaría. El Departamento de Tráfico está al teléfono. Dicen que el coche ha estado parado delante de una boca de riego desde las dos de la madrugada. Preguntan si se lo han robado.

—Esta es la única vez que me han cazado —contestó Perry—. Dígales que no, que el coche no ha sido robado; que me lo debo de haber dejado allí, distraído.

Destapó la boquilla Della, habló unos instantes y luego volvió a tapar.

—Dicen que estaba el coche en una zona en la que no se permite parar más de veinte minutos. Han estado poniéndole etiquetas de multa cada veinte minutos desde las nueve de la mañana.

Mason dijo:

—Dele a uno de los muchachos un cheque en blanco. Mándele a arreglar el asunto y recoger el coche. Dígale que no hable. ¿Se da usted cuenta de la frescura de la niña? ¡Mire que llevarse el coche y dejarlo aparcado a la puerta de una Comisaría!

—¿Cree usted que lo hizo ella o cree que los guardias la encontraron y la obligaron a dirigirse a la Comisaría?

—No lo sé.

—Si ocurrió esto último, le han gastado una buena broma, porque han dejado el coche abandonado en una zona en que está prohibido estacionarse más de veinte minutos, sabiendo que no se

atrevería usted a declarar que le había sido robado el coche... no, después de haber autorizado a la muchacha para que se fuera con él.

Él movió afirmativamente la cabeza y se dirigió a su despacho particular.

—Es igual —dijo—; que se ríen. El último en reír es el que ríe mejor. ¿Tiene eso ojos?

—¿Se refiere a los ojos que nos trajo Paul Drake?

—Sí.

Della abrió el cajón y sacó la caja de ojos.

—Me entran escalofríos cada vez que los miro —anunció.

Mason abrió la caja, sacó un par de ojos, se los metió en distintos bolsillos del chaleco y dijo:

—Meta los otros cuatro en la caja de caudales. Téngalos encerrados donde nadie más pueda encontrarlos. Esos ojos son un secreto que usted y yo seremos los únicos en conocer.

—¿Qué va a hacer en ellos?

—No lo sé. Depende de lo que haga Brunold ahora.

—¿Qué *debiera* hacer?

—Telefonarme y decirme que le represente en la causa que se le va a incoar por asesinato.

La muchacha parecía preocupada.

—¿Y la manera en que se está usted enredando en este asunto, jefe? —inquirió, solicita—. ¿Volverá el sargento Holcomb con un mandato judicial?

—No, a menos que identifiquen mis huellas digitales en el revólver, y eso no pueden hacerlo hasta haberme tomado la impresión de los dedos. No tienen ficha mía en Jefatura. Con toda seguridad estarán algo furiosos por la desaparición de Hazel Fenwick; pero no tendrán prueba alguna para poder hacer una acusación concreta contra mí. Tenemos un fiscal nuevo en este distrito ahora y es hombre al que le gusta obrar con justicia. Quiere conseguir sentencias condenatorias cuando está completamente seguro de que los acusados son culpables; pero no quiere condenar a gente inocente.

—¿Quiere usted que ponga en limpio las cosas que dijo Brunold anoche?

Él negó con la cabeza, entrando en el despacho particular.

—No —dijo hablando por encima del hombro—, deje eso. Averiguaremos a quién representamos antes de dar paso definitivo alguno.

Se dejó caer en su sillón giratorio, cogió el periódico y estaba leyendo el relato del asesinato de Basset, cuando sonó el teléfono y Della Street dijo:

—Di con Enrique McLane. Se mostró poco dispuesto a hablar; pero logré sacarle un número de teléfono para poder hablar con su hermana. Hablé con ella y me dijo que quería verle a usted inmediatamente. Piensa traerse a su hermano si puede convencerle. Dice que estaba dispuesta a esperar todo el día en su sala de espera si era necesario; pero que tenía *absoluta* necesidad de verle.

—¿Dijo el motivo?

—No... He mandado a uno de los muchachos en busca del coche. Paul Drake telefoneó diciendo que desea verle cuando sea conveniente.

—Dígale a Paul que venga. Avíseme en cuanto Berta McLane llegue. Si la policía no ha echado el guante a Fenwick, es muy probable que telefonee hoy. A lo mejor usa nombre supuesto. De forma que si alguna mujer misteriosa intenta ponerse en contacto conmigo, no deje de tomar el mensaje y todos los detalles posibles. Puede ser diplomática, pero insistente.

»Dígale a Paul Drake que venga directamente a mi despacho particular. Yo le abriré. Cuando yo toque el timbre, entre a tomar apuntes.

Volvió a colgar el auricular, leyó media columna del periódico y luego oyó unos golpes dados en la puerta del corredor. Abrió y Paul Drake entró en el cuarto.

Mason le miró perspicazmente y dijo:

—Parece usted haber dormido bien anoche.

—Como que dormí cerca de veinte minutos —respondió el detective.

—¿Dónde? —inquirió Perry, tomando el timbre para llamar a Della.

—En la barbería mientras me afeitaban esta mañana. Le agradecería que tuviese sus ideas luminosas a las horas de oficina. Siempre hace usted sus encargos urgentes por la noche.

—¿Qué culpa tengo yo de que a los asesinos se les ocurra

trabajar después de las horas de oficina? ¿Averiguó usted algo?

—Averigüé muchas cosas. Puse en movimiento a veinte hombres al mismo tiempo, cada uno de ellos encargado de un aspecto distinto del asunto. Espero que tendrá un cliente con el bolso bien repleto.

—No lo tengo; pero voy a tenerlo. ¿Qué averiguó?

—Es toda una historia —contestó Drake—; una de esas historias sentimentales.

Mason le indicó una cómoda butaca.

—Siéntese y desembuche.

Paul Drake se dejó caer en la butaca, ladeándose de forma que su espalda descansara contra uno de los brazos y que le colgaran las piernas por encima del otro.

Della Street entró, dirigió una sonrisa al detective y se sentó.

—Se remonta la historia a una de esas traiciones románticas del siglo pasado.

—Lo que significa... ¿qué?

Drake encendió un cigarrillo, exhaló una nube de humo, agitó una mano, y dijo:

—Imagínese una hermosa comunidad de labradores, prósperos, felices, y de estrechas miras... Acento sobre lo de estrechas miras.

—¿A qué el acento? —inquirió Mason.

—Porque era una de esas comunidades donde la estrechez de miras se acentúa. Todo el mundo sabía lo que hacían todos los demás. Si aparecía una muchacha con un vestido nuevo, una docena de lenguas empezaba a discutir su procedencia.

—¿Y si era un abrigo de pieles? —inquirió el abogado.

—¡Dios Santo! ¿Por qué difamar a una muchacha de esa manera? —contestó Paul Drake, alzando las manos con fingido horror.

Mason se echó a reír y dijo:

—Prosiga.

—Vivía allí una muchacha llamada Sylvia Berkley... una muchacha bastante bonita... confiada, sencilla, franca, de clara mirada...

—¿A qué viene tanto floreo en la descripción?

—Porque —contestó Drake, muy serio— esa muchacha cuenta con todas mis simpatías. Tengo una descripción de ella. Incluso

tengo fotografías.

Rebuscó en un bolsillo, sacó un sobre, extrajo de él un retrato y se lo entregó a Perry Mason.

—Si cree usted que me costó poco trabajo sacar esta fotografía a las cuatro de la mañana se equivoca usted de medio a medio.

—¿De dónde la sacó?

De un periódico de la localidad.

—Así, pues, ¿dio que hablar?

—Sí; desapareció.

—¿Raptada o algo así?

—Nadie lo supo jamás. Desapareció pura y simplemente.

El abogado dirigió una mirada escudriñadora al detective, y dijo:

—Ha logrado averiguar la historia que se ocultaba tras la desaparición, ¿eh?

—Sí.

—Bueno, pues cuéntemela.

—Si pareciese volverme romántico, poético o algo así, acháquelo a que no he dormido en toda la noche.

—No se preocupe de eso. ¡Al grano, Paul!

—Hubo un viajante que pasó por allí. Se llamaba Peter Brunold.

—¿Tenía un ojo? —inquirió Mason.

—No; tenía dos por entonces. Se hizo lo del ojo artificial más tarde. Ese es uno de los motivos que me sienta tan sentimental y les tenga tanta simpatía.

—¿Por dónde empieza el asunto?

—Por la familia de Sylvia Basset. Tenían sus ideas. Eran de ese tipo, ¿sabe?, que anda tan derecho que casi se cae de espaldas. Un viajante no era más que la hez de la ciudad. Cuando Brunold empezó a sacar de paseo a la muchacha, la familia empezó a dar botes.

»Había un cine pequeño en el pueblo aquel. Ya sabe que la radio no existía en aquellos tiempos. Las películas aún no habían desgastado del todo el asunto de los vaqueros y pieles rojas. La población no era lo bastante grande para poderse permitir el lujo de una compañía de teatro.

—Olvide a la comunidad —dijo Mason, impaciente—. ¿Se casó Brunold con ella?

Drake contestó, arrastrando lentamente las sílabas, como tenía

por costumbre.

—No puedo olvidar a la comunidad sin olvidar la historia. No; no se casó con ella. Y, hermano, este cuento lo cuento yo y voy a contarlo a mi manera.

El abogado suspiró, le dirigió una mirada medio humorística a Della, y dijo:

—Bueno; prosiga la conferencia.

—Bueno, pues ya sabe usted cómo hacen las cosas una muchacha de temperamento nervioso. La población opinaba que la chica se estaba encenagando a toda marcha. Su familia quería que diese a Brunold la patada de Charlot. Ella le defendió y me figuro que tendría sus ideas particulares acerca de su propia vida y de cómo debía vivirla. Ya sabe usted, Perry, que fue aproximadamente por entonces que las muchachas empezaron a irse deshaciendo de las cosas que les habían estado metiendo en la cabeza desde hacía la mar de generaciones.

Perry Mason bostezó abiertamente.

—¡Qué rayos! —exclamó el detective—. ¡Está usted matándome el romanticismo... precisamente cuando empezaba a creer que mi juventud no había desaparecido del todo!

—Eso no es romanticismo juvenil, es la chochez senil —contestó Mason—. ¡Por el amor de Dios, a ver si se le mete de una vez en la cabeza que tengo entre manos un caso de asesinato y que necesito datos concretos! Usted deme los datos y ya me encargaré yo de rebozarlos en romanticismo cuando los largue ante un Jurado.

—Lo gracioso del caso —observó Drake, dirigiéndose a Della Street—, es que cuando el jefe oiga toda la historia va a sentirse tan sentimental como yo. Se parece a un pastel de boda. Tiene un exterior duro; pero en cuanto atraviesa uno la primera capa, lo encuentra blando y esponjoso por dentro.

—Vamos, Drake —le interrumpió el abogado—; dispare de una vez.

—Cierta día —prosiguió el detective— Brunold recibió una carta de Sylvia. Esa carta le dio a comprender que no podrían aplazar por más tiempo el matrimonio.

La sonrisa burlona desapareció del semblante de Perry Mason. La impaciencia desapareció de su mirada. Su voz expresó simpatía.

—¿A ese punto había llegado? —dijo.

—A ese punto.

—¿Qué hizo Brunold?

—Brunold recibió la carta.

—¿Y se sacudió las pulgas? —preguntó Perry con voz dura y fría.

—No, señor. La población era pequeña y no se atrevió a enviar un telegrama, porque no quería que el telegrafista se enterara de nada; pero cogió el tren y emprendió el viaje hacia allá. Ahí es donde el Destino tomó cartas en el asunto. Aquellos eran los tiempos en que había que tomar las camas de los ferrocarriles tal como uno las encontrara. Aun recuerdo cuando hice yo un viaje en una de esas líneas de opereta. Me pasé la noche rebotando en una cama como el maíz encima de una estufa caliente...

—El tren descarriló —interrumpió el abogado—. Supongo que Brunold sufriría lesiones.

—Se abrió la cabeza, se pinchó un ojo y perdió la memoria. Los médicos le vaciaron el ojo, le metieron en el hospital y le pusieron una enfermera. Encontré el registro del hospital y tuve la suerte de dar con el paradero de la enfermera. Ella recordaba el caso porque, cuando Brunold recobró la memoria, la enfermera dedujo algo de lo que debía de estarle pasando por la cabeza.

»Pidió una conferencia telefónica con Sylvia y le contestaron que Sylvia había desaparecido. Pareció volverse loco. Sufrió una recaída y deliró. Habló en su delirio. La enfermera lo consideraba como un secreto profesional y no me dijo gran cosa; pero creo que estaba enterada de la verdad.

—¿Sylvia? —inquirió Mason.

Había desaparecido por completo el dejo burlón de su voz.

—A Sylvia le habían estado hablando meses y meses de lo canalla que era la gente de poca monta de la ciudad. Le habían dicho que era la mujer siempre la que pagaba el pato. Era la época en que medraba la literatura con sus cuentos de echar de casa a las hijas que hubieran tenido un tropezón, en plena tempestad de nieve. Los padres de Sylvia se especializaban en contar esos cuentos. Cuando Brunold no compareció, Sylvia se dijo que sólo a una causa podía obedecer su ausencia. Conque recogió sus ahorros y huyó. Nadie supo cómo salió de la población. Había un empalme pequeño de ferrocarril en otra línea, a tres millas de distancia. La

muchacha debió de dirigirse allí a pie y coger uno de los primeros trenes. Se dirigió a la ciudad.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Tuve suerte. Me gustaría hacerle creer que se trataba, simplemente, de un trabajito de detective de primera; pero cuando se casó y, con motivo de la adopción del muchacho, dio unos datos que me permitieron hacer ciertas investigaciones...

—¿Se casó con Basset?

—Sí. Vino a la ciudad y tomó el nombre de Sylvia Loring. Trabajó de mecanógrafa mientras pudo. Después, de nacer la criatura, volvió al despacho. Le habían guardado el puesto. Trabajó allí muchos años. El niño iba resultando un gasto mayor cada día. Era preciso educarle. Conoció a Hartley Basset. Era cliente del bufete de abogado en que trabajaba Sylvia. Sus intenciones eran honradas. Ella no estaba enamorada de él... o, por lo menos, no lo creo. Nunca había amado a persona alguna más que a Brunold. Creía que Brunold la había abandonado, conque no quería más tratos con hombres.

—¿Y obligó a Basset a adoptar al niño?

—Así es. No quiso casarse con él hasta que hubo adoptado legalmente al muchacho. Este tomó el nombre de su padrastro, y, al parecer, se puso a odiarle con toda su alma... probablemente por la forma en que Basset trataba casi siempre a Sylvia.

—¿Qué le hacía?

—No sé más que lo que deduzco de los comentarios de la servidumbre. Pero a veces puede darse crédito a lo que dicen. Basset era soltero. No había sido nunca un amo fácil. Su idea del matrimonio era que la esposa constituía una especie de adorno en público y una criada en casa.

—Y, puesto que había sido adoptado —dijo Mason, lentamente—, Ricardo Basset heredaría parte de los bienes de Hartley.

Drake afirmó con la cabeza, y dijo:

—Así calcula Edith Brite. Es el ama de llaves. Sólo que no cree que se pensara en los posibles beneficios. Tiene el convencimiento que el muchacho estaba haciéndole un favor a su madre.

—¿Cree que le mató Ricardo?

—Sí. Tuve que llenarle el pellejo; pero en cuanto hubo empinado bien el codo, se le desató la lengua. *In vino veritas*, ¿sabe?

Sylvia había pasado las de Caín. El muchacho lo sabía. Hartley era una bestia. Ella cree que el chico lo mató.

Della Street intervino:

—Un momento, Paul. No ha acabado usted la novela. ¿Y Brunold? ¿La encontró, o fue ella quien le encontró a él?

—La encontró él. La había estado buscando desde que saliera del hospital. No sabía cómo arreglárselas, cómo hacer esas cosas y, además, Sylvia se había ocultado bastante bien.

Perry Mason se metió los pulgares en las sisas del chaleco y se puso a pasear de un extremo a otro del cuarto.

—¿Sabía Ricardo que Brunold había encontrado a su madre? ¿Sabía quién era Brunold? —preguntó.

Drake se encogió de hombros.

—Yo soy detective —dijo—, no zahorí. Puede usted pensar lo que quiera. Al parecer, Sylvia se dijo que, puesto que había decidido ya su suerte, se atendería a lo decidido. Es seguro que Brunold querría que abandonase a Basset. El hecho de que ella no plantara a su marido en seco, demuestra que algo la sujetaba. Por lo que he podido averiguar de Basset, es posible que éste la amenazara con rechazar la adopción alegando fraude, con señalar a Ricardo como bastardo, con armar un escándalo que se hiciera público. O tal vez fuera que él se negase a concederle el divorcio y que ella no quisiese unirse a Brunold a menos que pudiera casarse con él, por bien del muchacho.

Mason, sin dejar de pasear, preguntó:

—¿Dónde está la señora Basset ahora?

—Se escabulló y se largó a un hotel.

—Vea si puede encontrarla. No debiera de costarle gran trabajo. Es de las que irían a un hotel de primera. No habría muchas mujeres solas que fueran a alojarse a uno de los hoteles de primera después de medianoche. Supongo que tendrá usted fotografías suyas.

—Claro.

—Bueno, pues dé con su paradero.

—¿Le servirá de algo todo lo que le he dicho?

—Creo que me servirá de mucho.

Un timbre anunció que necesitaban a Della Street en el despacho exterior. La joven miró a Mason, que movió, afirmativamente, la

cabeza.

—¿Estaban bien los ojos? —preguntó Drake.

—Me parece que servirán divinamente, aun cuando me temo que los recibimos un poco tarde.

—Eso temía yo cuando me enteré de que le habían encontrado un ojo inyectado en sangre en la mano de Hartley Basset.

—Bueno —murmuró Mason, alegremente—, ya se arreglará todo.

Drake se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta del corredor.

—No quiere usted nada más que dar con el paradero de Sylvia Basset, ¿verdad?

—De momento, nada más. Hizo usted un trabajo bonito, Paul, con descubrir tanta cosa en tan poco tiempo.

—No había tanto que hacer —contestó el detective—, excepción hecha de algunos detalles. Los periodistas habían interrogado a la servidumbre. Brunold había dejado una pista bien clara. Era fácil seguirla, y, en los trámites hechos para adoptar a Ricardo, Sylvia Basset había dado la fecha exacta y el verdadero lugar de nacimiento del muchacho: Supongo que, para entones, se diría que no importaba gran cosa decir la verdad. Dio la casualidad que pude dar con el doctor y éste me puso en contacto con la enfermera. Esta recordaba haber visto un paquete de cartas amorosas atadas con el lacito de ritual, en la maleta de la muchacha. Las cartas iban dirigidas a Sylvia Berkley y ella había leído la noticia de la desaparición de Sylvia Berkley en los periódicos.

—Y... ¿calló la boca?

El detective movió, afirmativamente, la cabeza.

—Las enfermeras —contestó—, están acostumbradas a ver cosas así. Ahora no ven tanto como hace veinte años.

—¿Se ha puesto alguna vez en contacto con su familia?

—No lo sé. No he podido averiguar eso.

—¿Vive su familia?

—Lo sabré esta tarde. No sabía si quería llamar usted mucho la atención o no, conque estoy haciendo investigaciones de una forma algo indirecta.

—Bien hecho, Paul.

Se abrió la puerta del despacho exterior y entró Della, cerrando

cuidadosamente tras sí. Se acercó a la mesa de Mason y aguardó.

El detective dijo:

—Bueno, Perry, ya le conseguiré esos datos para la tarde a primera hora. Si doy con el paradero en alguno de los hoteles, le telefonaré. Debiera de poder recorrer los principales en menos de media hora.

Abrió la puerta y tuvo la preocupación de asomar la cabeza y mirar de un lado a otro del corredor antes de salir y cerrar la puerta tras sí.

Perry Mason se volvió hacia su secretaria.

—¿Qué? —inquirió.

—Tiene usted que ayudarles.

—¿Se refiere a Brunold y a la señora Basset?

—Sí.

—Aún no sabemos la verdad.

—¿Acerca del asesinato?

—Sí.

—Al parecer —dijo Della, lentamente—, nunca ha tenido suerte. El destino se ha cebado en ella. ¿Por qué no proporcionarles ahora una oportunidad de ser feliz?

—Tal vez se la proporcione... —contentó Mason— si ella me deja.

Della Street hizo un gesto hacia la puerta.

—¿Enrique y su hermana?

—Sí.

—Que pasen, Della.

Capítulo VIII

Berta McLane empezó a hablar antes de que Perry Mason hubiera hecho más que darle, cortésmente, los buenos días.

—Hemos leído la noticia en los periódicos. ¿Puede afectarnos eso?

—Los afectará hasta este punto: se hará cargo de los bienes de Basset un administrador o albacea. Si Sylvia Basset se hace cargo de la administración, se mostrará favorable. Si alguna otra persona se encarga de ella, lo más probable es que haya jaleo. No podemos arreglarlo ahora. Si el testamento fuese impugnado, o algo así, y un administrador interino descubriera el desfalco...

Mientras el abogado hablaba, a la muchacha se le habían ido abriendo, desmesuradamente, los ojos. De pronto le interrumpió, diciendo:

—¡Cielos! Pero... ¿no sabe usted lo que ha ocurrido?

Perry Mason dejó de hablar y la miró con fijeza.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

Ella se volvió al muchacho.

—Díselo, Enrique.

—Saldé la deuda —afirmó el interpelado.

Mason le miró, pensativo.

—¿Que hizo usted qué?

—Pagar la deuda.

—¿A quién?

—A Hartley Basset.

—¿Cuándo?

—Hasta el último centavo: tres mil novecientos cuarenta y dos dólares y sesenta y tres centavos.

—¿Obtuvo usted un recibo?

—No necesitaba un recibo. Me devolvió los pagarés falsificados.

Ese era el único recibo que yo necesitaba.

—¿Cuándo le pagó usted?

—Anoche.

—¿A qué hora, exactamente?

—No lo sé. Supongo que sería alrededor de las once o quizá un poco más tarde.

Mason intentó mirarle de hito en hito; pero McLane miró a su hermana y luego hacia la ventana.

—Ahora ya está todo arreglado —dijo—. Se nos ocurrió que era mejor decírselo a usted para que lo supiera. Vámonos, hermana. Aquí ya nada en absoluto tenemos que hacer. Todo solventado.

—Un momento —ordenó Mason—. *Míreme.*

Enrique volvió su mirada hacia el abogado.

—Ahora siga mirándome. No aparte su mirada de la mía y conteste: ¿Leyó los periódicos esta mañana?

—Sí; por eso hemos venido aquí... para saber si eso puede afectarnos.

—¿Cuánto tiempo antes de la muerte de Hartley Basset le pagó usted el dinero?

—No lo sé, porque no sé cuándo le asesinaron.

—¿Y si hubiese sido asesinado a eso de medianoche?

—En tal caso, debí de pagárselos un poco antes de su muerte... Quizá le robara alguien el dinero.

—¿Le pagó usted en efectivo?

—En dinero contante y sonante.

—¿De dónde lo sacó?

—Eso es cuenta mía.

—¿Lo ganó al juego?

—¿A usted qué le importa de dónde lo saqué? No tiene importancia.

—Pudiera —dijo Mason— ser muy importante. ¿Se da usted cuenta de que...? No importa. Permítame que le haga unas cuantas preguntas primero. ¿Hartley Basset le devolvió a usted los pagarés falsificados?

—Sí.

—Esos pagarés era lo único que tenía como prueba contra usted, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿De dónde sacó los pagarés falsificados? Es decir, ¿dónde los tenía guardados...? No, jovencito, no aparte la mirada. Conserve su mirada en la mía... ¿De dónde sacó Hartley Basset los pagarés falsificados?

—De un fichero, cerrado con llave, que tenía sobre la mesa.

—¿Dónde estaba la llave de ese fichero?

—La tenía en su llavero, naturalmente.

—¿Se da usted cuenta de que, cuando fue hallado y registrado el cadáver de Basset, no llevaba más de veinticinco dólares en efectivo en el bolsillo y que la Policía no ha encontrado ninguna cantidad de importancia ni en la caja de caudales ni en todo el cuarto en que yacía?

—Quizá —sugirió Enrique— el robo fuera el motivo del crimen.

Perry Mason golpeó, lentamente, la mesa con el puño, para dar énfasis a sus palabras.

—Jovencito —dijo, muy despacio—: ¿Se da usted cuenta de que nada le impedía entrar en el despacho en que trabajaba Hartley Basset; que no tenía más que decir que iba a pagarle el dinero, para conseguirlo; que, una vez dentro del cuarto, podía usted haber matado a Hartley Basset; que podía usted haberle quitado la llave, y abierto el fichero (que conocía usted de sobra, por haber sido empleado de Basset); que podía haber sacado los pagarés falsificados que constituían la única prueba que había contra usted; que podía usted haber dejado en la máquina una nota para que se creyese que se trataba de un suicidio y podía haber salido de la casa...? No; no me interrumpa y sígame mirando. ¿...que la única cosa que puede salvarle de que tenga que sufrir un interrogatorio a manos de la policía, basado en una teoría así de lo que pudiera haber ocurrido, es que pueda usted demostrar de dónde sacó el dinero con que pagó a Hartley Basset y que pueda dar cuenta de sus pasos a la hora exacta en que se cometió el asesinato?

—Pero... ¡si está usted acusando a Enrique de ser un asesino! —exclamó Berta McLane—. ¡Enrique no hubiera sido capaz de hacer...!

—Cállese —ordenó Mason, sin mirarla—; oigamos lo que tiene que decir Enrique, primero.

Enrique se puso en pie de un brinco y se acercó a la ventana.

—¡Bah! —contestó, por encima del hombro—. Demasiado sabe

usted quién mató a ese buitro. A mí no me convierte usted en cabeza de turco.

—Vuelva aquí.

—¡Qué he de volver! —contestó Enrique, de espaldas a ellos mirando por la ventana—. No tengo por qué volver, sentarme y dejar que me taladre usted con la vista y que me prepare la trampa para poder defender a otro cliente suyo.

—¿Puede usted demostrar —inquirió Mason, encendiéndosele el rostro— de dónde sacó el dinero que le pagó a Hartley Basset?

—No... Tal vez pudiera; pero no pienso hacerlo.

—No tiene usted más remedio que hacerlo.

—No tengo ninguna obligación.

—Es preciso que pueda yo darle esa explicación a la policía para evitar que le detengan.

—Que me detengan si quieren.

—Es algo más serio de lo que usted se figura. Si no puede demostrar que pagó ese dinero y que el dinero lo obtuvo legítimamente, la policía creará que usted lo ha adquirido ilegalmente.

—Al diablo la policía.

—No se trata de lo que la policía pueda creer, sino de lo que creará el Jurado. No olvide, joven, que las pruebas demostrarán que era usted un desfalcador. El fiscal dirá que Basset pensaba meterle a usted en la cárcel y que usted le mató para impedirlo.

—No diga tonterías —contestó Enrique.

Mason se encogió de hombros y miró a Berta McLane.

—No hago más que explicarle su situación —dijo.

—¿Está enterada la policía del desfalco?

—No; pero se enterará.

Enrique se volvió.

—Escucha —dijo—, no te dejes engañar por ese tipo, hermanita. Él sabe quién mató a Basset y, si no lo sabe, es un idiota; pero le gustaría ganarse unos buenos honorarios poniéndome a mí en un aprieto. Hemos acabado ya con él. Cuanto más permitas que me hable, mayor será el lazo que me tienda.

Mason dijo, lentamente:

—Oiga, Enrique: ya ha dicho usted eso dos o tres veces. Usted sabe que eso es mentira. Pero si tiene algo de sentido común, debe

saber que ha de tener preparadas respuestas a todas esas preguntas antes de que la policía le descubra.

—No se preocupe de la policía. Usted ocúpese de sus asuntos y yo me ocuparé de los míos.

—¿Pagó a Basset en efectivo?

—Sí.

—¿Qué hizo él del dinero?

—Se lo metió en una cartera de piel de cerdo que lleva en el bolsillo de la chaqueta. Pregúnteselo a su mujer. Ella le dirá que su marido siempre llevaba esa cartera en el bolsillo.

—No se encontró tal cartera en el cadáver, Enrique.

—Eso no es culpa mía. La llevaba cuando le devolví yo el dinero.

—Y... ¿no le dio un recibo?

—No.

—¿No había nadie delante?

—Claro que no.

—Y... ¿no puede decirnos de dónde sacó el dinero?

—Sí, puedo; pero no quiero.

—¿Estaba alguien enterado de qué tenía usted el dinero?

—Eso no es cuenta de usted.

Sonó el timbre del teléfono. Perry descolgó el auricular. Della Street dijo:

—Paul Drake al habla. He descubierto algo que creo que debe usted saber en seguida.

Mason murmuró:

—¡Diga, Paul! ¿De qué se trata?

El detective contestó:

—Voy a hablar bajo, Perry, porque no quiero que oiga ninguna otra persona en el despacho lo que le digo, y los auriculares de un teléfono a veces vibran demasiado cuando uno habla en voz alta... Escuche: la policía se está preparando para largar una serie de sorpresas. Han averiguado la mar de cosas. Brunold ha hablado. Han hecho examinar la nota mecanografiada, por peritos.

»Ya sabe usted que una nota escrita a máquina presenta tantas diferencias como si estuviese hecha a mano. Los criminólogos dicen que el mensaje de la hoja de papel que había metido en la máquina de Basset, no fue escrita con esa máquina. Han registrado la casa

para dar con la máquina que se empleó para escribirla. La encontraron en la alcoba de la señora Basset. Es una «Remington» portátil que usaba para su correspondencia particular.

»Es más: los peritos han averiguado, por la impresión regular de las letras, que la nota fue escrita por alguien que usaba el sistema del tacto, por un mecanógrafo profesional. Recuerde usted que le dije que la señora Basset había trabajado de secretaria.

Perry Mason frunció el entrecejo pensativamente.

—¿No ha dado aún con su paradero, Paul? —preguntó.

—Aún no; pero recogí estos datos de uno de los muchachos que había estado en contacto con un periodista. Pensé que sería mejor decírselo a usted en seguida.

—Sí, se lo agradezco. Procure dar con esa señora lo más aprisa posible.

Colgó el auricular y volvió a mirar, sombrío al joven Enrique McLane.

—Enrique —dijo—, me aseguró usted que alguien que estaba muy cerca de Hartley Basset intercedería para impedir que fuese usted a la cárcel.

—Olvídelo —contestó el muchacho.

Mason se volvió hacia Berta McLane y dijo:

—Le di a usted un papel con mi número de teléfono, el de mi piso particular, para que pudiera llamarme fuera de horas de despacho. ¿Qué hizo usted de él?

Enrique McLane avanzó un paso y ordenó:

—No...

—Se lo di a Enrique —contestó ella, sin hacer caso de su hermano.

Enrique suspiró.

—No tenías necesidad de haberle dicho eso —murmuró.

—¿Qué hizo usted con el papel, Enrique? —preguntó el abogado.

—Lo llevé en el bolsillo un rato.

—Y luego... ¿qué?

—No lo sé. ¿Por qué diablos había de recordar yo todas esas pequeñeces? Lo tiraría, seguramente. No tenía yo necesidad de llamarle después de haberle pagado a ese buitre. No había razón para que yo llevara encima el número de teléfono de usted. ¿Qué

quería que hiciera con él? ¿Meterlo en un tarro de cristal y lacrarlo para que se conservara?

—Ese pedazo de papel —le contestó Mason— fue hallado en el pasillo, a la puerta de la alcoba de la señora Basset.

La más viva sorpresa se reflejó en el rostro del joven.

—No es posible —dijo. Luego, tras un instante de silencio, y con mirada de astucia, preguntó—: Bueno, ¿y qué?

—Cuando fui yo a ver a Hartley —prosiguió el abogado, sin hacer caso de su pregunta—, la señora Basset intentó interceder, por usted.

—¿Sí? —murmuró Enrique, con voz sin expresión.

—¿Sabía usted que iba a hacerlo?

—Claro que no. Yo no sé leer el pensamiento.

—¿Le es usted simpático a la señora Basset, Enrique?

—¿Cómo quiere que lo sepa yo?

—¿La vio usted anoche, antes de ver a Hartley Basset?

El muchacho vaciló unos instantes. Luego preguntó:

—¿Por qué?

—Más vale que me lo diga... La policía puede averiguar eso sin dificultad alguna. La servidumbre estaba en la casa y...

—No pienso decirle una palabra más de ella. No la meta en este asunto.

—¿Había estado usted alguna vez en su cuarto?

—Claro que sí; por cuestiones de trabajo.

—¿Había una máquina de escribir en su cuarto?

—Creo que sí.

—¿Una «Remington» portátil?

—Sí.

—¿La había usado usted alguna vez?

—A veces, cuando trabajaba allí y tenía ella alguna carta que escribir me la dictaba.

—¿Propuso Basset que hiciera ella eso?

—No lo sé.

—Sí que lo sabe, Enrique. Díganos la verdad.

—Hartley Basset no estaba enterado de eso.

—¿Por qué lo hacía usted, si no formaba parte de sus deberes como empleado?

—Porque era una buena persona y la apreciaba. Y porque Basset

la estaba pisoteando.

—¿Conque le tenía usted lástima?

—Sí.

—¿Y le escribía las cartas?

—Sí; a veces tenía neuritis ella en el brazo derecho.

—¿Había una máquina de escribir portátil sobre la mesa de Hartley Basset cuando usted le visitó?

—Sí. Tenía allí su máquina particular que empleaba para hacer notas. A veces dictaba las cosas y otras veces las escribía él mismo.

—No escribiría por el sistema de tacto, ¿verdad? Emplearía sólo los dedos con que picar las letras, ¿no es cierto?

—Así es.

—Pero usted emplea el sistema de tacto, es decir, escribe con todos los dedos. ¿No es cierto?

—Naturalmente.

—¿Sabía usted —preguntó Perry Mason, mirando fijamente a Enrique McLane— que la nota que fue hallada en la máquina que había sobre la mesa de Basset, diciendo que iba a suicidarse, no había sido escrita, en realidad, en esa máquina, sino en la que se encontraba en el cuarto de la señora Basset y que dicha nota había sido escrita por un mecanógrafo profesional que empleaba el sistema del tacto?

Enrique McLane se dirigió a la puerta que daba al corredor.

—Vámonos, Berta —dijo—; larguémonos de aquí.

La joven se puso en pie, miró a Perry Mason, y luego a su hermano.

—Enrique —dijo—, bien sabes que el señor Mason está interesado en ayudarte y...

—¡Narices! ¡No seas necia! Sólo vine aquí porque tú querías que viniera. Te digo que éste anda buscando una cabeza de turco.

Berta McLane se volvió hacia Perry Mason y dijo:

—Siento mucho, señor Mason, que Enrique hable así. Espero que aceptará usted mis excusas...

—¡Qué excusas ni qué ocho cuartos! —le interrumpió el muchacho—. ¡No seas tonta!

Se acercó a la mesa del abogado.

—Ha estado usted haciendo la mar de preguntas —dijo—. Ahora permítame que le haga yo algunas a usted. ¿Representa usted a

Brunold?

—Sí; le represento o, por lo menos, supongo que sí.

—¿Y a la señora Basset?

—Esa señora me ha consultado.

—¿Y a Ricardo Basset?

—Directamente, no.

—Pero... ¿por mediación de su madre?

—Quizá sí.

—¡Ya lo ves! —exclamé Enrique, triunfante, volviéndose hacia su hermana—. ¿Vas a seguir sentada ahí y dejar que me cargue con el mochuelo? Ya te dije, desde el primer momento, que éramos tontos en venir aquí.

—Señor Mason —dijo la muchacha—, ¿no puede usted...?

Enrique McLane la asió del brazo y la empujó hacia la puerta.

—Pretendes profesarme algún cariño —dijo—, pero me pondrás el dogal al cuello si sigues hablando con este pájaro.

Mason dijo, lentamente:

—Enrique, aún no me ha dicho usted de dónde sacó el dinero que dice haber empleado para pagarle a Basset. Aún no me ha dicho si sabía alguien que tenía usted ese dinero. Aún no me ha dicho dónde estaba cuando asesinaron a Basset. Y no me ha dicho qué le hubiera impedido matar a Basset, abrir el fichero y llevarse los pagarés falsificados.

Enrique abrió de un tirón la puerta que daba al corredor. Se paró un instante para decir:

—Sé lo bastante de la ética profesional para saber que no puede usted decirle a nadie una palabra de cuanto le he dicho. Si le dice a la policía que yo estuve en casa de los Basset, le haré borrar de los libros del Colegio de Abogados y, si usted no abre la boca, no tendré que decirle a nadie nada.

—Pero la señora Basset sabe, Enrique —dijo Berta—, que tú...

La cogió del brazo y la sacó al pasillo de un empujón.

—Y Colemar está enterado del desfalco —agregó Mason—, aparte de la señora Basset. No olvide que la policía...

—¡Váyase usted al cuerno! —contestó Enrique.

Y cerró la puerta tras sí, de un puntapié.

Mason permaneció sentado, pensativo, tabaleando aún, con los dedos, sobre el borde de la mesa. El teléfono sonó tres veces antes

de que cambiara de postura. Luego giró en su sillón, descolgó el auricular y oyó la voz de Paul Drake que decía:

—Mis hombres la han encontrado, Perry. Está en el hotel Embajador, con el nombre de Sylvia Lorton y tres detectives del cuerpo de policía están vigilando sus habitaciones. La siguieron hasta allí anoche. También tienen un policía de servicio en la centralilla para poder escuchar las conversaciones que tenga por teléfono.

Perry Mason se quedó pensativo.

—Supongo —dijo— que, si fuera a verla, los detectives la detendrían inmediatamente.

—Seguro —contestó Drake, alegremente—; le han dando toda la cuerda necesaria en la esperanza de que se ahorcará ella sola. Intentarán espantarla para que haga algo que la comprometa si ven que ella no se mueve. Pero mientras que su hijo la llame y suelte informes por teléfono, habrán averiguado todo lo que les interesa saber de ella antes de medianoche.

Perry Mason dijo lentamente:

—Paul, tengo que ver a esa mujer sin que se entere la policía.

—No existe la menor probabilidad de poderlo conseguir. Usted sabe tan bien como yo lo que pretende la policía.

—¿Ha pasado usted revista a las escaleras de escape en caso de incendio, Paul?

—No; no he estado por ahí yo. Estoy recibiendo los informes de uno de mis subordinados que está allí. ¿Quiere usted que lo haga?

—No; póngase el sombrero, o, Paul, y reúname conmigo en el ascensor. Vamos a salir juntos.

El detective soltó un gemido.

—Ya sabía yo que acabaría usted por meterme en la cárcel, tarde o temprano.

—Si alguna vez lo meto —contestó Perry, sombrío—, volveré a sacarle. Póngase el sombrero, Paul.

Colgó el auricular.

Capítulo IX

Perry Mason, enfundado en el blanco uniforme de limpiador de ventanas (alquilado en una sastrería teatral), llevaba varias hojas de goma, de las que se usan para limpiar las ventanas, en al mano derecha. Detrás de él, Paul Drake, vestido de la misma manera, iba cargado con los cubos de agua, uno en cada mano.

—Supongo —comentó el detective, lúgubremente— que lo tenía todo pensado ya cuando alquiló los disfraces.

—¿Qué tenía todo pensado?

—Que yo había de ser su ayudante y llevar los cubos de agua.

Mason se echó a reír, pero no dijo nada.

Subieron en el montacargas hasta el sexto piso del Hotel Embajador. Un hombre de anchas espaldas, botas de puntera cuadrada y mandíbula saliente, que se hallaba estacionado en el corredor, les miró con ojos acusadores.

La pareja hizo caso omiso de la mirada, caminó decididamente hasta el otro extremo del corredor y abrió la ventana que daba a la escalera de escape.

—¿Está mirando? —preguntó Perry, echando una pierna por la ventana.

—Mira algo así como de mala gana —contestó Paul, de pie en el pasillo—. Tendrá que darse prisa.

—¿Me lo dice *usted a mí*?

Sacó una esponja del cubo, tocó la ventana de la escalera de escape y pasó, suavemente, las hojas de goma por el vidrio.

—Bien —dijo—; ahora va lo bueno.

—¿Está usted seguro de que está el cuarto vacío?

—No —contestó Mason—; no lo estoy. Tendremos que correr el riesgo. Póngase cerca del cuarto y de espaldas a la puerta. Dé unos golpes en la parte baja. Que no le vea llamar.

El abogado acabó de dar brillo al cristal con un trapo seco. Drake dijo:

—He llamado dos veces y no he obtenido contestación.

—¿Cree usted poder abrir con disimulo?

—Creo que sí. Deje que estudie la cerradura unos instantes.

Bueno; ya la tengo. Vamos.

Drake sacó un manojo de llaves del bolsillo, escogió una, la introdujo en la cerradura, apretó y oyó el chasquido del pestillo. Exhaló un murmullo de satisfacción y los dos hombres entraron en el cuarto.

—¿El de al lado, a la derecha? —inquirió Mason.

—Eso es.

—¿Está usted seguro?

—Casi completamente.

—Si no es el cuarto de ella, nos vamos a encontrar en un lío.

Drake dijo, irritado:

—Nos vamos a encontrar en un lío de todas maneras si nos pillan. No vamos a encontrar manera de justificar nuestra presencia aquí.

—Olvídelo. ¿Dónde está ese cinturón?

Drake le entregó un cinturón de seguridad. Mason se deslizó por la ventana y encajó el gancho en el ojo empotrado en la pared con ese fin juntó a la ventana del cuarto contiguo. Se puso en pie en el alféizar de la ventana, asió la mano de Drake para estabilizarse un poco y luego se dirigió a la ventana vecina, permaneciendo unos instantes con los pies muy abiertos, uno en cada ventana, a seis pisos de altura.

—¡Cuidado! —le advirtió Drake.

Mason metió el otro gancho del cinturón en el ojo que había al otro lado de la ventana.

—Ahora no hay peligro —dijo—. Deme el agua.

Drake alargó el brazo y le entregó un cubo de agua. Mason empezó a mojar la ventana. Un momento después dio unos golpecitos en el cristal. Una mujer en paños menores se echó, rápidamente, un kimono por los hombros y se acercó a la ventana con gesto de ira.

Mason hizo una seña indicando que debía abrir la ventana.

Sylvia Basset obedeció.

—Oiga —exclamó—. ¿Cómo se atreve usted a limpiar la ventana cuando me estoy vistiendo? Voy a quejarme a la Dirección. No puede...

—Baje la voz y no se sofoque.

Al oír la voz, la mujer tuvo un sobresalto de sorpresa; luego se le abrieron los ojos de par en par.

—¡Usted! —exclamó.

Perry Mason corrió el cubo de agua por la repisa.

—Escuche —dijo—; no tiene usted mucho tiempo que perder. Quiero saber la verdad de este asunto. ¿Sabía usted que Brunold fue detenido?

—¿Brunold? —inquirió ella, frunciendo el entrecejo.

—Sí, Brunold.

—¿Quién es ése?

—¿No lo sabe?

—No.

—¿Por qué vino usted aquí con un nombre supuesto?

—Quería descansar.

Indicó él, con una seña, unas maletas que había junto a la cama.

—¿Son de usted?

—Sí.

—¿Las traje consigo anoche?

—No.

—¿Cuándo las consiguió?

—Me las traje Ricardo a primera hora de la mañana.

—¿Qué contienen?

—Cosas.

—¿Quiere usted decir con eso que va a huir?

—Tengo el sistema nervioso descompuesto. Me voy unos días hasta que se arreglen las cosas.

Mason comprimió los labios y dijo:

—¡Pobrecita loca! ¿Iba a intentar desaparecer?

—Bueno, ¿y qué si así fuera?

—Eso es precisamente lo que quieren que intente usted. La huida es una prueba de culpabilidad. Es una cosa que puede demostrarse ante un tribunal igual que cualquier otra cosa.

—No me cogerían nunca... no donde voy.

—La cogerían antes de que se fuera, y con el billete del

ferrocarril en el bolsillo.

—No se engañé. Sería demasiado lista para eso... Sólo que no me fugo. Es tan sólo que no quiero...

—Escuche —dijo Mason—: hay un detective del cuerpo de policía en el pasillo, vigilando la puerta de su cuarto. Hay otro policía en el vestíbulo del hotel y otro en los ascensores. La policía ha instalado un telefonista especial en la centralilla. A usted le han seguido, a su hijo le han seguido y han sido escuchadas todas su conversaciones telefónicas. Ahora...

Ella se llevó la mano a la garganta.

—¡Cielos! —exclamó—. ¿Cree usted que...?

—Dígame la verdad. ¿Qué ocurrió después de marcharme yo?

—Muy poca cosa. Me hicieron unas cuantas preguntas. Me dio un ataque de histeria.

—¿Qué les dijo?

—Les dije la verdad al principio... Que yo había querido ver a mi esposo para hablar con él de un asunto de negocios; que entré en el despacho exterior y hallé a Hazel Fenwick en el suelo; que logré hacerla recobrar el conocimiento y que entonces ella habló de un tuerto que había salido corriendo del despacho particular de mi esposo.

—¿Le preguntaron a usted por qué no había llamado a su marido?

—Les dije que estaba tan preocupada pensando en Hazel Fenwick e intentando hacerla recobrar el conocimiento, que me había olvidado por completo de él.

Mason hizo un gesto de disgusto.

—¿Hice mal?

—Muy mal. ¿Qué ocurrió después?

—Entonces, empezaron a volverse bruscos y yo fingí histeria y empecé a mentir.

—¿Qué mentiras dijo?

—Les dije que mi esposo había salido y luego aseguré que no había salido. Me preguntaron si sabía de alguien que tuviese un ojo de cristal y yo les dije que mi esposo tenía un ojo postizo. Reí y grité y llamaron a un médico; pero no quise dejar que me tocara. Insistí en que Ricardo llamara a mi médico de cabecera y luego, cuando vino, se dio cuenta de la situación y me dio una inyección y

me mandó a mi cuarto.

—¿Qué ocurrió después?

—Ricardo salió a hacer un reconocimiento y encontró una de las puertas de atrás sin guardia. Volvió a buscarme. Yo estaba bastante mareada como consecuencia de la inyección; pero conseguí andar, apoyándome en su hombro. Me trajo aquí y me acostó. Me desperté a primera hora esta mañana y le telefoneé, usando un nombre supuesto para que la policía no supiera de quién se trataba... pero si estaban escuchando en la centralilla... ¡cielos!

—¿Hizo usted alguna confesión?

—No; no tenía nada que confesar, como no fuera lo de la histeria.

—¿Qué de la histeria?

—Me preguntó si le había dicho algo a la policía y yo le dije que no, que mi ataque de histeria les había engañado por completo.

—¿Algo más?

—Hablé con él dos o tres veces hoy.

—¿Hizo usted alguna confesión?

—Hablé bastante claramente con él; pero no dije nada que me comprometiese mucho.

—¿Y él?

—Me dijo que se alegraba de que hubiera muerto mi marido. Ricardo le odiaba profundamente desde hacia tiempo.

—Escúcheme bien. No podrá usted dar largas a la policía la próxima vez que le interroguen. Conque tiene que preparar su declaración. ¿Y el revólver?

—Les diré la verdad; les diré que se lo di yo a Ricardo para que me protegiese.

—¿Fue ése el revólver que se usó para cometer el asesinato?

—No lo sé.

—¿Y Brunold?

—No conozco a ningún Brunold.

—Pues debiera conocerlo, puesto que es el padre de su hijo.

Asió ella el borde de la mesa.

—¿Cómo? —exclamó.

—Eso lo averigüé por medio de mis propios detectives. La policía puede averiguarlo tan fácilmente como yo, si es que Brunold no se lo ha dicho ya. Brunold está detenido.

—Ni el propio Ricardo lo sabe —murmuró ella.

—¿No lo sospecha?

—No lo creo.

—¿Brunold estuvo en su casa anoche?

—No.

—Dígame usted la verdad.

—Sí.

—¿A qué hora se fue?

—¿Tendré que decirle eso a la policía?

—No lo sé aún.

—Se fue momentos antes de que encontrara yo a Hazel Fenwick sin conocimiento.

—¿Qué hacía usted en el despacho exterior de su esposo?

—Fui a ver si Hazel había arreglado las cosas con Hartley. Hacía mucho rato que se había marchado y yo estaba preocupada.

—¿Estaba Brunold con usted poco antes de que usted bajara?

—Sí.

—¿Había estado con usted todo el tiempo?

—No; no todo el tiempo. Yo me había ido a mi alcoba y le había dejado en mi sala. Creo que salió del corredor en busca de algo. No estaba en la sala cuando yo volví; pero regresó a los pocos instantes.

—¿Sabía usted que Hazel Fenwick iba a ir a ver a su marido?

—Sí; le había yo pedido que fuera.

—¿Era el ojo de Brunold lo que su marido tenía en la mano?

—Creo que sí.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce usted a Hazel Fenwick?

—No hace mucho.

—¿Hay algo raro en esa Fenwick?

—No se lo puedo decir.

—Mejor dicho: no quiere decírmelo. ¿Hay algo raro en lo del matrimonio de Ricardo?

—No lo sé. Vino a mi casa por primera vez la noche del asesinato. Ricardo es el heredero de Hartley. Este quería dirigir el matrimonio de Ricardo. Yo sabía que habría escándalo cuando se enteraran de que mi hijo se había casado sin decirle nada. Quería que Hazel misma se lo dijera. Me pareció que la muchacha podría causarle de seguro buena impresión.

—¿Cuántas personas había en la casa que supieran que estaba

casada con Ricardo?

—Ninguna. Overton, el chófer, la trajo a casa desde la estación. Creía que se trataba de una amiga mía. El ama de llaves, Edith Brite, puede haberlo sospechado; pero no lo creo. Esas eran las únicas personas de la casa que la habían visto.

—¿Vio usted a Enrique McLane anoche?

—No.

—Escuche; se empeña usted en decirme un embuste de vez en cuando. Es muy mala política mentirle al abogado propio. Y ahora... ¿vio usted a Enrique McLane anoche?

—No —contestó ella, en tono de desafío.

—¿Sabe usted si estuvo en la casa?

—Puede haber ido a ver a Hartley; pero no lo creo.

—Había alguien en el despacho de Hartley cuando Hazel Fenwick llamó a la puerta. ¿Quién era?

—Eso es algo que no comprendo. Yo quería que Hazel tuviera el campo libre, conque vigilé la puerta de entrada y aguardé a que se hubiera marchado el último cliente. Entonces le dije a Hazel que no había nadie y la acompañé hasta el cuarto de la entrada. Si había alguien en el despacho con Hartley, debía ser alguien que había entrado por la puerta de atrás.

—¿Conocía Enrique McLane la existencia de la puerta de atrás?

—Claro que sí.

—¿Y Peter Brunold?

Ella vaciló unos instantes; luego dijo lentamente:

—Peter también la conocía. Es decir, a veces entraba en mi lado de la casa por la puerta de atrás. Las dos puertas posteriores están juntas... Ahora no podrá usted decir que no le digo la verdad.

Mason la miró sombrío, y dijo.

—Yo no digo nada; pero estoy pensando mucho. ¿Pasó Peter Brunold con usted todo el tiempo que estuvo en su casa la noche del asesinato?

—Todo el tiempo, no.

—¿Dónde estuvo?

—Se le metió en la cabeza que el chófer Overton nos estaba espionando. Creía que Overton había estado rondando por mi cuarto y fue a ver si le encontraba.

—¿Le encontró?

—No; no le pudo encontrar en ninguna parte. Dice que miró por toda la casa.

—¿Cuándo fue eso?

—Un poco antes que llevara yo a Hazel al despacho de Hartley.

Mason dijo lentamente:

—Escuche; ¿quiere usted proteger a Peter Brunold o desea salvar *usted* la piel?

—Quiero proteger a Peter, aunque sea con mi vida.

—No pierda usted de vista ni un momento —le advirtió Mason —, que está usted metida en este asunto también. No puede proteger a nadie a menos que esté usted segura, y a menos que sepamos usted y yo exactamente lo que ha ocurrido. No protegeré a Brunold si es culpable y no la protegeré a usted si es culpable. Brunold anduvo errando por la casa aproximadamente a la misma hora en que se cometía el asesinato. *Usted* dice que buscaba a Overton. Puede haberse encontrado con su esposo y...

—¡Ojo! —avisó Paul Drake—. Mire debajo de usted, Perry.

Perry Mason se puso a dar brillo a la ventana, mirando hacia abajo por entre el brazo derecho.

El semblante ceñudo del sargento Holcomb asomaba por la ventana de abajo.

—Se aproxima el desenlace —observó el abogado—. Dígle a la policía que vino usted aquí a descansar; que está dispuesta a volver en su compañía. Si usted *no* mató a su esposo y quiere proteger a Brunold, niéguese responder a pregunta alguna. Si quiere protegerse a sí misma diga la verdad pura. Si Brunold es culpable, será mejor para él declararse tal. Si usted *mató* a su marido sin justificación, búsquese otro abogado. Si es usted culpable de asesinato y me está mintiendo, le plantaré en seco; en caso contrario, puede usted contar con mi apoyo, pues yo no la abandonaré.

—Somos inocentes —exclamó ella, frenética—. Peter ha estado justificado...

—¡Eh, amigo! —gritó el sargento Holcomb—. ¿Quién le mandó limpiar esas ventanas?

Mason masculloó una respuesta ininteligible.

—¡Vuelva la cabeza! —aulló Holcomb. ¡Quiero verle la cara!

Mason se volvió de tal manera que tumbó el cubo del agua de un puntapié. El sargento vio caer el agua; pero intentó esquivarla

demasiado tarde. Parte del líquido le salpicó la cara y los ojos al pasar el cubo por delante de sus narices. Echó la cabeza atrás. Mason asió la mano que Drake le tendía, saltó a la ventana vecina, se tambaleó unos instantes y luego se metió en el cuarto.

—Podemos bajar por la escalera de escape al segundo piso —dijo Paul Drake.

—Eso será magnífico... si es que no nos está esperando en el segundo piso.

Los dos hombres abrieron la puerta del cuarto que daba al corredor. Salieron, torcieron a la izquierda y pasaron por la ventana que daba a la escalera de escape. El detective de anchas espaldas, que seguía estacionado en un punto del pasillo desde el que era posible ver la puerta del cuarto de la señora Basset, les miró, pensativo, dio tres pasos hacia ellos y luego vaciló.

Perry Mason le dijo a Drake en voz muy alta:

—Vacía los cubos, Paul. Podemos llenarlos en el grifo de uno de los pisos de abajo. Tenemos que limpiar la barandilla de esta escalera.

Drake movió afirmativamente la cabeza. Bajaron los dos por la escalera de escape a toda prisa. Habían llegado al segundo piso cuando oyeron un grito por encima de ellos. El sargento Holcomb apareció en la escalera de escape, agitando, frenético, los brazos.

—Aquí —dijo Mason—, es donde cambiamos de tren.

Se metió por la ventana del segundo piso y echó a correr por el pasillo. Al llegar a la escalera se quitó el uniforme blanco que llevaba puesto sobre su traje de calle. Paul Drake, hallando dificultad en desabrochar un botón del mono blanco, retrasó un poco la huida. Mason alargó el brazo, arrancó el botón y le ayudó a quitarse el mono.

—No nos queda más que un camino —dijo—: subir.

Se acercó al ascensor con el bulto blanco debajo del brazo y tocó el timbre.

—Si tenemos suerte —murmuró— podemos...

Brilló una luz, una puerta se descorrió suavemente. Mason y Drake entraron en el ascensor en el preciso momento en que el ascensor vecino, que bajaba del sexto piso, se detenía y se abría. El sargento Holcomb salió corriendo al pasillo.

—¿Piso? —inquirió el botones, cerrando las puertas.

—El último —contestó Mason.

Al ponerse en movimiento el ascensor, Mason entró en conversación con el botones.

—Hay jardín de verano en la azotea, ¿no?

—Sí, señor.

—Magnífico, nos sentaremos en él un rato, a descansar.

Dejaron el ascensor en el último piso, salieron al jardín y tiraron los monos blancos detrás de un tiesto.

—¿Tiene usted esa llave maestra, Paul? —inquirió el abogado.

—Prepárela —dijo Mason dirigiéndose al pasillo en que se hallaban las habitaciones.

Escogió un cuarto interior y llamó a la puerta. No obtuvo contestación. Hizo una seña a Drake. El detective introdujo la llave en la cerradura y abrió. Entraron los dos hombres y Mason echó el cerrojo.

Sacó una pitillera del bolsillo, se golpeó el cigarrillo en la uña del pulgar, y miró, riendo, al detective.

—Bueno —dijo—, pues aún estamos fuera de la cárcel.

—¿Cómo diablos vamos a salir de aquí? —inquirió Drake, con lúgubre expresión.

Mason se echó en la cama, se puso unas almohadas debajo de la cabeza y exhaló una bocanada de humo. Iluminaba su rostro una sonrisa de satisfacción.

—Creerán que estamos jugando al escondite por los pasillos —dijo—. Después de media hora o así, cuando se cansen de buscarnos, creerán que hemos bajado en el montacargas o por la escalera y que les hemos dado esquinazo. Entre tanto...

—Entre tanto, ¿qué?

—No dormí gran cosa anoche —afirmó el abogado. Dio una última y larga chupada al cigarrillo y lo apagó aplastándolo en el cenicero—. Despiérteme a las seis si es que no me he despertado yo solo para entonces.

Y cerró los ojos.

El detective le miró boquiabierto de asombro unos instantes. Luego, se acercó al diván.

—Oiga, so acaparador —dijo—; deme una de esas almohadas. Yo no he dormido en absoluto.

Capítulo X

Perry Mason extendió su firma al pie del papel que Della Street le presentó, apretó un botón y, cuando uno de sus ayudantes entró en el despacho, dijo:

—Aquí están los papeles para el *habeas corpus* a favor de Peter Brunold. Expídalos en seguida.

—¿Quiere usted sacar a Brunold? —inquirió el ayudante...

—No le soltarán —dijo Mason—; pero quiero forzar la marcha y obligarles a presentar una acusación contra él. Probablemente no querrán acusarle de asesinato inmediatamente. Pero ésa es la única acusación que pueden presentar contra él, conque les apremiaremos por medio del *habeas corpus*.

Mason se volvió hacia Della Street al salir el ayudante con los papeles.

—¿Pidió usted a Drake que viniera? —preguntó.

—Sí; le dije que viniese derecho a su despacho particular. Ya debiera de estar a punto de llegar... Ahí está a la puerta ahora mismo.

Se vio una sombra en el vidrio escarchado de la puerta. Della Street cruzó el despacho y la abrió. Paul Drake entró sonriendo.

—¿Tiene una corazonada? —preguntó, sentándose en una butaca, como de costumbre, apoyado contra uno de los brazos y con las piernas colgadas por encima del otro.

—Sí —respondió Mason—; esa Fenwick.

—¿Qué pasa con ella?

—A esa mujer le ha ocurrido una de tres cosas —dijo Mason—: o la ha secuestrado el asesino, o ha sido víctima de algún accidente fortuito, o ha puesto pies en polvorosa. El asesino no la conocía... es decir, no le vio la cara. Si hubiese sido víctima de un accidente, la policía la hubiera encontrado ya. Por lo tanto, yo creo que ha

huido.

—Eso, naturalmente —contestó el detective con lentitud—, suponiendo que nos dijese la verdad acerca de lo que vio la noche del asesinato. Puede haberse largado por saber algo que pudiera perjudicar a Ricardo Basset.

Mason afirmó con la cabeza y dijo:

—Hay una hoja de vidrio en forma de diamante en la puerta de la sala de espera del despacho de Hartley Basset. Le habían dado un golpe en la cabeza y estaba mareada. Cuando se levantó del diván, se tambaleó y plantó las dos manos en el cristal para no caer de bruces. Debe de haber dejado diez huellas dactilares perfectas.

»Esa muchacha me tiene un poco despistado y no quiero pasar nada por alto. Tiene algún motivo poderoso para desaparecer u ocultar algo que hizo ella la noche del asesinato, o tiene antecedentes penales y no se atreve a someterse a un interrogatorio policíaco. Podía haber entrado en el cuarto, encontrar muerto a Hartley Basset, quitarle el dinero que llevara en el bolsillo y haberse dado un golpe en la cabeza y fingió perder el conocimiento.

»Puede haber visto a Ricardo Basset cometer el asesinato y haber huido para no tener que declarar.

»Puede ser una delincuente con antecedentes penales. Investiguemos todas las posibilidades. Vaya a casa de Basset, haga resaltar las huellas dactilares que hay en el vidrio de la puerta, fotografíelas y vea si puede conseguir una identificación.

Drake afirmó con la cabeza.

—¿Algo más? —preguntó.

—De momento, no. Consigamos saber algo de esa joven Fenwick.

Al dar la vuelta al pomo de la puerta que daba al corredor, dijo con una sonrisa:

—Supongo que no habrá la menor probabilidad de que la policía tenga razón y tenga usted a esa muchacha escondida en algún rincón, ¿eh, Perry?

Mason se echó a reír y dijo:

—Puede usted mirar debajo de mi mesa, Paul.

El detective pareció un poco intrigado y dijo:

—Si me está haciendo dar un paseo en balde, amigo, no vuelvo a fiarme de usted.

Cerró la puerta y Mason se volvió a Della.

—Tome nota —dijo— de acordarse de averiguar cómo se sujetan los ojos de cristal en su sitio y si es fácil hacerlos caer de una sacudida.

La muchacha tomó unas notas en taquigrafía, miró a Mason y preguntó.

—¿Y las huellas dactilares de usted en ese revólver?

Mason rió.

—Creo que la policía se ha olvidado de un detalle —contestó—. Tomaron las huellas dactilares de cuantas personas había en la casa; pero se olvidaron de mí.

Ella preguntó pensativa:

—¿Es Hamilton Burger un fiscal astuto?

—Aún no lo sé. Es demasiado pronto para saberlo. Este es el primer caso de asesinato que se presenta desde que él se hizo cargo de la fiscalía.

—¿Le conoce personalmente?

—Me lo han presentado nada más.

—Si le cree a usted responsable de haber sacado a la testigo Fenwick de la jurisdicción del tribunal, ¿no tomará alguna medida contra usted?

—Quizá.

—¿Qué podría hacer usted en caso afirmativo?

—Decir la verdad, simplemente, lo que, desde luego, no sería suficiente.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Si le dijera a cualquier jurado del mundo que había cogido a la principal testigo de una causa por asesinato, que la había hecho desaparecer en las barbas de la policía y la había mandado a mi despacho para poder averiguar exactamente lo que sabía y obtener una declaración firmada antes de que las autoridades le echaran el guante, y luego intentara explicar que había desaparecido y que yo no sabía dónde se habría metido, significaría una de dos cosas para el lector corriente de un periódico: Primero, que yo era un solemnísimo embustero; segundo, que su declaración había resultado comprometedora a más no poder para mi cliente y que, por dicho motivo, la tenía yo escondida.

Della Street movió afirmativamente la cabeza.

El timbre dio la señal convenida para avisarle que se la necesitaba al aparato para tomar un mensaje importante. Dirigió una mirada a Perry Mason. Este asintió con la cabeza. Descolgó el auricular.

—¡Diga!

Sus pupilas se contrajeron. Tapó la boquilla del aparato con la mano.

—Hamilton Burger, el fiscal del distrito, se encuentra en el despacho y desea verle.

—¿Está solo?

Della repitió la pregunta por teléfono y afirmó con la cabeza.

—Hágale pasar. Quédese aquí y no deje de tomar nota de todo lo que se diga. Que no se le escape ni una palabra. Es posible que él no tergiversar deliberadamente, mis palabras al citarlas más adelante; pero esta es una de esas situaciones en que puede depender mucho de estar bien preparado.

Ella asintió con la cabeza y se dirigió a la puerta que conducía al despacho exterior. Mason se puso en pie y aguardó, con los puños apoyados en el borde de la mesa.

Della Street abrió la puerta y se echó a un lado. Hamilton Burger, individuo de anchas espaldas, cuello de toro y bigote recortado, entró en el cuarto y dijo afablemente:

—Buenas tardes, Mason.

Perry Mason le saludó con un cauteloso movimiento de cabeza y dijo:

—Síntese. ¿Es ésta una visita oficial o social?

—Yo creo que va a ser social —dijo Burger.

Mason le ofreció cigarrillos, Burger, aceptó uno, lo encendió, dirigió una sonrisa a Della Street que se había colocado al otro extremo de la mesa.

—No será necesario copiar taquigráficamente lo que voy a decir —observó.

Mason dijo:

—Va a ser necesario copiar lo que yo no voy a decir, y, la única manera en que puede usted estar seguro de lo que yo no he dicho, es teniendo una reproducción exacta de lo que dije, *al pie de la letra*.

El fiscal escudriñó al abogado.

—Escuche, Mason; he estado tomando informes de usted.

—Eso no me sorprende.

—He averiguado que tiene, usted fama de ser muy «truquista».

Mason contestó con cierto aire de reto:

—¿Vino usted aquí a discutir mi reputación?

—Hasta cierto punto, sí.

—Bueno, pues discútalas; pero tenga mucho cuidado con lo que dice.

—Tiene usted fama —repitió Burger—, de ser «truquista» y he averiguado que lo es usted, en efecto; pero yo considero que son «trucos» justificados.

—Celebro que usted lo considere así. Su antecesor no opinaba lo mismo.

—Yo creo que un abogado tiene derecho a hacer uso de cualquier estratagema legítima para conseguir que resplandezca la verdad. He observado que sus estratagemas no tienen por fin el desorientar a los testigos, sino el eliminar todo prejuicio que puedan tener, para que puedan declarar la verdad.

Mason hizo una reverencia y dijo:

—Le daré las gracias cuando haya acabado del todo. La experiencia me ha demostrado que las alabanzas suelen ser preliminar de un bofetón.

—No hay bofetones esta vez. Sólo quiero que comprenda usted mi actitud.

—Si esa es su actitud la comprendo.

—En tal caso, apreciará lo que voy a decir.

—Dígalo.

—Los fiscales de distrito tienen la costumbre de querer obtener fallos condenatorios. Eso es natural. La policía prepara un asunto y se lo larga al fiscal. A él le corresponde conseguir que el acusado sea condenado. Es más, la reputación del fiscal de distrito está en relación directa con el tanto por ciento de condenas que obtenga, con el número de causas falladas.

Mason dijo con exagerada indiferencia:

—Continúe; le estoy escuchando.

—Cuando yo acepté este cargo —dijo Burger—, quería ser concienzudo. Me inspira horror el acusar a una persona inocente. El trabajo de usted me ha causado impresión. Con toda seguridad no estará usted de acuerdo con la conclusión que he sacado.

—¿Qué conclusión es ésta?

—Que es usted mejor detective que abogado y eso no es desmerecer su habilidad legal. Su técnica ante el tribunal es ingeniosa; pero está basada en que, primeramente, usted ha hallado la solución exacta del caso. Cuando recurre usted a «trucos» o estrategias poco ortodoxos como parte de su técnica en la sala, soy contrario a ellos; pero cuando usa usted esas estrategias para lograr encontrar la solución de un misterio, soy partidario de éstas. Yo tengo las manos atadas. No puedo recurrir a tácticas no ortodoxas y espectaculares. A veces quisiera poder hacerlo, cuando creo que un testigo me está diciendo una mentira acerca de la identidad de un criminal.

Mason dijo lentamente:

—Puesto que está usted siendo franco conmigo, cosa que nunca ha sido ningún otro fiscal de distrito, seré yo franco con usted, cosa que, por cierto, tampoco me he preocupado en serlo con ningún otro fiscal de distrito. Yo no le pregunto a un hombre si es inocente o culpable. Cuando empiezo a representarle, acepto su dinero y me encargo de su defensa. Culpable o inocente, tiene derecho a su día ante el tribunal; *pero si* yo averiguara que uno de mis clientes era, verdaderamente, culpable de asesinato sin tener justificación legal ni moral, obligaría a mi cliente a declararse culpable y confiar en la clemencia del tribunal.

Burger movió afirmativamente la cabeza.

—Me figuraba que obraría usted así, Mason —dijo.

—Fíjese bien en lo que digo —le advirtió Mason—: que no estuviese moral o legalmente justificado en matar. Si una persona está justificada, moralmente, en haber matado, salvaré a dicha persona de la ley si me es posible hacerlo.

—En este punto —dijo Burger—, no puedo estar de acuerdo con usted. Opino que la ley es la única máquina de justificación; pero quiero que comprenda que no tengo prejuicio alguno contra usted y que quisiera tener relaciones amistosas con usted. Por lo tanto, quiero que presente usted a Hazel Fenwick.

—No sé dónde está.

—Eso podrá ser verdad, y, sin embargo, pudiera usted presentarla.

—Le digo que no sé dónde está.

—Usted la hizo desaparecer.

—La mandé a mi despacho.

—El hecho de que lo hiciese es susceptible de ser considerado altamente sospechoso.

—No sé precisamente por qué. *Si usted* hubiese sido el primero en llegar al lugar del crimen, hubiera encontrado muy natural enviarla a su despacho para poder obtener una deposición.

—Yo soy un funcionario público y es mi deber investigar asesinatos.

—Eso no impide que pueda yo hacer una investigación por cuenta de mi cliente, me parece a mí.

—Eso depende de cómo la haga.

—No existe el menor misterio acerca de cómo la hice en esta ocasión. Hice lo que hice en presencia de testigos.

—¿Qué ocurrió después de eso?

—Hazel Fenwick cogió mi coche y desapareció.

—Tengo motivos para creer —afirmó Burger— que la vida de esa mujer está en peligro.

—¿En qué se funda para creer eso?

—Ella es la única persona que puede identificar al asesino.

—No al asesino —contestó Mason—; al hombre que salió del cuarto.

—Son una misma persona.

—¿Lo cree usted así?

—Es lógico.

—Nada es lógico hasta que ha quedado demostrado.

—Bueno, pues expresémoslo de la siguiente manera, entonces: es cuestión de opinión. Usted tiene derecho a la suya y yo tengo derecho a la mía. Por lo menos, el hombre ese *puede ser* el asesino. Ese hombre es peligroso. Yo creo que Hazel Fenwick o ha sido víctima ya de un atentado por parte de él, o lo será.

—Por lo tanto, ¿qué?

—Por lo tanto, quiero meterla en un lugar en que esté segura.

—Y... ¿usted cree que yo puedo decirle dónde está?

—Estoy completamente convencido de ello.

—No puedo decírselo.

—¿No puede o no quiere?

—No puedo.

Burger se puso en pie y dijo lentamente:

—Quería que comprendiese usted mi actitud. Si sus clientes son inocentes, quiero saberlo; pero si cree usted poder hacer una jugarreta como la que ha hecho al ocultar a esa testigo de una causa por asesinato y hacerlo con impunidad, está usted loco.

—Le digo a usted que no sé dónde está.

Burger abrió de un tirón la puerta del corredor e hizo una pausa para largar el ultimátum.

—Tiene usted cuarenta y ocho horas —dijo— para cambiar de opinión. Esa es mi última palabra.

Se cerró la puerta.

Della Street miró con aprensión al abogado.

—Jefe —dijo—, tiene usted que hacer algo respecto a esa mujer.

Mason afirmó con la cabeza, pensativo. Luego se echó a reír y dijo:

—Puedo hacer muchas cosas en cuarenta y ocho horas, Della.

Capítulo XI

En los ojos de Paul Drake se leía la falta de descanso.

—Cuando un detective se pone a rebuscar en la vida de la gente —dijo—, encuentra esqueletos escondidos.

Mason asintió, pensativo.

—¿De quién se trata esta vez, Paul? —preguntó.

—De Hazel Fenwick.

El abogado hizo una seña a Della para que empezara a tomar notas.

—¿Qué hay de ella? —inquirió—. ¿Sacó usted algo en limpio de esas huellas digitales?

—Vaya si saqué. Saqué diez huellas digitales perfectas, aproveché una serie de influencias para conseguir lo que deseaba y averigüé todo lo que hay que saber de ella.

—Así, pues, ¿está fichada?

—Sí, señor; se la cree un Barba Azul femenino.

—¿Un qué?

—Un Barba Azul femenino.

—Bueno, desembuche.

—La policía no tiene pruebas concretas; pero esa mujer se casa, sus maridos se mueren y ella hereda sus bienes.

—¿Cuántos maridos?

—No he podido averiguarlo. La policía no está segura; pero tiene sospechas bastante fuertes. Uno de sus maridos tenía arsénico en el estómago. Iniciaron una investigación. Exhumaron a otro marido y encontraron más arsénico. La detuvieron, la ficharon, la interrogaron y no averiguaron nada. Mientras andaban buscando más datos contra ella, algún amigo bondadoso le consiguió pasar un par de sierras. Serró los barrotes de la cárcel de la provincia donde la tenían encerrada, y desapareció.

Mason emitió un silbido de sorpresa y dijo:

—¿Tiene algún marido vivo?

—Sí; un tal Esteban Chalmers. Se casó con ella y luego la abandonó dos días después de la boda. No tuvo ella ocasión de alimentarle con arsénico.

—¿Sabía algo de sus antecedentes?

—No; creo que mintió acerca de su fortuna cuando se casaron. Ella averiguó la verdad y hubo un escándalo bastante grande. Chalmers la llamó una cazadora de fortunas y la dejó. No la ha vuelto a ver desde entonces.

—¿Está usted seguro de la identificación?

—Sí; conseguí sacar una copia de la fotografía que lleva Ricardo Basset entre las tapas de su reloj.

—No sabía yo que existiese fotografía alguna.

—Tampoco lo sabe la policía. Basset tiene la única fotografía que hay. Y no ha dicho una palabra de ella.

—¿Cómo la consiguió usted?

—Oh, me figuré que probablemente tendría alguna, conque hice de ratero y le vacié el bolsillo. Abrí el reloj, saqué una fotografía de la foto que encontré dentro y la comparé con los retratos que hay en los ficheros de la policía.

—Y... ¿Chalmers identificó el retrato?

—Sí; el que había sacado del reloj de Basset. No le enseñé los de la policía porque no quería que se enterase de que la muchacha tenía antecedentes penales.

Mason dijo lentamente:

—Oiga, Paul: ¿cree usted poder conseguir de Chalmers que me permita obtenerle un divorcio si no le cuesta nada?

—Seguro. Sólo que eso pudiera despertar sospechas. Quiere casarse, de todas formas. Que le dé a usted un pagaré de cien dólares. Es un tío de cuidado y no redimirá el pagaré; eso es seguro.

—Bueno; mándemelo. Dígale que usted puede arreglar las cosas.

—Pero... ¿por qué quiere usted que se divorcie?

—Voy a preparar una jugarreta.

—¿De qué?

—La cosa más difícil de describir en este mundo es una mujer. Fíjese en la descripción de Hazel Fenwick que la policía ha dado a los periódicos. Estatura, un metro cincuenta y cinco; peso, ciento

trece libras; edad, veintisiete años; ojos y cutis morenos. Cuando se la vio la última vez, llevaba un traje de hechura sastre, color castaño y zapatos y medias del mismo color.

—¿Y qué? —inquirió Drake.

—Muy poca gente ha visto a esa mujer. Apareció en escena misteriosamente. Es evidente que Ricardo Basset la cortejó clandestinamente por decirlo así. La descripción es lo único que nadie tiene para conocerla y esa descripción le iría bien a cualquier mujer morena de veintitantos años.

—¿Bien?

Mason cogió a Della del brazo y se la llevó a un rincón, lejos del detective, y le dijo en un susurro:

—Vaya a una agencia de colocaciones y busque una joven de unos veintisiete años de edad, de un metro cincuenta y cinco de estatura aproximadamente, ojos y cabellos oscuros, que pese unas ciento trece libras y tenga hambre. Si lleva un traje de hechura sastre, color castaño y zapatos y medias del mismo color, tanto mejor. Si no lo tiene, vístala de esa manera y asegúrese de que tenga hambre.

—¿Cuánta hambre?

—Lo bastante para que no discuta cuando vea dinero contante y sonante.

—¿Irá a la cárcel?

—Es posible; pero no estará mucho tiempo. Y se le pagará compensación si la encierran. Aguarde unos instantes antes de irse, Della. Tengo otro par de cosas que encargarle.

Volvió al lado del detective y dijo:

—Paul, usted está en bastante buenas relaciones con los periodistas, ¿no?

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Lárguele a uno de sus amigos periodistas cincuenta dólares. Pídale que fotografíe a todo el mundo en casa de Basset. Que diga que necesita las fotografías para su periódico. ¿Cree usted poder conseguirlo?

—Ya lo creo. Eso es sencillo.

—Bueno; pero quiero que los retratos se hagan en un sitio determinado.

—¿En qué sitio?

—Quiero que cada uno se siente en el sillón en que estaba sentado Basset cuando le mataron. Quiero que estén en primeros términos para que se vea claramente la expresión del rostro de cada uno de ellos.

—¿Por qué en ese sitio precisamente?

—Eso es un secreto —contestó Mason, sonriendo.

—Es bastante oscuro ese cuarto.

—A primera hora de la mañana no. Haga sacar esas «fotos» entre nueve y diez de la mañana. Que los retratados se pongan de cara a la ventana oriental. A esa hora entrará el sol por ella.

El detective sacó su libro de notas.

—Conforme —dijo—. Hay Overton el chófer, Colemar, esa mujer Brite, Ricardo Basset y ¿quién más?

—Cualquier otra persona que tuviera acceso a la casa la noche del asesinato.

—¿Sentados a la mesa?

—Sentados a la mesa y mirando a la ventana.

—¿Quiere primeros términos?

—Sí.

—De acuerdo. Parece una chaladura; pero lo haré.

Sonó el teléfono. Della descolgó el auricular y dijo:

—¡Diga!

Entregó el teléfono a Perry Mason en seguida, diciendo en voz baja:

—Es Enrique McLane. Quiere hablar con usted personalmente.

Mason hizo una seña a Paul para que se retirara y dijo:

—Mason al habla.

La voz de Enrique McLane sonaba aguda de excitación.

—Oiga —dijo—; he sido un perfecto idiota. Me estaban usando como instrumento y no me he dado cuenta de ello hasta ahora. Ahora comprendo lo imbécil que he sido. Le voy a contar a usted todo el asunto, de pe a pa.

—Bueno; venga aquí. Le estaré aguardando.

—No puedo. No me atrevo.

—¿Por qué no?

—Me están vigilando.

—¿Quién?

—Eso forma parte de la historia que he de contarle en cuanto le

vea.

—Bueno, y ¿cuándo voy a verle a usted?

—Tendrá que venir a verme. No me atrevo a ir a su despacho. Le digo que me están vigilando y, el ir a verle, me costaría la vida. Ahora escuche. He tomado un cuarto en el Hotel Maryland con el nombre de Jorge Purdey. Ocupo la habitación 904. No pregunte por mí abajo. Entre en el hotel, coja el ascensor y baje por el corredor. Si hay alguien en el pasillo, no titubee al pasar por delante de mi cuarto. Siga adelante como si fuera usted buscando otra habitación. Si no hay nadie en el pasillo, abra la puerta y entre. No echaré la llave. No llame.

—Oiga —respondió Mason—; dígame una cosa más. ¿Quién es el cómplice? ¿Quién...?

—No; no le diré a usted una palabra por teléfono. Le he dicho demasiado ya. Si quiere venir, venga. Si no quiere, ¡váyase al cuerno!

Se oyó el golpe con que el muchacho colgó el auricular.

Perry Mason miró lentamente a Della Street y luego a Paul Drake.

—Tengo que salir.

—¿Podré encontrarle —inquirió su secretaria—, si ocurriera algo importante?

Mason vaciló unos instantes, luego escribió en una hoja de papel las palabras: «Hotel Maryland, cuarto 904. Jorge Purdey». Dobló el papel, lo metió en un sobre que cerró y se lo entregó a la muchacha.

—Si no llamo a usted por teléfono antes de un cuarto de hora —dijo—, abra este sobre. Usted, Paul, irá entonces a buscarme a esas señas. Y no olvide de llevarse la pistola. Cogió el sombrero y se dirigió a la puerta.

Capítulo XII

Perry Mason paró el coche cerca del bordillo a una manzana y media del Hotel Maryland. Permaneció sentado al volante, fumando un cigarrillo y mirando a uno y otro lado de la calle cosa de quince o veinte segundos antes de abrir la portezuela y apearse.

No se dirigió derecho al hotel, sino que dio la vuelta a la manzana y se acercó al mismo por una puerta lateral.

Había un dependiente de servicio tras un mostrador. Mason pasó por delante de él y se acercó a otro mostrador donde se expendía tabaco. Escogió un paquete de cigarrillos, contempló la cubierta de una revista, se dirigió a uno de los ascensores y entró en el preciso momento en que el botones se disponía a cerrar la puerta.

—Al piso decimoprimer —dijo.

Se apeó en dicho piso, bajó por la escalera hasta el piso noveno y aguardó hasta asegurarse de que el pasillo estaba desierto antes de internarse por él. Se dirigió a la puerta del 904, abrió sin llamar, entró en el cuarto y cerró la puerta tras sí.

Estaban corridas las cortinas. Alguien había sacado los cajones de la cómoda. Habían abierto una maleta y su contenido estaba diseminado por el suelo. El cuerpo de un hombre yacía, de bruces, sobre el lecho, la mano izquierda colgaba hasta el suelo; la cabeza estaba ladeada; la mano derecha doblada bajo el pecho.

Mason, cuidando de no tocar nada, dio la vuelta a la cama, de puntillas, se dejó caer de rodillas y se inclinó hacia delante para poder ver por debajo de la parte del cuerpo que colgaba fuera del lecho.

Vio que la mano derecha del hombre asía la empuñadura de un cuchillo que tenía clavado en el corazón. Las facciones contraídas eran las de Enrique McLane.

Mason procedió con extraordinaria cautela. Se retiró un par de

pasos yladeó la cabeza para escuchar. Metió el pulgar y el índice en el bolsillo del chaleco y sacó uno de los ojos de cristal que le había conseguido Drake. Limpió el ojo con el pañuelo para que no tuviera huellas digitales, se acercó a un lado de la cama, se inclinó e introdujo el ojo de cristal entre los dedos de Enrique McLane. Se dirigió, de puntillas, a la puerta, limpió el pomo interior con el pañuelo, abrió la puerta, salió al corredor, limpió apresuradamente el pomo exterior y cerró la puerta tras sí.

Fue a la escalera, subió hasta el piso decimotercero, tocó el timbre llamando al ascensor y le bajaron al vestíbulo. Entró en una cabina telefónica, llamó a su despacho y dijo:

—Bueno, Della; ya puede usted quemar ese sobre, no lo necesita.

Dejó el hotel, pasó por un callejón a la calle en que había dejado el coche, y, antes de salir al callejón, miró de un lado a otro de la calle.

Vio un coche de la policía parado a unos quince metros de su coche. Había dos hombres en el automóvil, arrellanados cómodamente, como si estuviesen preparados para esperar un buen rato.

Estaban vigilando el coche de Mason.

El abogado contrajo las pupilas y volvió a internarse por el callejón. Mientras se hallaba allí, otro coche dobló la esquina y se detuvo frente al de la policía. El sargento Holcomb, de la Brigada Criminal, saltó del asiento del conductor y habló en voz baja con los dos hombres.

Perry Mason se volvió bruscamente y deshizo lo andado hasta llegar a la otra calle. Caminó rápidamente hacia el hotel, entró y se dirigió al conserje.

—No quiero que se propague la noticia; pero ando buscando a un tal Enrique McLane. Me han dicho que está en este hotel. ¿Quiere usted ver si es verdad?...

El conserje consultó el registro de viajeros y movió negativamente la cabeza.

—Es raro —murmuró Mason—; me habían dicho que estaría aquí. Me llamo Perry Mason. Voy al comedor a tomar algo. Si se presentara ese individuo aquí, haga el favor de avisarme con un botones. Pero no le diga que le ando yo buscando.

Pasó al comedor y pidió un bocadillo y una botella de cerveza.

Cuando le sirvieron, pagó y se empeñó en darle a la camarera una propina de medio dólar. Consumió el bocadillo que había pedido. Salió, se situó cerca de la puerta del comedor y se quedó ahí, mirando hacia el vestíbulo.

El sargento Holcomb estaba en un rincón, detrás de un tiesto que tenía una palmera.

Mason volvió al comedor y se dirigió al teléfono público que había cerca de la caja. Metió una moneda y llamó a la Jefatura Superior de Policía.

—Quiero hablar con el sargento Holcomb —dijo.

—El sargento Holcomb no está.

—¿Hay alguien que pueda tomar un mensaje para él?

—¿De qué se trata?

—De algo que ha surgido en un asunto en el cual estoy trabajando.

—¿Quién habla?

—El abogado Perry Mason.

—¿Qué mensaje es éste?

—Dígale que venga al Hotel Maryland en cuanto le vea. Dígale que le estoy esperando allí.

Colgó el auricular.

Echó otra moneda y llamó al despacho del fiscal del distrito.

—El abogado Perry Mason al habla —dijo—. Quiero hablar con Hamilton Burger para un asunto de considerable importancia... No; no quiero hablar con ninguna otra persona. Ha de ser con el señor Burger personalmente. Dígale que le llamó el señor Mason.

Después de unos segundos oyó la voz de Burger, tranquila, dulce; pero alerta.

—¿Qué ocurre, Mason?

—Estoy en el Hotel Maryland, Burger. Me dijo que viniera aquí una persona que me avisó por teléfono y que no quiso darme su nombre. Se me dijo que Enrique McLane estaba aquí y que estaba dispuesto a hablar. He preguntado al conserje y McLane no figura en el registro de viajeros. Tengo una idea de que llegará de un momento a otro. La voz del que me avisó daba a entender que sabía lo que se decía.

»McLane fue empleado de Basset. Y, al propio tiempo, da la casualidad que es cliente mío en otro asunto...

—Sí; ya estoy enterado de ese asunto, Mason —dijo Burger—. No es necesario que me lo explique.

—Eso simplifica las cosas. Podría usted comprender así que McLane tal vez pudiera darnos datos interesantes si quisiera.

—«Si quisiera», tiene usted muchísima razón. ¿Qué quiere que haga?

—Me encuentro en una situación un poco rara en este asunto. Hasta cierto punto, soy abogado de McLane. Por lo tanto, si piensa hablar, quisiera que hubiera algún representante de usted aquí cuando hablase. He llamado por teléfono al sargento Holcomb de la Brigada Criminal; pero no he podido dar con su paradero.

Hubo un momento de silencio. Luego dijo Burger:

—¿Está usted en el Maryland ahora?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo lleva usted allí?

—Ya hace rato. Estuve esperando a McLane y no apareció. Comí y luego llamé por teléfono al sargento Holcomb.

—Bueno —dijo Burger lentamente—; mandaré un hombre si usted cree que la cosa va en serio. Pero tenga usted entendida una cosa: desde el momento en que llegue mi subordinado, es el ministerio fiscal quien se hace cargo del asunto.

—No hay inconveniente alguno por mi parte.

—Gracias por avisarme —dijo Burger.

Y cortó la comunicación.

Mason colgó el auricular, encendió un cigarrillo, abrió la puerta del comedor y salió al vestíbulo, teniendo buen cuidado de no mirar hacia el rincón en que se hallaba el sargento Holcomb, con un pie en el tiesto, el codo apoyado en la rodilla doblada y un cigarrillo entre los dedos.

Mason se acercó al mostrador y preguntó al conserje:

—¿No se ha presentado McLane aún?

—No.

Mason tomó asiento. Estiró las piernas, se arrellanó cómodamente y fumó con placidez.

Cuando se hubo fumado las tres cuartas partes del cigarrillo, se acercó de nuevo al conserje y dijo:

—Oiga, siento mucho molestarle tanto; pero, a lo mejor, ese McLane ha dado un nombre supuesto. Es un muchacho joven de

unos veinticuatro o veinticinco años, con lentes de marco de concha. Tiene unos cuantos granos en la cara, viste bien, tiene el cabello de un color rojizo claro y pecas en el dorso de las manos. Estaba pensando si...

El empleado dijo:

—Un momento. Llamaré al detective del hotel.

Oprimió un botón y, un momento después, se presentó un hombre de mirada dura e intolerante, que miró a Mason con muy poca cordialidad.

—El señor Muldoon, nuestro detective —dijo el conserje.

—Ando buscando a un individuo cuyo verdadero nombre es Enrique McLane —explicó el abogado—; pero que puede haber usado aquí nombre supuesto. Tiene veinticuatro o veinticinco años, con granos en la cara. Su cabello es rojo claro y tiene pecas en el dorso de las manos. Es esbelto y viste bien. La última vez que le ví, llevaba un traje azul oscuro, con rayas blancas, y sombrero de fieltro gris. ¿Le recuerda usted, por casualidad?

—¿Para qué le busca?

—Quiero hablar con él.

—Pero... ¿no sabe qué nombre ha dado aquí?

—No.

—¿Cómo sabe usted que está aquí?

—Me lo dijeron.

—¿Quién se lo dijo?

—Me parece a mí que eso no es cuenta de usted.

—Hace falta tener frescura —dijo el detective—, para venir aquí a insinuar que uno de nuestros clientes es un criminal.

—Yo no he insinuado tal cosa.

—Insinué que había usado nombre supuesto.

—Un hombre puede usar nombre supuesto por muchas razones.

—Bueno, ¿y si desembuchara la verdad? Está usted ocultando algo. ¿Quién es? ¿Qué quiere...?

Se oyó rumor de pasos tras ellos. Muldoon alzó la cabeza, se quedó unos instantes mirando con sorpresa y luego sus labios se entreabrieron en una sonrisa.

—¡El agente Holcomb! —exclamó—. Hace mil años que no le veía a usted.

Perry Mason giró bruscamente sobre los talones, fingiendo un

sobresalto de sorpresa.

—He estado intentando llamarle —dijo.

—¿Desde dónde? —preguntó el sargento.

—Desde aquí... desde el hotel.

—¿Qué quería usted de mí?

—Quería hablarle de un aviso que me dieron; un aviso que parece importante.

—¿Qué aviso era ése?

—Que Enrique McLane estaba en este hotel y que quería hablar.

—Bueno, y ¿le ha visto usted?

—Dicen que ese nombre no consta aquí, en el registro.

—¿Qué le pasaba con el detective de la casa?

—Describió a un individuo —dijo Muldoon— y quería averiguar si se hallaba en este hotel con el nombre supuesto.

El sargento Holcomb miró fijamente a Muldoon.

—Y... ¿está?

—Creo que sí.

—¿Con qué nombre?

—El de Jorge Purdey. Tiene el cuarto 904. Vino hará cosa de hora y cuarto. Me extrañó su expresión y por eso me fijé en él.

El sargento se volvió a Perry.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí, Mason?

—Bastante rato.

—¿Qué ha estado haciendo?

—He estado esperando a que apareciera Enrique McLane. Creí que había llegado yo aquí antes que él. Me dijeron que iba a venir a este hotel y que estaría dispuesto a hablar.

—¿Dice usted que me llamó por teléfono?

—Sí; quería que hubiese alguna autoridad delante cuando hablase, es decir, si es que pensaba hablar.

—¿De qué iba a hablar?

—De algo del asunto Basset. No sé exactamente de qué.

—Escuche; a mí no me engaña usted ni pizca. Ni me llamó por teléfono ni tenía la menor intención de telefonarme. Lleva usted aquí más de media hora. ¿Qué ha estado haciendo?

—Estuve en el comedor.

—Comiendo, seguramente, porque tendría usted demasiado apetito para esperar.

Mason dirigió una mirada suplicante al conserje.

—Así es, en efecto —dijo éste—. Aseguré que iba a entrar en el comedor.

—El sitio a que este pájaro dice que va a ir y el sitio a que va no son siempre el mismo —observó el sargento Holcomb.

Asió a Mason del brazo y le empujó hacia el comedor.

—Vamos, amigo —dijo—; si puede usted señalar a la muchacha que le sirvió, voy a pedirle a usted mil perdones hasta por escrito.

Mason se quedó parado en la puerta, mirando a su alrededor con incertidumbre.

—Lo siento —dijo—; pero no puedo hacerlo, sargento. Rara vez me fijo en las camareras, ¿sabe? Sé que era una joven con uniforme azul.

El sargento soltó una risa burlona.

—Todas llevan uniforme azul —dijo—. Es tal como yo me figuraba, Mason. A mí no se me engaña tan fácilmente.

—Aguarde un momento —dijo el abogado—; esa muchacha de allá no me parece desconocida.

El sargento hizo una seña para que se acercara.

—¿Sirvió usted a este hombre hace unos minutos? —inquirió.

Ella movió negativamente la cabeza.

Holcomb volvió a reír en son de burla.

La camarera que había servido a Mason se adelantó.

—Yo soy quien le sirvió —dijo.

El rostro de Mason se iluminó de repente.

—Es verdad —dijo—; usted es. Lo siento, pero no la recordaba a usted bien. Estaba algo preocupado en aquel momento, ¿sabe?

—Pues lo que es yo le recuerdo a usted perfectamente. Me dio una propina de medio dólar por servirle un bocadillo y una cerveza. No me dan propinas de medio dólar por servir bocadillos y cerveza con tanta frecuencia que se me olvide la persona que me la da.

El semblante del sargento expresaba sorpresa y consternación.

La cajera, que había oído la conversación, dijo:

—¡Hombre! ¡Si yo me acuerdo de este caballero! Pagó y luego usó el teléfono para hacer dos llamadas.

—¿A quién llamó?

—A un sargento Holcomb de Jefatura y al despacho del fiscal del distrito. Creí que era detective y escuché la conversación.

—¡Al despacho del fiscal! —exclamó Holcomb.

—Sí —repuso la camarera—; llamó al fiscal del distrito porque el sargento Holcomb no estaba. Le pidió que le mandara un hombre que presenciara la entrevista que iba a celebrar con un tal McLane que era testigo de no sé qué.

El sargento Holcomb dijo lentamente:

—Esta... vez... sí... que me ha... fastidiado.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió Mason—. ¿Hablamos con Enrique McLane?

—Yo hablaré con Enrique McLane —contestó el sargento—; usted aguardará en el pasillo.

Empujó a Mason hacia el ascensor.

—Al piso noveno —dijo.

Llegaron al piso noveno y Mason, saliendo apresuradamente del ascensor, empezó a andar en dirección opuesta a la que debía. Luego, echando una mirada a los números de las habitaciones, se detuvo, dio media vuelta y bajó por el corredor hacia el 904. Holcomb le asió de la manga y le echó para atrás.

—Yo seré quien hable con él —dijo—; usted vaya detrás de mí.

Se paró ante el 904 y llamó suavemente. Al no recibir contestación, volvió a llamar; luego hizo girar el pomo de la puerta y la abrió. Entró en el cuarto y le dijo a Perry por encima del hombro.

—Aguarde usted aquí fuera.

La puerta se cerró.

Mason se quedó inmóvil.

De pronto volvió a abrirse la puerta. El rostro pálido y excitado de Holcomb miró a Perry.

—¿Va a hablar? —preguntó el abogado.

—No —contestó el sargento, sombrío—; no va a hablar. Usted es un hombre muy ocupado, Mason. ¿Por qué no se vuelve usted a su despacho? Yo me encargaré de las cosas aquí.

—Pero —contestó Mason—, es que yo quiero ver a McLane.

Un gesto de impaciencia contrajo el rostro del otro.

—Usted —dijo—, se largará con viento fresco de aquí antes de que me enfade del todo. Esta es una investigación que pienso hacer antes de que su mano maestra manipule las pruebas y haga desaparecer a los testigos.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Mason sin moverse.

—Ocurrirá si no se larga usted pronto.

Mason se volvió con dignidad y dijo:

—La próxima vez que tenga un aviso que darle, procuraré que no se entere siquiera.

El sargento Holcomb, en lugar de contestar, volvió a meterse en el cuarto y se encerró con llave.

Mason se fue derecho a su automóvil, se dirigió a la oficina, entró en el despacho de Della Street y dijo:

—Escuche, Della; tenemos que trabajar aprisa.

Se interrumpió al salir una figura de las sombras. Peter Brunold, sonriendo, se levantó de su asiento y le tendió la mano.

—Le felicito —dijo.

La sorpresa inmovilizó al abogado.

—¡Usted! —exclamó—. ¿Qué diablos hace fuera de la cárcel?

—Me pusieron en libertad.

—¿Quién?

—La policía... El sargento Holcomb.

—¿Cuándo?

—Hace cosa de hora y media. Creí que ya estaba usted enterado. Hizo usted una petición de *Habeas corpus*. No querían formular una acusación contra mí de momento conque me pusieron en libertad.

—¿Dónde está Sylvia Basset?

—No lo sé. Creo que está en el despacho del fiscal. La están interrogando.

—Con toda seguridad, la mayor desgracia de su vida es que le hayan puesto en libertad. Váyase de aquí. Diríjase a un hotel, inscríbese con su nombre verdadero, telefonee al fiscal y dígame dónde está.

—Pero... ¿por qué —preguntó Brunold— he de telefonear al fiscal del distrito? Él no...

—Porque le digo yo que lo haga —le interrumpió Mason con ira—. ¡Maldición! Haga usted lo que le mando. Los segundos son preciosos... los minutos pueden ser fatales. ¡En marcha! Yo creí que estaba usted seguro en la cárcel. Y ahora, de un momento a otro...

La puerta se abrió. Entraron dos hombres sin llamar. Uno de ellos miró a Brunold e hizo un gesto expresivo, en dirección a la puerta.

—Vamos, amigo —dijo—. En marcha.

—¿A dónde? —inquirió Brunold.

—Somos del ministerio fiscal. El jefe quiere verle ahora mismo y esta vez hará falta algo más que una petición de *Habeas corpus* para sacarlo de la cárcel. Su amiga, la señora Basset, ha dado unos informes al fiscal. Tenemos un mandato judicial para detenerle a usted. Ella ya está detenida.

—¿De qué se le acusa? —preguntó Mason.

—De asesinato.

—Brunold —aconsejó Mason—, no conteste a pregunta alguna. No les deje...

—¡Narices! —contestó uno de los hombres, asiendo a Brunold y empujándolo hacia la puerta—. Va a contestar preguntas acerca de dónde ha pasado la última hora y media. De lo contrario, se le acusará de asesinato *doble*.

—¿Doble? —exclamó Brunold.

—Sí —contestó el hombre—; cada vez que sale usted de la cárcel hay una epidemia de muertos con ojos de cristal en la mano. Vamos; ¡en marcha!

La puerta se cerró de golpe tras ellos.

Della Street dirigió a Perry una mirada interrogadora.

Mason cruzó el despacho con paso rápido, abrió la puerta de la caja de caudales y sacó la caja que contenía los ojos de cristal. Se dirigió al armario ropero y sacó un almirez de hierro y su correspondiente mano. Uno a uno fue dejando caer dentro los ojos de cristal y haciéndolos polvo impalpable.

—Della —dijo—; encárguese de que no me moleste nadie.

Capítulo XIII

Perry Mason estudió a la joven morena, de ojos oscuros, que le miraba desde el otro lado de la mesa con algo de desafío.

A un lado y ligeramente detrás de ella, Della Street miraba al abogado con ansiedad. Existía cierto parecido superficial entre las dos mujeres.

—¿Servirá? —inquirió la secretaria.

Perry miró a la muchacha en silencio.

—¿Su nombre? —dijo por fin.

—Telma Bevins.

—¿Edad?

—Veintisiete.

—¿Profesión?

—Secretaria.

—¿Lleva mucho tiempo sin trabajo?

—Sí.

—¿Está usted dispuesta a hacer lo que se le presente?

—Eso depende de lo que se trate.

Perry Mason guardó silencio. La joven se cuadró de hombros, alzó la cabeza y dijo:

—Sí, estoy dispuesta. Y me tiene sin cuidado lo que sea.

—Eso está mejor.

—¿Me quedo con el empleo?

—Creo que sí, si está usted dispuesta a hacer lo que yo le diga.

¿Es usted capaz de seguir instrucciones?

—Eso depende de las instrucciones; pero puedo probar si acierto.

—¿Sabe usted guardar silencio si es necesario?

—¿Quiere usted decir que no diga nada?

—Sí.

—Creo que sí.

—Quiero —dijo Perry Mason— que tome un aeroplano y se marche a Reno. Quiero que alquile allí un piso a nombre de Telma Bevins.

—¿He de alquilar un piso a mi nombre?

—Sí.

—¿Qué he de hacer luego?

—Se queda usted allí hasta que se presente un hombre a entregarle una citación.

—¿Qué clase de citación?

—Para que acepte usted la iniciación de los trámites de un divorcio.

—Y luego... ¿qué?

—El hombre en cuestión le preguntará si se llama Hazel Basset, conocida también por el nombre de Hazel Fenwick y, anteriormente, por el de Hazel Chalmers.

—¿Qué hago yo?

—Contestar que se llama Telma Bevins; pero que estaba esperando esos documentos y que los tomará y aceptará la citación.

—¿Hay algo ilegal en eso?

—Claro que no. Son documentos que prepararé yo y que puede usted esperar. Ya sabe que se los van a presentar porque se lo estoy diciendo yo ahora.

Ella movió afirmativamente la cabeza y dijo:

—¿Eso es todo?

—No; eso no es más que el principio.

—¿Cuál es el final?

—Será usted detenida.

—¿Encarcelada quiere usted decir?

—No encarcelada; pero sí detenida para ser interrogada.

—Y... ¿qué hago entonces?

—Entonces es cuando empieza la parte difícil. Usted no abra la boca.

—¿No les he de decir una palabra?

—Ni una sola palabra.

—¿Exijo algo?

—No; límitese a callar. La interrogarán una y mil veces. La fotografiarán los periódicos. Le suplicarán y rogarán. La

amenazarán; pero usted debe guardar silencio. Sólo dirá una cosa y ésa la repetirá continuamente.

—¿Qué?

—Que se niega usted a salir del Estado de Nevada hasta que un tribunal competente haya dado la orden que la obligue a cruzar la frontera del Estado. ¿Entiende usted eso?

—Quiero quedarme en Nevada, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Qué hago para quedarme allí?

—Simplemente negarse a marchar.

—¿Y si me sacan a viva fuerza?

—No creo que lo intenten. Va a haber la mar de publicidad y la mar de periodistas. Si se empeña en permanecer en Nevada hasta que un tribunal ordene su traslado, aguardarán a tener el mandato del tribunal antes de trasladarla.

—Y... ¿eso es todo?

—Eso es todo.

—¿Cuánto recibo por ello?

—Quinientos dólares.

—¿Cuándo los cobro?

—Doscientos ahora y trescientos cuando haya acabado el trabajo.

—¿Y los gastos?

—Yo le proporcionaré el pasaje en aeroplano hasta Reno. Usted se pagará el piso de su bolsillo.

—¿Cuándo salgo?

—Ahora mismo.

Ella movió negativamente la cabeza y dijo, despectiva:

—Ahora mismo no. Cuando tenga esos doscientos dólares saldré a comer; después emprenderé el viaje.

Mason le hizo una seña a su secretaria con la cabeza.

—Dele doscientos dólares, Della —dijo—, y hágale firmar una declaración en la que diga que se dirige a Reno obedeciendo instrucciones mías; que ha de usar su nombre verdadero; que cuando alguien intente entregarle los documentos de una causa de divorcio, ha de decir que no se llama Hazel Fenwick, ni Hazel Basset, ni Hazel Chalmers; pero que aceptará los papeles.

—¿Cuál es el objeto de esa declaración? —preguntó Telma

Bevins.

—Le servirá a usted de protección y a mí también. Hará constar exactamente lo que se le ha ordenado que haga. Sobre todo, no mienta usted. No diga que se llama Hazel Fenwick, ni Hazel Basset. Empéñese siempre en decir que usted es Telma Bevins. Límitese a decir que esperaba usted los documentos y que los acepta. ¿Comprende usted esto?

—Me parece que sí —contestó ella—. Y... ¿recibiré trescientos dólares cuando se haya hecho todo eso?

—Sí.

Se inclinó sobre la mesa y le dio a Perry Mason la mano.

—Gracias —dijo—; lo haré todo bien.

Sonó el timbre del teléfono. Della Street descolgó el auricular, escuchó y miró a Perry Mason.

—Paul Drake, jefe —dijo.

Mason respondió:

—Saque a la señorita Bevins por esa puerta, Della. No quiero que la vea Paul Drake. Puede dar la vuelta y entrar en el despacho por la otra puerta. Dígale a Drake que pase. Yo le entretendré aquí hasta que haya usted acabado con la señorita Bevins. Luego acompáñela hasta el aeródromo. En cuanto llegue a Reno, señorita Bevins, tome ese piso. Estará allí menos de una semana, conqué alquílelo por semanas. Telegráfieme las señas del piso. No firme el telegrama, ¿comprende?

Ella movió afirmativamente la cabeza y Della la condujo a la puerta. Unos momentos después reapareció e hizo pasar a Paul Drake.

—Se me ocurrió asomarme para ver si las cosas marchaban bien —dijo el detective.

—Van bien, Paul.

—¿Ha entrado ya en contacto con Esteban Chalmers?

—Sí; voy a presentar su petición de divorcio hoy.

—Conseguí las fotografías que usted me pidió. Tendré las pruebas listas mañana.

—¿Tuvo alguna dificultad?

—Ni pizca. Fotografiamos a todos los de la casa con una excepción.

—¿Por qué la excepción?

—Colemar —contestó el detective—, era el último en la lista y se olió algo. Quise ahorrarle los cincuenta dólares, ¿sabe Perry? No vi razón para encargar el trabajo a un reportero gráfico. Hice que uno de mis hombres se pasara por reportero del *Journal*. Nos salió divinamente hasta que le tocó la vez a Colemar. Parece ser que Colemar va a hacer de testigo. Acababa de llegar del despacho del fiscal. Les llamó por teléfono y les preguntó si querían, que se dejara retratar. Al parecer, le dijeron que no y que no hiciese nada sin consultar.

—¿Qué dijeron en la oficina del fiscal? —preguntó Mason—. ¿Se olieron algo, también?

—Así parece, porque Colemar colgó el aparato y luego llamó al *Journal*, preguntando por el director. Eso frenó a mi hombre, que cogió la máquina y se largó a toda prisa. ¿Puede arreglarse sin Colemar. Perry?

—Creo que sí... si usted está seguro de que ha de ser testigo de cargo.

—Estoy completamente seguro. Ha estado hablando con el fiscal. Evidentemente le dijo que no diera un paso ni hiciese cosa alguna sin avisarle.

Mason afirmó lentamente con la cabeza y dijo:

—¿Y esas otras fotografías, Paul? ¿Se nota algo raro en ellas en cuanto se refiere a la expresión del rostro?

—Nada que yo haya podido ver. Deles usted un repaso. Overton, al parecer, procuró que no apareciese expresión alguna en su semblante. Edith Brite tenía los labios muy apretados. Ricardo Basset parece en pose para hacerse una fotografía; pero el fotógrafo me dijo que le costó mucho trabajo conseguir que el muchacho conservara la mirada clavada en la máquina. No hacía más que extraviarse e ir a parar a un punto del suelo. ¿Significa eso algo?

—*Pudiera* significar; pero, con toda seguridad, nada significará. Tendré que estudiar el retrato. ¿Y esa Brite...?

Drake le interrumpió en voz baja, diciendo:

—Escuche, Perry: esto puede ser la mar de serio. ¿Se ha enterado de lo de McLane?

Mason movió afirmativamente la cabeza.

—Sí: he oído rumores —contestó—. ¿Qué opina del asunto la policía, Paul? ¿Fue suicidio o asesinato?

—No lo sé; no quieren decir una palabra. Pero lo que a mí me preocupa es el ojo que le encontraron en la mano. Recordará usted que le compré un puñado de ojos de cristal. Perry. Me sentiría mucho mejor si volviera a verlos otra vez.

—¿Por qué?

—Quisiera asegurarme de que no falta ninguno, nada más.

Mason se encogió de hombros.

—Esos ojos Paul, han desaparecido todos ya.

—¿Dónde han ido a parar?

—Eso es lo de menos.

—¿Y si me siguieran el rastro por medio del mayorista?

—Le dije —afirmó Mason—, que no dejara usted rastro.

—A veces no puede uno remediarlo.

—En tal caso, mala suerte.

—Oiga, Perry; usted dijo que me mantendría fuera de la cárcel.

—Aún no está usted en la cárcel, me parece.

El detective se estremeció y dijo:

—Me da el corazón que no tardaré en encontrarme en ella.

Mason dijo lentamente:

—Paul, me parece que será mejor que hagamos que se celebre la causa lo más aprisa posible. El fiscal quiere celebrar el interrogatorio preliminar pasado mañana. Voy a consentirlo.

El detective frunció el entrecejo, preocupado.

—Escuche, Perry, estamos metidos los dos en este asunto. Si...

—Prepare la maleta, Paul —le interrumpió Mason—; va usted a coger el primer aeroplano que salga para Reno.

—¿Para huir del asunto de los ojos?

—No; para entregar un aviso de que se inician los trámites para un divorcio, a Hazel Fenwick, llamada Hazel Chalmers y también Hazel Basset.

Drake emitió un silbido de sorpresa y exclamó:

—¡Conque sabía usted dónde estaba, después de todo!

Mason encendió un cigarrillo.

—Hace usted demasiados comentarios, Paul.

Drake se dirigió a la puerta.

—Voy a preparar la maleta, Perry, pero no olvide una cosa: que prometió usted encargarse de impedir que diera con mis huesos en la cárcel.

Mason hizo un gesto de despedida y tocó el timbre para que se presentara Della Street. Entró ésta en el despacho en el preciso momento en que salía el detective.

Mason aguardó hasta que la puerta se hubiera cerrado.

—Extienda una petición de divorcio, Della —dijo—. El motivo será abandono o deserción. La persona contra quien se pide será descrita bajo el nombre de Hazel Chalmers, conocida también por Hazel Fenwick y, por añadidura, bajo el nombre de señora de Ricardo Basset.

La secretaria le miró, boquiabierta de sorpresa.

—Pero —exclamó— si hace usted la petición así, todos los periódicos de la ciudad se echarán sobre ella como fieras. Siguen las causas de divorcio como noticias de rutina.

Mason afirmó con la cabeza.

—Voy a mandar a Paul Drake a Reno en el aeroplano de la noche —dijo—. Ponga usted en marcha a esa muchacha inmediatamente. Cuando nos telegráfie las señas de su piso, telegraficaremos a Drake para que se la entreguen los papeles allí.

Della Street, que le miraba con curiosidad, observó:

—Muchos de los periodistas saben que Paul Drake se encarga de entregar la mayoría de nuestros avisos en casos de divorcio.

Mason afirmó lentamente con la cabeza.

—Si puedo desarrollar bien este asunto —dijo— saldré de él la mar de bien, pero todo depende del desarrollo. Vaya y prepare esa petición y encárguese de que sea registrada oficialmente.

Capítulo XIV

El juez Kenneth D. Winters, que presidía el tribunal de investigación preliminar, se daba perfecta cuenta de la publicidad que, como un faro, se había enfocado en él.

—Esta —dijo— es la hora fijada para el interrogatorio preliminar de Peter Brunold y de Sylvia Basset, acusados ambos del asesinato de Hartley Basset. Señores, ¿están ustedes preparados para dar principio al interrogatorio preliminar?

—Sí —contestó Perry Mason.

El fiscal Burger movió afirmativamente la cabeza.

Los periodistas prepararon sus libros de notas. El caso era poco menos que único en su género, pues el fiscal del distrito en persona iba a encargarse del interrogatorio preliminar y todos los periodistas que había en la sala sabían que se estaba haciendo historia.

—Jaime Overton —dijo el fiscal—, ¿tiene la bondad de adelantarse y tomar el juramento?

Overton alzó la mano derecha y paseó la mirada por la sala, moreno, saturnino, sardónico y, sin embargo, con un aire de aplomo y distinción que parecía, de alguna forma, colocarle aparte de los otros.

—¿Usted se llama Jaime Overton y estuvo empleado como chófer de Hartley Basset? —preguntó Burger cuando Overton, habiendo tomado el juramento, ocupó el banquillo de los testigos.

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo llevaba usted trabajando en casa del señor Basset?

—Dieciocho meses.

—¿Estuvo usted empleado como chófer durante todo ese tiempo?

—Sí, señor.

—¿En qué trabajaba usted antes de eso?

Perry Mason se levantó de su asiento.

—Sé perfectamente —dijo— que, por regla general, es mala política para un abogado defensor el alegar muchas objeciones técnicas en un interrogatorio preliminar. Es mucho mejor táctica dejar que el fiscal eche sus cartas boca arriba, descubra sus intenciones, preguntando todo lo que se le antoje. También sé que es costumbre del fiscal demostrar únicamente la suficiente causa para retener a los acusados, sin descubrir en absoluto ante el defensor la serie de pruebas que piensa aportar en el momento del juicio definitivo. Ello no obstante, presiento que tal vez hay algo anormal en el caso actual. Por lo tanto, voy a preguntarle al Tribunal y al fiscal si ha de adelantarse algo preguntando la ocupación de este hombre antes de entrar al servicio de Hartley Basset.

—Yo creo que sí, puede adelantarse —respondió Burger.

—En tal caso, no tengo objeción alguna que oponer —anunció Mason, sonriente.

—Conteste a la pregunta —ordenó el juez, dirigiéndose al testigo.

—Era detective.

—¿Detective particular? —inquirió Burger.

—No, señor; me empleaba el gobierno de Norteamérica para investigaciones de índole secreta. Dejé el trabajo del gobierno e ingresé en la sección municipal de la policía, en la Brigada de Detectives. Llevaba muy pocos días desempeñando mi nuevo cargo cuando el señor Basset me abordó y me pidió que aceptara un empleo de chófer en su casa.

Perry Mason se arrellanó en su asiento. Su mirada vagó hacia Peter Brunold; luego se fijó en Sylvia Basset.

El semblante de Brunold carecía de expresión. Sylvia Basset había abierto desmesuradamente los ojos en su sorpresa.

—Durante el tiempo que estuvo usted trabajando a las órdenes de Hartley Basset, ¿tenía alguna obligación aparte de conducir el automóvil? —preguntó Burger.

—Estipularemos —dijo Perry Mason con desprecio— que a este hombre le emplearon para espiar a la esposa de Hartley Basset y

que él procuró congraciarse con su amo dándole cuenta de todo detalle que hiciera parecer necesario dicho espionaje.

Burger se puso en pie de un brinco.

—Señor Juez —tronó—, protesto de semejante táctica por parte del defensor. Está intentando desacreditar al testigo mediante una oferta insultante de estipular una cosa que no puede estipularse.

—¿Por qué no? —inquirió Perry Mason.

—Porque no es cierto. Este hombre es un investigador de buen nombre y...

—Todos ellos son iguales —interrumpió Mason.

El juez dio unos golpes con la maza.

—Caballeros —dijo—: no pienso permitir más discusiones de esta índole. Y usted, señor Mason, se abstendrá de hacer más interpelaciones. Limitará sus comentarios al tribunal y al interrogatorio de los testigos, sin menoscabo, naturalmente, de su derecho a objetar de una manera respetuosa cuando haga el caso.

Perry Mason movió afirmativamente la cabeza, se arrellanó en su asiento y sonrió levemente.

—Señor juez —dijo—: pido mil perdones al Tribunal.

—Prosiga, señor Burger —dijo el juez.

El fiscal respiró profundamente, dominó su ira mediante un esfuerzo, y dijo:

—Conteste a la pregunta, señor Overton. ¿Qué otras obligaciones tenía usted?

—Me empleaba el señor Basset para que le tuviera al tanto de ciertas cosas que ocurrían en su casa.

—¿Qué cosas?

—Me dijo que quería que yo fuese su «escucha».

—¿Fue esa, exactamente, la expresión que empleó?

—Sí.

—Bien; permítame ahora que prepare la base preliminar del interrogatorio. ¿Cuándo vio usted a Hartley por última vez?

—El día catorce.

—¿Estaba vivo?

—Cuando le vi la primera vez en ese día sí.

—La última vez que le vio, ¿estaba vivo?

—No, señor; estaba muerto.

—¿Dónde estaba?

—Yacía en su despacho particular, en el suelo, con una manta y un edredón, doblados, cerca de la cabeza, los brazos extendidos. Cerca de su mano izquierda había un Colt del 38, modelo de policía; cerca de su mano derecha, un revólver Smith y Wesson del calibre 38 también. Este segundo revólver estaba escondido debajo de la manta y del edredón.

—Y... ¿el señor Basset estaba muerto?

—Sí, señor.

—¿Lo sabe usted por sí mismo?

—Sí, señor.

—¿Quién se hallaba presente en el cuarto cuando usted vio el cadáver del señor Basset?

—El sargento Holcomb de la Brigada Criminal, dos detectives cuyos nombres no conozco y un criminólogo que trabaja con la Brigada Criminal. Creo que se llama Shearer.

—¿Observó usted algo en la mano izquierda del cadáver?

—Sí, señor.

—¿Qué?

—Un ojo de cristal.

—¿Fue marcado dicho ojo de cristal en aquel momento y en presencia de usted por alguno de esos señores, para que pudiera ser identificado de nuevo?

—Sí, señor.

—¿Quién lo marcó?

—El señor Shearer.

—¿Qué marca se le hizo?

—Tomó una sustancia negra... tinta o una composición de nitrato de plata... no sé exactamente lo que era, e hizo ciertas señales en la superficie interior del ojo.

—¿Reconocería usted ese ojo si volviera a verlo?

—Sí, señor.

Burger sacó un sobre lacrado, lo abrió, extrajo de él un ojo de cristal y se lo entregó a Overton.

—¿Es éste el ojo?

—Sí, señor; ése es.

—¿Había usted visto este ojo anteriormente? —preguntó Burger. Overton afirmó con la cabeza.

—Sí señor —dijo—; había visto ese ojo antes.

—¿Dónde?

—En poder del señor Basset.

Perry Mason se inclinó hacia delante en su asiento, concentrado, pensativo.

Burger le dirigió una mirada de triunfo.

—¿Quiere usted decir con eso —inquirió— que vio usted ese ojo en poder del señor Basset antes del asesinato?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo antes?

—Veinticuatro horas antes.

—¿Era esa la primera vez —preguntó Burger, espaciando sus palabras para producir el mayor efecto dramático posible con su pregunta— que había visto usted ese ojo de cristal inyectado en sangre?

—No, señor —contestó Overton.

El juez hizo el honor, al testigo, de inclinarse delante y llevarse una mano a la oreja para no perder palabra.

Burger inquirió:

—¿Cuándo vio usted el ojo por primera vez?

—Cosa de una hora antes de verlo en posesión de Basset.

—¿Dónde estaba entonces?

—Un momento —interrumpió Perry Mason—; me opongo a la pregunta por considerarla incompetente, irrelevante e inmaterial, porque da por sentado un hecho que no figura en las declaraciones y que no está demostrado y porque no se ha hecho una base preliminar adecuada.

—¿A qué se refiere su protesta exactamente, señor defensor? —inquirió el juez.

—A que la cuestión de si el ojo que vio en la mano del muerto es el mismo ojo que vio veinticuatro o veinticinco horas antes, según la ocasión a que vaya a referirse su testimonio, es una simple conclusión del testigo. Su Señoría recordará que fue colocada una señal en el ojo *cuando éste fue sacado de la mano del muerto*. El testigo puede dar testimonio ahora e identificar el ojo inyectado en sangre debido a dicha señal. Pero, señor juez, antes del momento en que fue hecha dicha señal en el ojo, lo único que sabe el testigo es que vio un ojo de cristal inyectado en sangre y no el mismo ojo de cristal respecto al cual ha sido hecha la pregunta.

Burger se echó a reír.

—Está bien —dijo—; concederemos que la protesta es justa en cuanto se refiere a la falta de base y, con permiso del Tribunal y de la defensa, retiraremos la última pregunta y nos pondremos a construir la base necesaria.

—¿Vio usted un ojo de cristal similar... es decir, uno cuyo aspecto era exactamente igual al del ojo que fue hallado en la mano del muerto?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Lo descubrí unas veinticuatro horas antes del asesinato.

—¿Tiene usted algún medio de comprobar que dicho ojo era el mismo que acaba usted de identificar y que aun tiene en la mano?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted medio de hacer semejante identificación?

—Sí, señor.

—¿Qué medio es ese?

—Cuando descubrí este ojo, llevaba un solitario en el dedo. Conocía, por mi experiencia como detective, la importancia de identificar...

—Déjese usted de lo que supiera por su experiencia como detective —le interrumpió Burger—; eso puede darse por sentado por estipulación y mutuo consentimiento. Límitese a decir lo que hizo.

—Con el diamante de mi anillo hice una cruz en la superficie interior del ojo.

—¿Se ve claramente esa cruz?

—No, señor; sólo si se mira a un ángulo determinado. No hice la señal lo bastante profunda para que resaltara demasiado.

—¿Se ve dicha cruz ahora en el ojo que tiene usted en la mano?

—Sí, señor.

—Pedimos —dijo Burger— que el ojo sea admitido como Prueba A.

—Nada hay que objetar —dijo Mason.

—Será admitido como tal —anunció el juez.

—Así, pues, ¿ese es el mismo ojo que vio usted veinticuatro horas antes del asesinato? —prosiguió Burger.

—Sí, señor.

—¿Dónde lo encontró?

Overton respiró profundamente y luego dijo en voz que llenó toda la sala:

—En la alcoba de la señora Basset.

—¿Cómo acertó usted a encontrarlo allí? ¿En qué circunstancias?

—Oí ruido en la alcoba de la señora Basset.

—¿Qué clase de ruido?

—El rumor de una conversación.

—¿Quiere usted decir con eso que oyó voces?

—Sí, señor; y movimientos.

—Y... ¿qué hizo usted?

—Llamé a la puerta.

—¿Qué ocurrió?

—Hubo ruido de movimientos precipitados.

—La conversación esa que oyó usted... ¿se distinguía bien?

—¿En cuanto a las palabras quiere usted decir?

—Sí.

—No, señor. Oí una voz de hombre y otra de mujer; pero no pude distinguir las palabras.

—¿Qué ocurrió después de haber llamado usted a la puerta?

—Hubo un intervalo de movimientos precipitados. Luego oí que abrían una ventana, y sentí la voz de la señora Basset, que decía: «¿Quién es?».

—¿Y qué contestó usted?

—Dije: «¡Haga el favor de abrir la puerta! Soy Jaime, el chófer».

—¿Qué ocurrió entonces?

—Transcurrió un intervalo bastante largo. Luego dijo ella: «Tendrá que aguardar a que me vista».

—Y... ¿luego?

—Aguardé cosa de un minuto.

—¿Y después?

—La señora abrió la puerta.

—¿Qué dijo o hizo usted?

—Dije: «Perdone usted, señora; pero el señor Basset creía que había un ladrón en la casa. Quiso que me asegurase de que todas las ventanas estaban cerradas».

—¿Qué contestó ella?

—Nada.

—¿Dijo usted alguna otra cosa más?

—Sí, señor; le dije que sentía mucho haberla molestado, pero que no había creído yo que se hubiese retirado ya.

—¿Qué dijo ella entonces, si es que dijo algo?

—Me dijo que no se había retirado; que había estado bañándose.

—¿Qué hizo usted?

—Crucé el cuarto en dirección a la ventana.

—¿Estaba la ventana abierta o cerrada?

—Abierta.

—¿Está en un segundo piso?

—Sí, señor; pero hay un tejado a menos de dos metros de la ventana y una celosía que llega hasta el mismo.

—¿Vio usted alguna señal en el alféizar de la ventana que le llamara la atención?

—Vi un punto en que un talón, al parecer, había rozado la madera. Era una rozadura reciente. Una astilla colgaba todavía.

—¿Vio usted alguna otra cosa?

—Vi este ojo de cristal.

—¿Dónde estaba?

—En el suelo.

—¿Lo había visto la señora Basset?

—Protesto de esa pregunta, porque exige una conclusión del testigo —dijo Mason. Luego, al ver que el juez vacilaba—: Bueno; retiraré la protesta. Oigamos lo que tiene que decir el testigo.

—No, señor; no lo había visto.

—¿Qué hizo usted?

—Me agaché y lo recogí.

—¿Vio ella lo que había recogido usted?

—No, señor; estaba vuelta de espaldas en aquel momento.

—Y... ¿qué hizo usted entonces?

—Me metí el ojo en el bolsillo.

—Y luego, ¿qué?

—Luego salí del cuarto y, en cuanto lo hube hecho, ella cerró y echó la llave a la puerta. Entonces hice la cruz en el ojo con mi solitario y fui, inmediatamente, a ver al señor Basset.

—¿Qué ocurrió después?

—El señor Basset intentó identificar el ojo. Me pidió que me

pusiera en contacto con algún fabricante importante de ojos artificiales y que viera si había forma de identificar el ojo.

—¿Lo hizo usted?

—Sí, señor.

—Dejaremos que la identificación del ojo hable de por sí. En otras palabras: no pediremos al testigo que haga de perito. Llamaremos a declarar al experto a quien consultó y que identificó el ojo.

Se volvió hacia Perry Mason, y dijo:

—Puede usted empezar su interrogatorio.

—¿Está usted seguro de que era una voz de hombre la que usted oyó? —inquirió el abogado—. Me refiero al momento en que oyó usted la conversación por el ojo de la cerradura de la alcoba de la señora Basset.

—Yo no dije que lo oyera por el ojo de la cerradura —contestó el testigo con brusquedad.

La sonrisa de Mason no podía ser más cortés.

—Pero *fue* por el ojo de la cerradura, ¿no es cierto, señor Espía?

Se oyeron risas en la sala. El juez dio unos golpes con su maza.

—Vamos —dijo Mason—, responda a la pregunta. ¿Fue por el ojo de la cerradura o no?

—Lo oí por el ojo de la cerradura, sí.

—Claro. Bueno, ¿y qué *vio* usted por el ojo de la cerradura?

—No pude ver cosa alguna. Es decir, nada que fuera de valor.

—¿Vio usted a la señora Basset moverse por el cuarto?

—Vi a alguien.

—¿Cree usted que era la señora Basset?

—No estoy seguro.

—Pero ¿no vio usted a hombre alguno?

—No, señor.

Perry Mason alzó el brazo y señaló, acusador, al testigo.

—Cuando murió el señor Basset —dijo—, el asesino huyó en el automóvil de Basset, ¿no es cierto?

—No señor.

—¿Está usted seguro de ello?

—Sí, señor.

—¿Por qué está usted tan seguro?

—Porque, poco después de ser descubierto el cadáver, oí que un

testigo había dicho que el asesino había huido en el automóvil de Basset. Conque me dirigí inmediatamente al garaje para asegurarme de que faltaba el coche.

—¿Faltaba?

—No.

—¿Tocó usted el radiador para ver si estaba caliente o consultó el indicador de la temperatura?

—No; no hice nada de eso. Pero el coche estaba allí, tal como yo lo había dejado, en el sitio que le correspondía ocupar.

Mason sonrió, agitó la mano y dijo:

—Eso es todo.

—Un momento —dijo Burger—; quiero hacer una pregunta más. Ha declarado usted que no le era posible ver al hombre que se hallaba en el cuarto.

—Así es.

—¿Le era posible oírle?

—Oía su voz, sí.

—¿Está usted seguro de que no oiría un aparato de radio?

—Sí.

—¿Era Ricardo Basset la persona a que usted oyó?

—No, señor.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque conozco la voz de Ricardo Basset. Y aunque no me era posible distinguir las palabras, pude distinguir el tono de voz.

—¿Observó usted alguna peculiaridad en la forma de hablar de ese hombre?

—Sí, señor.

—¿Qué?

—Hablaban con excitación y muy aprisa. Es decir, las palabras le salían tan rápidas de la boca, que parecían confundirse unas con otras.

—Nada más —dijo Burger.

—Una pregunta más —interpeló Mason—: ¿no le fue posible oír las palabras?

—No, señor.

—Entonces, ¿cómo sabe usted que las palabras se confundían unas con otras?

—Por la forma de hablar del hombre.

—Pero... ¿no le fue posible a usted distinguir cuándo acababa una palabra y empezaba otra? Es decir, ¿no le era posible distinguir las palabras?

—Creo que sí.

—¿Usted *cree* que sí?

—No estoy seguro.

—Lo dejaremos así —dijo Mason, sonriendo.

Burger hizo que se retirase Overton.

—Llamen a Dalton C. Bates —ordenó.

Un hombre alto, de paso rápido, se adelantó, alzó la mano derecha, tomó el juramento y pasó al banquillo de los testigos.

—¿Su nombre? —inquirió Burger.

—Dalton C. Bates.

—¿Profesión?

—Fabricante de ojos de cristal.

—¿Cuánto tiempo lleva usted fabricando ojos de cristal?

—Desde los quince años de edad. Empecé mi aprendizaje en Alemania a esa edad.

—¿Existe alguna ventaja especial en estudiar en Alemania?

—Sí, señor.

—¿En qué estriba?

—Todo el cristal que se emplea para hacer ojos artificiales se fabrica en dos lugares de Alemania. La fórmula que se emplea para la fabricación de dicho cristal no se ha divulgado nunca. Jamás ha sido posible inventarlo en este país. Es necesaria una clase especial de cristal.

—¿Dónde estudió usted en Alemania?

—Hice el aprendizaje en Wiesbaden.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Cinco años.

—¿Qué hizo después?

—Trabajé diez años con uno de los mejores expertos en ojos artificiales de Alemania. Vine a San Francisco y estudié una temporada con Sidney O. Noles. Luego me establecí por mi cuenta y, desde entonces, me he dedicado a fabricar ojos de cristal.

Perry Mason, inclinado hacia delante en su asiento, miraba al testigo.

—¿Va a demostrar las cualidades de este hombre como experto?

—le preguntó al fiscal.

—Sí —respondió Burger con brevedad.

—Adelante, pues.

—¿La fabricación de ojos artificiales es una profesión altamente especializada? —preguntó el fiscal.

—Sí, señor; especializada en grado sumo.

—¿Puede usted describir, en términos generales, cómo se fabrica un ojo de cristal?

—Sí, señor. Primero se sopla el cristal en forma de bola. Es decir, el cristal viene en forma de tubo. Luego se sopla y se corta en la llama de manera que forma una bola. Se escoge un cristal del color que haga juego con el blanco del ojo que ha de imitar.

»Luego se forma el iris del ojo sobre la superficie mediante trocitos sólidos de cristal de color, que se entremezclan cuidadosamente mientras se hace girar la bola de cristal. Si estudia usted el ojo humano, observará que se compone de numerosos colores. Aun cuando un solo color predomine hay distintos matices en el iris. Estos matices no sólo hay que duplicarlos, sino que hay que fundir el cristal de tal manera que no sólo haya el verdadero color sino una formación auténtica de los espacios de color y de brillo también. La pupila se hace mediante el empleo de un cristal muy negro que incidentalmente, lleve un fondo purpúreo y el tamaño y la forma de la pupila debe de estudiarse cuidadosamente.

»También es necesario estudiar la circulación sanguínea del ojo que ha de imitarse. Hay que trazar las venas en el ojo artificial. Dichas venas abundan más a ambos lados del iris y varían enormemente de color según el individuo. Algunos tienen un matiz amarillento; unas son más rojas que otras; las hay que se destacan más.

»Cuando el ojo está terminado, se le cubre con un cristal transparente y puro que queda soldado al resto del ojo. Una vez hecho esto, la bola de cristal se corta con un soplete y se le da forma.

»No he hecho más que explicarles, a grandes rasgos, las etapas de fabricación.

Burger movió afirmativamente la cabeza y dijo:

—Así, pues, ¿se trata de una profesión altamente especializada?

—Sí, señor.

—¿Puede usted darnos una idea mejor de lo especializada que es esa profesión? —inquirió Burger.

—Puedo decirle lo siguiente: no hay más de trece personas en toda Norteamérica a las que se reconozca como fabricantes de ojos de cristal de primera. ¡Entran tantas cosas en la construcción de un ojo artificial...! En primer lugar, hay que manipular los materiales con una habilidad muy grande; luego debe haber un arte individual en la mezcla de los colores. Un buen fabricante de ojos de cristal ha de tener la habilidad de un artista para mezclar los colores y la pericia de un soplador de cristal muy experto.

—Por lo tanto —inquirió Burger— ¿es posible reconocer el trabajo de ciertos individuos de igual manera que un artista puede reconocer el trabajo por la manera en que está hecha la pigmentación?

—En muchos casos, si —contestó Bates.

—Voy a entregarle a usted un ojo artificial que ha sido admitido por el Tribunal como Prueba A. Es un ojo que fue hallado en la mano de un hombre que murió asesinado. Le pido que examine dicho ojo y que declare si puede usted decirnos algo del mismo.

Bates examinó el ojo que le entregó Burger y movió afirmativamente la cabeza.

—Sí —dijo—; puedo decir muchas cosas de él.

—¿Qué puede decir?

El juez frunció el entrecejo y miró a Perry Mason, como si esperara que éste tuviese algo que objetar. Cuando vio que no protestaba le dijo a Burger:

—La pregunta ésa está hecha de una forma muy rara, señor Fiscal.

—Yo nada tengo que objetar —aseguró Mason.

—Este ojo —afirmó Bates— ha sido fabricado por un hombre muy experto. Creo, incluso, poder dar el nombre de ese artista. Es uno que vive en San Francisco. Se trata de un ojo inyectado en sangre. Es decir, que se fabricó para que fuera usado en determinadas ocasiones nada más. Sin embargo, el ojo ha sido usado. El hombre que lo llevó puesto tiene un grado elevado de acidez en el cuerpo.

—¿Cómo puede usted distinguir eso?

—Por esta anilla que se ve en el borde del ojo. Es una

decoloración de los ácidos del cuerpo al penetrar en el cristal. Después de cierto tiempo, la decoloración se acentúa. Puede eliminarse en parte mediante un tratamiento con ácidos; pero acortan la vida del ojo estos ácidos del cuerpo que penetran el cristal y hacen que se haga indebidamente frágil.

Burger hizo una seña con la cabeza a Perry Mason.

—Con su permiso, señor defensor —dijo— haré a este testigo algunas preguntas respecto a otro ojo de cristal que haré identificar más tarde. A fin de que no pueda decirse que hago uso de ventajas, diré que el ojo acerca del cual estoy a punto de interrogar al doctor Bates, es un ojo que fue hallado en la mano de otro muerto, de Enrique McLane.

—¿Sostiene usted, señor fiscal —inquirió el juez—, que tiene derecho a presentar pruebas de más de un crimen en esta ocasión?

—No —contestó Burger—; sólo voy a presentar pruebas contra los acusados por el asesinato de Hartley Basset. La prueba que estoy a punto de presentar ahora, es una prueba para explicar motivación.

—Está bien —dijo el juez—; en tal caso, quedará limitada a ese objeto.

Burger abrió otro sobre, extrajo de él un ojo de cristal y lo dejó caer en la mano el testigo.

—¿Qué puede usted decirnos de ese ojo, doctor?

—Este ojo no se fabricó tan cuidadosamente como el otro. Se trata, si no me equivoco, de un ojo fabricado en serie. Es decir, es un ojo que no se fabricó sobre pedido para persona alguna en particular, sino que formaba parte de las existencias que acostumbra a tener cualquier óptico bien surtido de una población importante.

—¿Cuál son los motivos para hacer semejante declaración, doctor?

—El ojo se completó y cubrió de una capa transparente de cristal. Era entonces un ojo normal; es decir, era un ojo constituido para hacer juego con un ojo normal. Después ha sido cubierto de la capa de cristal transparente, se hizo un esfuerzo precipitado para hacerlo parecer un ojo inyectado en sangre. Estas venitas de cristal que dan al blanco de los ojos el aspecto de estar inyectados en sangre fueron introducidos después de haber sido recubierto el ojo de cristal transparente. No se ve ni el menor rastro de línea de color

en el ojo y, por lo tanto, yo diría que no ha sido usado nunca o, por lo menos, que se ha llevado puesto muy poco tiempo... sobre todo si se trata de la misma persona que usaba el primer ojo que se me enseñó.

—¿Podemos —inquirió Burger— hacer marcar este ojo como Prueba B?

—No hay inconveniente —observó Mason.

—Que sea marcado para ser identificado —ordenó el juez.

—Interrogue —dijo Burger.

—¿Por qué había de tener una persona un ojo de cristal inyectado en sangre, doctor?

—Algunas personas son un poco quisquillosas en lo que respecta a sus ojos de cristal. No quieren que se sepa que lo llevan. Por esa razón toman toda suerte de precauciones para evitar que se les conozca. Se mandan hacer ojos para usar de noche; otro para usar cuando no se sienten bien y otros para cuando su ojo bueno está inflamado.

—En otras palabras, que es difícil distinguir cuándo lleva una persona un ojo de cristal, ¿no es eso?

—Sí; muy difícil.

—¿Por qué es necesario tener otro ojo para usar de noche?

Porque el tamaño de la pupila del ojo bueno varía durante el día. Con el brillo de la luz, la pupila se contrae. De noche, a la luz artificial, la pupila está más dilatada.

—¿Es, por lo tanto, poco menos que imposible descubrir al que lleva un ojo artificial bien hecho?

—Si la cuenca del ojo está en perfecto estado y el ojo está bien hecho, sí.

—El que lleve un ojo así, ¿puede mover el ojo artificial?

—Sí.

—¿Cómo se sujeta el ojo artificial a la cuenca del ojo?

—Por el vacío. El ojo se coloca de tal manera, que el aire que puede haber entre el ojo artificial y la cuenca se eliminará casi por completo.

—Así, pues, debiera ser difícil quitarse un ojo así.

—No es difícil; pero es necesario bajar el párpado de manera que pueda pasar algo de aire por la parte de atrás del ojo, antes de que pueda quitarse con facilidad.

—¿Eso lo hace el que lleva el ojo?

—Sí; hay que tirar del párpado bien abajo.

—¿Muy abajo, doctor?

—Mucho.

—Así, pues —dijo Perry Mason—, si un hombre que llevara un ojo artificial bien hecho estuviera cometiendo un asesinato y se inclinara sobre el hombre a quien asesinaba, sería imposible que el ojo artificial se le cayera accidentalmente, ¿no es cierto?

Se oyeron exclamaciones de sorpresa en la atestada sala, al darse cuenta los espectadores a dónde quería ir a parar Perry Mason.

—En efecto —contestó el doctor Bates—, puede decirse que resultaría imposible.

—De forma que si un asesino, al salir del lugar en que había cometido el asesinato, exhibiera una cuenca vacía, sería porque se habría quitado él, deliberadamente, el ojo que tenía colocado en dicha cuenca, ¿no es cierto, doctor?

—Sí, señor. Es decir, siempre y cuando el asesino llevara un ojo que estuviese bien hecho.

—¿Un ojo como el primero que le fue entregado a usted por el fiscal y que, según se asegura, fue hallado en la mano del señor Basset?

—Sí.

—Ese ojo, en opinión de usted, ¿estaba bien hecho y encajaba perfectamente?

—Sí, señor. Ese ojo era obra de un experto.

—Nada más, doctor —dijo Mason—. Gracias.

Burger se inclinó hacia delante, atento y frunciendo el entrecejo. Sus ojos expresaban algo de preocupación.

—Llame al testigo de cargo siguiente —dijo el juez.

—El señor Jackson Selby.

Un individuo bien vestido, con cuello almidonado muy alto, dándose importancia, alzó una mano muy bien cuidada, tomó el juramento, se dirigió al asiento reservado a los testigos, se subió levemente los pantalones para no estropearse la raya, su cruzó de rodillas y le dirigió una sonrisa a Burger, como persona que está acostumbrada a cumplir, eficientemente, con su deber.

—¿Su nombre? —inquirió Burger.

—Jackson Selby.

—¿Cuál es su profesión, señor Selby?

—Soy director de la Downtoron Optical Company.

—¿Cuánto tiempo lleva usted de director de esa Compañía?

—Cuatro años.

—Antes de eso, ¿dónde trabajaba usted?

—En la misma casa; pero con la categoría de jefe de oficinas. Fui ascendido a director en la época que he dicho.

—La Downtoron Optical Company tiene en existencia ojos artificiales, ¿no es cierto, señor Selby?

—Sí, señor.

—¿Están esos ojos hechos tan cuidadosamente como los fabricados por los artistas más hábiles, tales como los mencionados por el doctor Bates en su declaración?

—Están bastante bien hechos. Son de distintas combinaciones de color, de forma que puede encontrarse uno que haga juego con cualquier ojo normal. Están lo bastante bien hechos para hacer buena pareja con cualquier ojo natural.

—¿Tienen ustedes, en existencia, ojos inyectados en sangre... es decir, ojos en los que las venas del blanco del ojo sean lo bastante encarnadas y pronunciadas para dar al ojo el aspecto de estar inyectado en sangre?

—No, señor.

—¿Por qué no?

—Porque esos ojos sólo los piden las personas que toman toda suerte de precauciones para evitar que se sepa que llevan ojos de cristal. Tales personas hacen, generalmente, uso de los servicios de uno de los técnicos conocidos para que les haga un ojo exactamente igual al sano; mientras que la persona que nos compra un ojo artificial a nosotros, lo hace porque desea ahorrar dinero. Por regla general, tal persona no tiene dinero suficiente para comprarse un juego completo de ojos.

—Ello no obstante, ¿se les ha pedido a ustedes alguna vez que hicieran ojos inyectados en sangre?

—Sí, señor; en una ocasión.

—Y... ¿cómo le propusieron que se hiciese?

—Tomando un ojo de los que teníamos en existencia, que había de ser entregado a un fabricante de ojos artificiales para que le agregara las venas mediante el uso de filamentos de cristal rojizo

que se fabrica con ese fin.

—¿Fue eso recientemente?

—Sí, señor.

—Quiero que eche usted una mirada a las personas que hay aquí y me diga si ha visto a alguna de ellas en su tienda.

—Sí, señor.

—¿Le pidió alguna de ellas el ojo inyectado en sangre a que se ha referido?

—Sí, señor.

—¿Qué persona es esa?

—El acusado Brunold —dijo— fue esa persona.

La mirada de todos los que se hallaban en la sala convergieron en el acusado. Este estaba sentado, con los brazos cruzados, la barbilla inclinada levemente hacia adelante, la mirada fija. Su rostro carecía por completo de expresión.

Fue el semblante de Sylvia Basset el que exteriorizó esa emoción que a los periodistas les gusta describir en artículos sensacionales. Se mordió el labio, se inclinó hacia adelante para mirar fijamente al testigo y luego se recostó nuevamente en su asiento, con un suspiro trémulo que se oyó perfectamente.

—¿Cuándo pidió el ojo inyectado en sangre? —preguntó Burger.

—A las nueve de la mañana del día catorce de este mes.

—¿A qué hora abre sus puertas la Downton Optical Company?

—A las nueve de la mañana.

—¿Estaba ya allí cuando se abrieron las puertas?

—Sí, señor.

—¿Qué dijo?

—Dijo que necesitaba inmediatamente un ojo inyectado en sangre. Dijo que necesitaba un ojo para sustituir a uno que había perdido.

—¿Dijo cuándo había perdido el ojo?

—Sí señor; la noche antes...

—¿Mencionó la hora?

—No, señor.

—¿Le contó el señor Brunold en qué circunstancia había perdido el ojo?

—Sí. Le dije que no nos era posible hacer el ojo que deseaba, de la forma que él quería, dentro del límite de tiempo en que nos

señalaba. Conque entonces me contó un cuento, como explicación, y, aparentemente, para intentar granjearse mis simpatías.

—¿Quién se hallaba presente cuando se celebró dicho conversación?

—Nadie más que el señor Brunold y yo.

—¿Dónde tuvo lugar la conversación?

—En el consultorio de la compañía.

—¿Qué le dijo el señor Brunold?

—Dijo que había ido a visitar a una antigua novia suya que se había casado con un hombre que era muy celoso; que la noche anterior había estado hablando con dicha mujer cuando uno de la servidumbre había llamado a la puerta. El señor Brunold aseguró que él deseaba confrontarse con el marido y aclarar las cosas; pero que la mujer, en vista de que el marido había adoptado legalmente a su hijo, se negó a marcharse de la casa. Dijo que la mujer había fingido estarse bañando para retrasar la entrada del criado lo suficiente para darle a él tiempo de saltar por la ventana y huir. Agregó, además, que el ojo inyectado en sangre que acostumbraba llevar consigo en un bolsillo forrado de gamuza, se le había caído al saltar por la ventana; que temía que el marido hubiese hallado el ojo y lograrse averiguar quién era su dueño, que, si ocurría así, el marido descubriría la mar de cosas que harían poco favor a la mujer y que, en consecuencia, le haría a dicha mujer víctima de una gran injusticia.

»Dijo, a continuación, que necesitaba un ojo que ocupara el lugar del perdido, inmediatamente, para que le fuera posible asegurar que él no había perdido ojo alguno o, si le parecía más ventajoso hacerlo así, afirmar que alguien le había robado el ojo dejando una imitación en su lugar; y que temía que la persona que le había robado el ojo lo colocara en algún lugar en que le comprometiese seriamente.

—Y, ¿está usted seguro de que el hombre que le hizo esas declaraciones era el acusado Peter Brunold, que se halla ahora ante este tribunal?

—Sí, señor.

Burger le dirigió una mirada triunfal a Perry Mason.

—Ahora, señor defensor —dijo—, puede usted empezar su interrogatorio.

Perry Mason movió afirmativamente la cabeza, se puso en pie y se dirigió a la mesa ocupada por el fiscal.

—Tenga la bondad de prestarme el segundo ojo —dijo—, que está marcado para ser identificado, como Prueba B.

—Haga el favor de tener mucho cuidado en volver a meter el ojo en el sobre marcado, señor defensor.

Perry Mason contestó:

—Pues no faltaba más. Tengo yo tanto interés como usted en impedir que se confundan esos ojos, aún cuando, con el testimonio pericial que usted ha presentado debiéramos de poder identificarlo si semejante confusión tuviera lugar.

Se acercó al testigo, sacó el ojo del sobre, y dijo:

—He aquí un ojo que ha sido marcado para su identificación, Prueba B. ¿Es éste el ojo de cristal que le vendió usted a Peter Brunold?

Selby movió negativamente la cabeza y una sonrisa triunfal iluminó su semblante.

—No, señor —contestó.

—¿Que no es éste? —exclamó Mason, con tono triunfal también.

—No, señor, porque, ¿sabe?, nosotros no le vendimos ojo alguno al señor Brunold. Se presentó y dijo que quería un ojo así y explicó sus motivos para ello. Pero nosotros nos negamos a prepararle semejante ojo. Sin duda alguna conseguiría que alguna otra casa se lo facilitase.

Capítulo XV

Paul Drake se abrió paso por la sala que estaba animadísima durante los minutos que se había suspendido la sesión para descansar. Se detuvo ante la valla de caoba que separaba el tribunal del público, aguardó hasta que la mirada de Perry se cruzara con la suya y guiñó un ojo, expresivamente.

Mason se dirigió a un rincón, donde existía alguna probabilidad de que pudiera hablar sin ser interrumpidos. Paul Drake se reunió con él.

—Bueno —dijo el detective—, cumplí el encargo, aunque mal. ¿Ha leído los periódicos?

—No; ¿qué ocurrió?

Drake abrió una cartera que llevaba, sacó un periódico húmedo aún de las máquinas y se lo entregó a Perry, diciendo:

—Ahí tiene usted la historia. No la cuenta tan bien como la contaría yo; pero resultará mucho más fácil para mí que la lea usted a que tenga yo que contársela.

Mason no miró el periódico en seguida. Se lo metió debajo del brazo y miró fijamente al detective.

—¿Cómo ha vuelto usted? —le preguntó.

—Fleté el aeroplano más rápido que pude encontrar en Reno y volví aquí en nada de tiempo. Creo que volamos a un promedio de doscientas millas por hora o algo así.

—Aún así, el telégrafo es más rápido. ¿Cómo es que hasta ahora no han publicado la noticia?

—Los agentes de Reno han intentado tenérselo callado. Por lo menos eso es lo que pretendían cuando salí yo de allí. Querían una confesión completa y no tenían la menor intención de dar la noticia hasta que la consiguieran.

—¿La consiguieron?

—No lo sé.

—Y, dígame —preguntó Mason—. ¿Quién iba a confesar qué?

—Hazel Fenwick —contestó el detective, esquivando la mirada del abogado.

Uno de los funcionarios entró en la sala con media docena de periódicos debajo del brazo. Corrió al fiscal y le entregó uno. Burger, frunciendo el entrecejo, irritado, lo desplegó y se puso a leer.

Mason se acercó a un rincón al desaparecer el funcionario en dirección a la cámara del juez.

—¿Metió usted la pata, Paul? —preguntó.

—Hasta el corvejón.

—Ande; cuénteme.

—Preferiría que lo leyese usted.

—¡Rayos! —exclamó el abogado, con impaciencia—. Puedo leer lo que están contando al público; pero lo que yo quiero saber es cómo fue que no cumplió usted el encargo bien.

—No lo sé.

—Bueno, pues cuéntemelo todo y tal vez lo sepa yo cuando usted haya acabado.

—Según sus instrucciones —dijo Drake, lentamente, sin alzar la vista— cogí el aeroplano para Reno. Cuando llegué allí fui a Telégrafos y encontré un recado para mí de Della Street, diciéndome dónde tenía que ir a servir los papeles. Me metí el telegrama en el bolsillo, fui a un hotel, alquilé un cuarto, me quité la chaqueta y me lavé. Un botones entró a preguntarme si tenía todas las toallas que necesitaba y todo eso... es decir, Perry, creí por entonces que se trataba de un botones.

—Prosiga —dijo Mason, ominoso—. ¿Qué ocurrió después?

—Que yo supiera de momento, nada; pero más tarde, cuando me registré los bolsillos, no pude encontrar el telegrama. Eso no fue sin embargo, hasta mucho rato después.

—Bueno, desembuche de una vez.

—De veras, Perry, había cubierto mi rostro lo mejor posible. No creí que me estuvieran vigilando en el avión.

—¿Había muchos pasajeros?

—Todos los que cabían.

—¿Intentó hablar alguien con usted?

—Sí; un par de hombres tenían una botella de whisky e intentaron arrancarme de beber y cuando vieron que estaban perdiendo el tiempo, se acercó una nena. Ahora, al recordarlo, veo que la cosa resultaba sospechosa; pero por entonces creí que se trataba de una muchacha que hacía su primer viaje en aeroplano y que estaba un poco asustada.

—¿Qué hizo?

—Me dirigió una sonrisa y, cuando pasaba a la altura de mi butaca, se tambaleó y cayó sobre mis rodillas... ¡Qué rayos! Ya sabe usted cómo ocurren estas cosas.

—¿Hablaron ustedes?

—En el avión muy poco. No se oye bastante bien. La invité a tomar algo en Sacramento.

—¿Hablaron entonces?

—Algo.

—¿Le dijo usted quién era?

—Le di mi nombre.

—¿Le dijo lo que hacía?

—No.

—¿Le dijo su profesión?

—No.

—¿No le dio una tarjeta?

—No.

—La que yo le diera no le cabría en un lagrimal del ojo.

—¿De qué le habló?

—No lo sé, Perry. De tonterías. Le juro que nada más que tonterías. Ya sabe usted la clase de estupideces que dice uno a una chica que parece estar cayendo. Fingí creer que era una estrella de «cine» que se dirigía a Reno^[1] a divorciarse. Simulé intentar recordar quién era, le juré que la había visto en la pantalla en alguna parte y que sabía que era una de las artistas famosas; pero le dije que yo no iba mucho al «cine», conque no estaba seguro de cuál de ellas era.

—¿Pareció dejarse convencer?

—Sí.

—Era una espía.

Drake exclamó, con la irritación del hombre que ha perdido mucho en su propia opinión y que ha perdido también el sueño.

—¡Claro que era una espía! ¡Qué rayos! ¿Cree usted que soy lo bastante estúpido para no comprender que se trataba de una espía? Pero no lo sabía de momento. Quería usted enterarse de lo ocurrido y se lo estoy contando.

—Bueno; siga y dígame lo que ocurrió después.

—Después de haberme lavado y de haber echado un trago en el hotel, bajé y cogí un taxi. Le di al chófer las señas de la casa.

—¿No consultó usted el telegrama entonces?

—No; lo había leído anteriormente y recordaba las señas. No eran difíciles de recordar.

—Siga.

—Descubrí que se trataba de una casa de pisos. Llamé al de ella y la muchacha abrió la puerta de la calle apretando el botón desde su piso, sin hacer pregunta alguna. Cogí un ascensor y subí. Era uno de esos ascensores destartalados que hacen la mar de ruido. Ya conoce usted el tipo.

—Sí; ya lo conozco. Prosiga.

—Bajé por el corredor hasta llegar a la puerta de su piso. El corredor no estaba muy bien iluminado. Tuve que usar una lámpara de bolsillo para ver el número sin dificultad. Di unos golpecitos en la puerta. Ella la abrió.

»No saqué los papeles del bolsillo inmediatamente. Hablé en voz baja y sonreí como si fuera un tipo a quien le hubiese pedido su hermana que la visitase.

—¿Qué dijo usted?

—Le pregunté si era Hazel Fenwick. Ella me miró con la cara sin expresión y me dijo: «No».

»La miré con sorpresa y le pregunté si no era Hazel Basset.

»Su rostro adquirió un poquito de expresión. Contestó que no; que ella no era Hazel Basset; pero no hizo ademán de cerrar la puerta. Yo la estaba examinando cuidadosamente y correspondía con la descripción de la Fenwick, conque decidí que había llegado el momento de ponerla a la defensiva. La miré fijamente, saqué los papeles del bolsillo y le dije que había ido a servirle unos papeles a Hazel Fenwick, o Hazel Basset.

»Me contestó muy despacio, como si recitara una lección: «Me llamo Telma Bevins; pero si tiene usted papeles que servir a Hazel Fenwick o Hazel Basset, los aceptaré yo».

»Bueno; ya sabe usted cómo es en nuestra profesión. Uno no hace demasiadas preguntas. Me dije que eso era lo único que necesitaba. Le entregué los papeles y ella los cogió. En aquel momento oí que alguien se movía a mi lado. La puerta del piso de enfrente se abrió precipitadamente. Eché una rápida ojeada y vi que se estaba llenando todo de hombres. No comprendí de qué se trataba; pero estaba decidido a que nadie me impidiese entregar esos papeles, conque se los metí en la mano, y, por entonces, empezaron a dispararse luces de magnesio. Me creí en el centro de un circo.

»Entonces comprendí lo ocurrido, naturalmente, pero ya era demasiado tarde. Para asegurarme, eché mano al telegrama. No estaban en mi bolsillo. Pero diré una cosa: aquellos pájaros habían trabajado aprisa de verdad. Habían usado al supuesto botones para que me registrara la chaqueta mientras me lavaba. Evidentemente sabían que iba a ir yo allá y sabían para qué. Me estaban esperando. ¡Si hasta uno de ellos estaba instalado en la escalera de escape, junto a la ventana de la muchacha...! Metió la máquina fotográfica por la ventana y rompió uno de los cristales para hacerlo. Sacó una «foto» al magnesio en el preciso momento en que entregaba yo los papeles.

—¿Eran periodistas?

—Periodistas y agentes de policía. No se equivoque usted respecto a esa población, Perry. Los periodistas están siempre de parte de la policía... por lo menos cuando es un forastero el que recibe.

—¿Qué hizo la policía?

—Uno de ellos me dirigió un puñetazo a la mandíbula. Logré quitarme un poco del paso; pero tenía un puño como una prensa hidráulica y parte de él me quitó un poco de pellejo. Los otros echaron mano a la muchacha y empezaron a empujarla pasillo abajo.

—¿Y los papeles?

—Oh, no se preocupe. El servicio está hecho. La empujaron corredor abajo, pero seguía llevando los papeles en la mano derecha. Se los había metido yo en la mano al ver que empezaba a llenarse la casa y ella los había cogido, automáticamente y seguía sujetándolos. Creo que, en aquellos momentos, era la mujer más

sorprendida del mundo.

—¿Sabe usted lo que ocurrió después?

—Claro que sé lo que ocurrió. Les oí empezarla a interrogar por el corredor. Intentaban averiguar quién la había pagado los gastos hasta Reno, por qué había ido allí, quién la había mandado ir y todo eso.

—¿Qué contestó ella?

—Nada. Dijo que no pensaba hablar hasta haber visto a su abogado.

—Y luego... ¿qué?

Drake dijo:

—Comprendí que, en cuanto a Reno se refería, no había nada que hacer ya. Que se había descubierto el pastel. Me figuré que, con toda seguridad, procurarían tenerla escondida hasta haberla hecho confesar. Yo sabía que se hallaba usted aquí, en pleno interrogatorio preliminar, y no quería que le cayera a usted una sorpresa como llovida del cielo, conque me fui al aeródromo, busqué al pájaro que tenía el aeroplano más rápido y le pagué para que me trajera aquí a toda marcha.

—¿Lo hizo?

—¡Ya lo creo que sí!

Perry Mason frunció el entrecejo, pensativamente, desdobló lentamente, el periódico, y leyó los titulares:

TESTIGO MISTERIOSA HALLADA EN RENO

—

SUS DECLARACIONES COMPROMETEN A UN ABOGADO

—

EL MINISTERIO FISCAL ASEGURA QUE EL ASUNTO SE VERÁ ANTE EL TRIBUNAL EXTRAORDINARIO

Mason volvió a doblar, lentamente el periódico.

—Lo siento en el alma, Perry —dijo Drake.

—Y, ¿por qué, si se puede saber?

—Porque le ha metido a usted en un trance difícil. Sabe usted tan bien como yo que esa mujer no podrá soportar la tensión y hablará si es que no ha hablado ya. Les contará toda la historia. Por lo que he leído en el periódico, parece ser que lo ha escupido todo

ya.

—Dígame: ¿insiste en permanecer en Nevada?

—Yo no sé —dijo Drake lentamente— lo que haría de momento; pero o mucho me equivoco, o antes de que ese manojo de guardias acabara con ella, estaría dispuesta a hacer o decir alguna cosa.

—Cuidado —dijo Mason—; el fiscal viene hacia aquí.

Burger miró a Mason con una sonrisa fría y dijo como quien juega con su víctima al igual que un gato juega con un ratón:

—Si no tiene usted inconveniente, señor defensor, quisiera hacer suspender esta causa más tarde hoy, a fin de presentarme ante el Tribunal Extraordinario con un asunto de mucha importancia.

—¿No podría usted enviar a uno de sus suplentes para que se encargara de ese asunto y pudiéramos, nosotros seguir con esta causa?

—No sería muy fácil —contestó Burger—. Y puedo asegurarle, Mason, que para usted sería exactamente igual.

—¿Por qué?

—Porque usted comparecerá también ante el Tribunal Extraordinario. El asunto tiene relación con el inesperado viaje a Reno de una tal Hazel Fenwick.

—¡Ah! —dijo Mason—. ¿He de entender por eso que Hazel Fenwick está aquí?

—Lo estará.

—Y... ¿estaba en Reno?

Burger dijo, con cierta ira:

—Demasiado sabe usted que estaba en Reno. Les ha dicho a los agentes que usted pagaba sus gastos allí. Lo ha confesado. Hasta la fecha, eso ha sido lo único que ha querido confesar. Se empeña en que se llama Telma Bevins. Ese es el nombre que usaba en Reno. Allí no sabían gran cosa de ella. Cambiará de tono cuando la traiga aquí y la haga identificar.

Empezó a notarse mucho movimiento. El juez entró por una puerta tapada por cortinajes negros y se dirigió al estrado. Los golpes de su maza imprimieron silencio a los espectadores.

El juez miró a Perry Mason. La expresión de su rostro era severa a más no poder. No dijo que había leído los periódicos; pero el tono de su voz decía horrores al mirar fijamente al abogado y preguntar:

—¿Desea usted continuar?

—Naturalmente, señor Juez —contestó el interpelado.

Capítulo XVI

El juez hizo una seña con la cabeza al fiscal.

—Prosiga —dijo.

El fiscal se volvió hacia uno de los subordinados del sheriff y le hizo una seña.

El hombre se acercó a Perry Mason, tendiéndole un papel doblado.

—Señor juez —dijo Burger—, han ocurrido sucesos algo sorprendentes aunque no del todo imprevistos en relación con este asunto y con otro que, aunque no forma parte de él, está relacionado muy de cerca. En vista de ello, será preciso que solicite sea suspendida temporalmente la sesión, dentro de una hora aproximadamente.

El juez frunció el entrecejo.

Burger prosiguió:

—No creo violar confidencia alguna, señor Juez; al declarar que este asunto es uno que está investigando el Tribunal Extraordinario, es el propio Perry Mason, defensor de los acusados.

Mason dijo, en voz muy serena:

—Señor juez; esa observación era innecesaria y no había sido provocada. Tengo en la mano una citación del Tribunal Extraordinario, citación que, aparentemente, se hallaba en uno de los suplentes del sheriff y que podía haberme sido entregada antes de que se reanudara la sesión. Ello no obstante el documento me fue entregado a una seña del fiscal, simplemente para que el tribunal y los espectadores se dieran cuenta públicamente de que se me citaba como testigo ante el Tribunal Extraordinario.

No era más que un golpe teatral.

El juez Winters vaciló unos instantes y Burger se volvió con aire pendenciero, hacia Perry Mason y dijo:

—Veo que sabe usted ganar; pero no perder.

El juez dio unos golpes de maza.

—Basta, señor fiscal —dijo—. No habrá más comentarios personales de esa índole y puedo asegurarle al señor defensor que el Tribunal no permitirá que su decisión sea influenciada en absoluto por los comentarios del fiscal. Que siga la vista, señores.

Perry Mason, con la citación en la mano, se volvió para escudriñar el rostro de los que ocupaban la sala. Tropezó con la mirada sobresaltada y llena de ansiedad de Della Street, que se hallaba detrás de la muchedumbre. La muchacha alzó un periódico y lo agitó, expresivamente.

Perry Mason afirmó con la cabeza, casi imperceptiblemente, y luego le guiñó un ojo, rápidamente.

—El testigo de cargo siguiente —dijo el juez.

—Jorge Purley —anunció Burger.

Mientras Purley tomaba el juramento, Burger se volvió a Mason y dijo:

—La fama de Purley como perito calígrafo debiera de ser de sobra conocida para necesitar demostración alguna. Lleva muchos años en el cuerpo de policía y...

—Concedido y doy por sentada la capacidad del señor Purley; pero reservándome el derecho de interrogarle —interrumpió Mason.

Burger le dio las gracias con un movimiento de cabeza y se volvió al testigo.

—¿Se llama usted Jorge Purley y está usted empleado ahora, y lo ha estado desde hace algún tiempo, de perito en caligrafía y huellas dactilares en el cuerpo de policía?

—Sí, señor.

—Le preguntaré, en términos generales, si observó usted el cadáver de un hombre que yacía en el suelo del despacho de Basset.

—Sí, señor; lo observé.

—¿Vio usted una máquina de escribir portátil en la mesa, cerca del cadáver?

—Sí, señor.

—¿Vio usted un papel, escrito a máquina, que estaba metido en dicha máquina?

—Sí, señor.

—Le enseño este papel y le pregunto si es éste el mismo que

usted vio.

—Lo es.

—¿Hizo usted pruebas para decidir si la escritura de este papel fue hecha por la máquina en que se encontró el papel?

—Sí.

—¿Qué resultado dieron esas pruebas?

—Dejaron definitivamente demostrado que la escritura no fue hecha en esa máquina, sino por otra que, más tarde, fue hallada en la casa.

—¿Dónde?

—En la alcoba de la señora Basset, que se halla aquí en calidad de acusada.

—¿Hizo alguna declaración, en presencia de usted, respecto a la propiedad de la máquina?

—Sí, señor.

—¿Qué dijo?

—Dijo que era suya y que la usaba para su correspondencia particular; que, en ocasiones, escribía personalmente, su correspondencia y, otras veces, usaba a uno de los mecanógrafos de su esposo para que se la escribiera.

—¿Habló de sus aptitudes como mecanógrafa?

—Sí, señor; dijo que había sido mecanógrafa de oficio durante muchos años y que usaba el sistema de tacto.

—¿Qué significa eso del sistema de tacto?

—Es un sistema de escribir en el cual el mecanógrafo no mira las teclas de la máquina, sino que las toca simplemente, por el sentido del tacto.

—¿Tiene algo esta escritura que le permita saber si la persona que la hizo empleaba dicho sistema de tacto?

—Sí, señor; cierta uniformidad de tacto mediante la cual las teclas fueron todas tocadas con la misma fuerza aproximadamente. En el llamado sistema de dos dedos, como la presión es menos automática, las teclas se tocan con distinta presión y existe una ligera diferencia en la impresión que dejan las letras sobre el papel.

—En opinión de usted, señor Purley, ¿este papel fue escrito en una máquina distinta de aquélla en que se encontró y por una persona que usaba el sistema de tacto?

—Sí, señor. No cabe la menor duda de que se escribió este

documento en una «Remington» portátil que fue hallada en la alcoba de la señora Basset. Es mi opinión que fue escrito por una persona que usaba el sistema del tacto y que era o que, por lo menos, había sido en alguna época, mecanógrafo profesional.

—Puede usted interrogar —le dijo Burger a Perry.

—Si no he entendido mal su declaración —dijo Mason—, este papel fue escrito en la máquina hallada en la alcoba de la señora Basset. Después de haber sido escrito, lo llevaron al cuarto en que se halló el cadáver y lo introdujeron en la máquina que allí había, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—Gracias. Nada más.

El juez hizo una nota en un bloc y, dirigiéndose a Burger, dijo:

—Otro testigo de cargo, señor Fiscal.

—Arturo Colemar —llamó Burger.

Colemar compareció, tomó el juramento y se dejó caer en el asiento reservado a los testigos. Parpadeaba, como si estuviese un poco aturdido por el lugar en que se encontraba.

—¿Se llama usted Arturo Colemar?

—Sí.

—¿Cuál es su profesión y quién fue la última persona en darle trabajo?

—Era el secretario del señor Hartley Basset.

—¿Cuánto tiempo llevaba usted trabajando a sus órdenes?

—Tres años.

—¿Cuándo le vio usted por última vez?

—El día catorce de este mes.

—¿Estaba vivo o muerto?

—Muerto.

—¿Dónde estaba?

—En su despacho particular.

—¿Cómo es que le vio usted allí, entonces?

—Había ido a un espectáculo. Cuando regresé encontré que en la casa reinaba mucha confusión. La gente corría de un lado a otro, muy excitada al parecer. Pregunté qué ocurría y me dijeron que el señor Basset, estaba muerto. Alguien me llevó a su despacho para que lo identificara con toda certeza.

—Creo —dijo Burger—, que ya he dejado demostrado lo del

corpus delicti, conque no trataré el asunto de la muerte más extensamente con este testigo... Deseo hacer resaltar, por medio de este testigo, otros hechos.

El juez asintió con un movimiento de cabeza. Mason, arrellanado cómodamente en su asiento, nada dijo.

—Como es natural, conocerá usted íntimamente a la acusada, señora Sylvia Basset.

—Sí, señor.

—¿El señor Basset tenía el despacho en su propia casa?

—Sí, señor, en el mismo edificio. Creo que éste, originalmente, había sido construido para formar dos casas gemelas, o para cuatro pisos, no estoy muy seguro de cuál de las dos cosas.

—Y ¿el señor Basset usaba la parte oriental del edificio como despacho?

—La planta baja del lado oriental sí, señor.

—¿Dónde dormía usted?

—Arriba, en la parte de atrás de la casa.

—¿Dónde trabajaba?

—En la parte que el señor Basset había destinado para oficinas.

—¿Tenía usted ocasión, de vez en cuando, de hablar con la señora Basset?

—Con frecuencia.

—¿Tuvo usted ocasión de hablar alguna vez con ella acerca de la cantidad de seguro de vida que estaba pagando el señor Basset?

—Sí, señor.

—¿Cuándo tuvo lugar esa conversación?

—Protesto de esa pregunta por considerar que es incompetente, ya que no hace al caso —dijo Mason.

—No se admite la protesta —respondió el juez, con el rostro como el granito.

—Señor Juez —dijo Burger— tengo la intención de demostrar motivo por medio de este testigo. Creo que estoy en mi derecho y...

—La protesta no fue admitida —contestó el juez—. Es más, este Tribunal no está dispuesto a reconocer que esa pregunta no haga al caso. La experiencia demuestra que el deseo de beneficiarse es uno de los motivos más frecuentes en casos de asesinatos. Si el ministerio fiscal puede demostrar que existe tal motivo tiene perfecto derecho a hacerlo.

Mason se encogió de hombros.

—Dicha conversación —declaró el testigo— tuvo lugar tres días antes de la muerte del señor Basset.

—¿Quiénes se hallaban presentes?

—La señora Basset, Ricardo Basset y yo, nada más.

—¿Dónde tuvo lugar la conversación?

—En el vestíbulo junto a la escalera, y muy cerca de su alcoba.

—¿Qué se dijo?

—Me preguntó si estaba yo familiarizado con los asuntos del señor Basset y yo le contesté que sí. Me preguntó el importe exacto del seguro de vida que se había hecho el señor Basset. Yo le dije que preferiría que se lo preguntara al propio interesado. Ella me dijo que no fuese tonto, que el seguro se había hecho para protegerla a ella y dijo, aproximadamente, las siguientes palabras: «Colemar, usted sabe muy bien que el seguro se hizo en beneficio mío».

»Yo nada respondí y, después de un momento, dijo ella: «¿No es cierto, acaso?». Entonces le contesté: Claro está, señora Basset, puesto que lo pone usted así, no hay razón para que yo la contradiga. Pero preferiría que hablara usted con el señor Basset acerca de la naturaleza, la extensión y el tipo del seguro.

»Dijo ella que le parecía que el señor Basset se había asegurado en una cantidad demasiado elevada y que iba a pedirle que se diera de baja de algunas de las pólizas.

—¿Dijo, exactamente, a qué pólizas se refería?

—No, señor.

—Así pues, ¿el fin de su conversación era asegurarse de que el señor Basset estaba asegurado...?

Mason le interrumpió:

—Protesto contra esa pregunta por considerarla argumentativa y porque exige una conclusión del testigo. Este hombre está dando testimonio en cuanto al motivo de la pregunta de la acusada. Las palabras hablan por sí mismas.

—Se admite la protesta —dijo el juez.

—Pues bien —prosiguió Burger, con gesto de inquebrantable resolución—, ¿conoce usted a Peter Brunold, uno de los acusados en esta causa?

—Sí, señor.

—¿Cuándo le conoció por primera vez?

—Hace cosa de una semana o diez días.

—¿Cómo ocurrió?

—Salía de la casa en el preciso momento en que llegaba yo. Dijo que había ido a ver al señor Basset; pero que el señor Basset no estaba y me preguntó si sabía yo cuándo volvería.

—¿Qué le contestó usted?

—Le dije que el señor Basset no estaría de regreso hasta tarde.

—¿Y Brunold salía de la casa en aquel momento?

—Sí, señor.

—¿Dónde había estado usted?

—Atendiendo a unos recados del señor Basset.

—¿Iba usted en el coche del señor Basset?

—Sí, señor; en el sedán grande.

—¿Esa fue la primera vez que vio usted al señor Brunold?

—Sí, señor.

—¿Le volvió a ver más adelante?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—La noche del crimen.

—Y ¿cuándo le vio usted entonces?

—Le vi salir corriendo de la casa.

—¿Se refiere a la casa de Basset?

—Sí, señor.

—No quiero que exista el menor mal entendido sobre el particular. Cuando dice usted la casa, ¿se refiere a la casa en que el señor Basset tenía sus oficinas y donde vivía?

—Sí, señor.

—Y ¿dice que el señor Brunold salió corriendo de esa casa?

—Así es.

—¿A qué hora fue eso?

—Cuando yo regresaba del espectáculo que he mencionado.

—¿Cómo regresaba usted?

—A pie.

—¿Habló con el señor Brunold?

—No, señor. El señor Brunold no me vio a mí. Pasó corriendo por el otro lado de la calle.

—¿Le pudo ver claramente?

—No todo el tiempo; pero, cuando pasó junto a un farol, pude

ver claramente sus facciones. Le vi entonces y le reconocí.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Me acerqué a la casa y vi que estaba ocurriendo algo anormal. Vi gente que corría de un lado a otro, por delante de las ventanas. Se movían muy aprisa.

—¿Qué vio usted?

—Vi a la señora Basset y a su hijo Ricardo.

—¿Qué estaban haciendo?

—Estaban inclinados sobre alguien en la sala de espera. Luego la señora corrió a llamar a Edith Brite. Vi a Edith correr de otra parte de la casa y entrar en la sala.

—¿Qué hizo usted?

—Obedecí y me retiré a mi cuarto.

Burger le dijo a Mason:

—Interrogue.

Mason, levantándose de su asiento, preguntó:

—Mas tarde, fue usted al despacho e identificó el cadáver de Hartley Basset, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Por entonces, ¿oyó usted decir que la joven que había estado echada en el diván cuando entró usted en la casa al volver del «cine» reconocería al hombre que había visto salir del despacho si volvía a verle?

—Sí, señor; oí decir que existía tal testigo.

—Ella estaba en una habitación oscura; pero la luz pasaba por encima de su hombro de forma que, mientras sus facciones se hallaban en la oscuridad, la luz iluminó el rostro del asesino luego que le hubo ella arrancado el antifaz.

—Oí decir que tal era el caso, sí, señor.

—¿A qué viene todo eso? —inquirió Burger—. ¿Está usted intentando hacer constar todo lo que dicen los rumores? Nosotros objetamos contar todo lo que pueda haber dicho Hazel Fenwick.

—Forma parte —indicó Mason— de la *res gestae*. Tengo derecho a poner a prueba la memoria de este testigo y ver si recuerda perfectamente lo que ocurrió inmediatamente después de su entrada en la casa.

—Pero —observó Burger—, sólo con el fin de poner a prueba su memoria y no con objeto de descubrir qué ocurrió.

—Eso es cuanto he preguntado hasta ahora.

—Está bien. Si queda entendido que ése es el objeto de su interrogatorio, nada tengo que decir.

—Oiga, Colemar, si un hombre se pusiera antifaz, sería porque tenía deseos de ocultar las partes de su rostro que pudieran servir para identificarle, ¿no es cierto?

—Esa pregunta, señor defensor —dijo el juez—, es argumentativa.

—No pienso objetar cosa alguna —anunció Burger—. Voy a dejar en completa libertad al defensor.

—Gracias —dijo Perry—; las preguntas son preliminares. Sólo quería señalarle una o dos cosas al testigo a fin de preparar una base preliminar para algunas de las preguntas que pienso hacer después.

—Prosiga —dijo el juez—, puesto que el ministerio fiscal nada tiene que objetar.

—¿Le pareció a usted improbable —inquirió Mason— que un hombre que usara un antifaz para ocultar sus facciones, exhibiera la cuenca vacía de un ojo por uno de los agujeros del antifaz, descubriendo así lo más llamativo de su rostro, a saber, el hecho de que le faltara un ojo?

—No lo sé, señor —respondió Colemar.

—Sólo le pregunto si no le pareció improbable por entonces esa parte del relato de la señorita Fenwick.

—No lo creo. No señor.

—Es evidente —prosiguió Mason—, que el disparo fatal fue hecho con el revólver que se hallaba oculto bajo la manta y el edredón, para que el ruido de la detonación quedara amortiguado, ¿no es cierto?

—Eso es lo que yo deduje al inspeccionar el lugar.

—Es también evidente que un hombre enmascarado no podía haber entrado en el despacho del señor Basset con una manta y un edredón colgados del brazo y haberse acercado lo suficiente a su víctima para hacer el disparo sin haber alarmado al señor Basset. ¿No es cierto?

—Supongo que sí.

—Sin embargo, por la posición en que fue hallado el cadáver del señor Basset, se deduce que había estado sentado a su mesa y que

no había hecho más que caer hacia adelante al ser disparado el tiro. No había luchado. No había sacado el revólver que llevaba debajo del brazo, ¿no es así?

—Señor Juez —interrumpió Burger—, esas preguntas son claramente argumentativas. Este testigo no es un experto y...

Perry Mason sonrió con cortesía.

—Creo —dijo— que el señor fiscal tiene toda la razón.

Hubo movimiento en la parte de atrás de la sala. Algunos de los espectadores se vieron apartados a un lado y a otro. Perry Mason alzó la voz, para no perder la atención del tribunal.

—Su Señoría comprenderá —dijo—, que este testigo ha colocado definitivamente *a ambos* acusados en situación comprometida. Creo, por lo tanto, que tengo el derecho de interrogarle acerca de sus motivos y...

El jaleo que se había armado en la parte de atrás de la sala, creció en volumen. Una voz de hombre gritó:

—¡Somos agentes! ¡Paso!

El juez dio unos golpes de mazo y miró hacia el lugar del tumulto. La expresión de su rostro expresaba irritación judicial en pugna con curiosidad humana.

Burger se puso en pie de un brinco.

Perry Mason, que se hallaba en pie ya, no le dio a Burger oportunidad de hablar. Alzó la voz y gritó:

—Señor Juez, exijo la atención completa del testigo y del Tribunal. Si, por cualquier motivo, no fuera ello posible, exijo que este testigo sea retirado del banquillo hasta que tenga yo oportunidad de interrogarle sin que se distraiga la atención del testigo, así como la del tribunal.

Burger dijo, tranquilamente:

—Con permiso del Tribunal, yo iba a proponer lo mismo. Está teniendo lugar una interrupción inevitable. Iba a proponer que fuera retirado el testigo...

El juez Winters dio repetidos golpes con su mazo.

—¡Orden! —gritó—. O haré despejar la sala.

—Soy agente de la policía —gritó un hombre desde la parte de atrás de la sala.

—Me tiene sin cuidado quién sea usted —gritó el juez—. Se le multará por desacato al Tribunal. El Tribunal está en plena sesión.

—Con el perdón del Tribunal —insistió Burger, con cortesía; pero con voz que tenía un dejo de firmeza—, estoy completamente de acuerdo en que sea retirado el testigo. Es más, pediré que sea retirado. Entra en este momento en la sala un testigo de mucha importancia. Deseo interrogar a dicho testigo y, cuando lo haya hecho, no creo que tenga necesidad ya de llamar a ningún otro testigo. Salvo, tal vez, en lo que se refiere a la complicidad de la señora Basset en dicho crimen. Creo que este testigo completará el caso del ministerio fiscal contra Brunold.

—Y yo protesto, considerando la declaración impropia y argumentativa, y la conceptúo un desacato.

Burger, con el rostro encendido, exclamó:

—No está más que tendiendo una cortina de humo para que no se fije nadie en usted. Va a tener usted algo de sobra que preocuparle dentro de unos instantes.

—¡Orden! —interrumpió el juez—. Tendré orden en esta sala y no permitiré que el defensor y el fiscal se dirijan más comentarios personales. ¡Silencio o hago despejar la sala!

Se hizo cierto silencio en la sala. Burger, con el rostro congestionado, dijo en voz ahogada:

—Señor Juez, me he dejado dominar por la exaltación. Pido perdón al Tribunal...

—Su excusa no se admite —respondió el juez, con severidad—. Este Tribunal le ha llamado la atención anteriormente por haberse permitido usted hacer comentarios personales al defensor. ¿Qué es lo que desea usted?

Burger se dominó haciendo un visible esfuerzo.

—Deseo retirar al señor Colemar del banquillo de los testigos, a fin de colocar a este otro testigo en su lugar. Quisiera, sin embargo, que se suspendiera la sesión unos instantes.

—Si el fiscal —dijo Perry—, desea que este testigo ocupe el banquillo, debiera estar dispuesto a hacerlo inmediatamente, sin interrogatorio en privado.

—Señor Juez —protestó Burger—, se trata de un testigo hostil. Se ha ausentado de la jurisdicción del Tribunal. Tendré que manejarla como a testigo hostil. Pero lo que ella puede declarar es de enorme valor.

—¿Se refiere usted a Hazel Fenwick? —inquirió el magistrado.

—Sí.

El juez movió afirmativamente la cabeza.

—Señor Colemar —dijo—, puede usted abandonar el banquillo. Que comparezca la señorita Fenwick.

—Esos hombres tendrán que abrir paso, señor Juez —indicó Burger—. Los pasillos están atestados de gente.

—¡Que despejen los pasillos!

—Si pudiéramos suspender la sesión unos instantes... —suplicó Burger.

El juez vaciló unos instantes. Luego dijo:

—El Tribunal suspende la sesión durante cinco minutos.

Dos agentes se abrieron paso por el pasillo, sujetando entre los dos a una mujer, cuyo rostro estaba pálido.

El juez, poniéndose en pie, la miró con curiosidad un instante; luego se retiró a su cámara.

Las miradas de todo el mundo convergieron en la esbelta, morena y bien formada joven.

Ésta dirigió una mirada suplicante, llena de angustia, a Mason. Luego apartó rápidamente la vista. Los agentes la empujaron hacia delante. Alguien abrió la puerta de la valla de caoba y la joven entró en el espacio reservado para los abogados.

Burger se acercó a ella con una sonrisa, para granjearse sus simpatías. Los espectadores alargaron el cuello para intentar ver lo que ocurría, los que no podían ver, intentaban escuchar. No se oía el rumor de conversaciones tan característico en los momentos en que se suspende una sesión durante una causa importante.

Burger miró a su alrededor; luego cogió a Telma Bevins del brazo, la condujo a un rincón, próximo a la mesa del repórter del Tribunal y empezó a hablarle en susurros.

Ella movió negativamente la cabeza. Burger le dirigió una mirada amenazadora, disparó una serie de comentarios en voz baja y finalmente volvió, al parecer, a hacerle otra pregunta. Ella medio miró a Perry Mason; pero se contuvo antes de haber vuelto la cabeza del todo hacia él, volvió a mirar a Burger y apretó obstinadamente los labios.

Los que se hallaban sentados en la primera fila de la sala, oyeron claramente, la ronca amenaza del fiscal.

—¡Vive Dios —exclamó—, si intenta usted esas triquiñuelas, la

pondré en el banquillo de los testigos y, bajo juramento, la obligaré a hablar! Este es un interrogatorio preliminar. Lo que usted tenga que decir en relación con el asunto será de importancia. La encarcelaré por desacato al Tribunal si se obstina en no hablar.

Los labios de la muchacha permanecieron cerrados.

El rostro de Burger se ensombreció. Dirigió una mirada malévola a Perry Mason que, cortésmente sereno, encendía un cigarrillo.

Burger se sacó el reloj del bolsillo y dijo, en la misma voz ronca:

—Le voy a dar a usted una oportunidad más. Le quedan a usted sesenta segundos justos para hablar y decir la verdad.

Fijó la mirada en el reloj. Telma Bevins, muy derecha, tenía la vista fija, desdeñosamente, en la lejanía, el rostro muy pálido y los labios comprimidos.

Un periodista emprendedor, aprovechando la ocasión de que el Tribunal no se hallaba en sesión, enfocó la máquina, disparó una carga de magnesio y tomó una fotografía, una fotografía en que se veía a Telma Bevins sombría y retadora, a Burger reloj en mano, amenazador e impaciente mientras, en segundo término, Perry Mason, contemplándoles con una expresión de sardónico humor en el semblante, fumaba un cigarrillo.

Burger se volvió al periodista y gritó:

—¡Oiga, fotógrafo, guarde su máquina!

—El Tribunal no está en sesión —contestó el interpelado, abriéndose paso entre la muchedumbre con su codiciada fotografía.

Burger se guardó el reloj.

—Está bien —le dijo a Telma Bevins—; usted lo quiere. Aténgase a las consecuencias.

Ella no dio señales de haberle oído. Siguió mirando al frente como si hubiera estado tallada en mármol.

El juez volvió a entrar en la sala, ocupó su asiento en el estrado y dijo:

—Se reanuda la sesión. ¿Están ustedes preparados, señores?

Perry Mason contestó, arrastrando mucho las sílabas:

—*Completamente* preparados, señor Juez.

El semblante de Burger expresaba rabia. Dijo:

—Hazel Fenwick, ocupe usted el banquillo de los testigos.

La mujer no se movió.

—¡Ya me ha oído usted! —gritó Burger—. ¡Ha de ocupar el

banquillo de los testigos! Alce la mano derecha y tome el juramento y luego ocupe esa silla.

—Yo no me llamo Hazel Fenwick.

—¿Cómo se llama?

—Telma Bevins.

—Pues bien, Telma Bevins, alce la mano derecha, tome el juramento y ocupe el banquillo de los testigos.

Ella vaciló unos instantes. Luego alzó la mano derecha y tomó el juramento. Se sentó en la silla reservada para los testigos.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Burger, en voz muy alta.

—Telma Bevins.

—¿Usó usted alguna vez el nombre de Hazel Fenwick?

Ella vaciló.

La voz de Perry Mason era cortés a más no poder y tenía cierto dejo de protección.

—Señorita Bevins —dijo—, si no quiere usted responder a esa pregunta, no tiene necesidad de hacerlo.

Burger se volvió a él y exclamó:

—¿Comparece usted ahora como abogado de esta joven?

—Puesto que tanto le interesa, sí, señor.

—Eso —afirmó Burger—, le coloca a usted en una situación un poco sospechosa, sobre todo en vista de la duda que ha surgido en cuanto a la relación que pueda usted haber tenido con su huida de este Estado.

Mason hizo una reverencia y dijo:

—Gracias, señor fiscal. Estoy perfectamente capacitado para calcular las consecuencias de mis propios actos. Repito, señorita Bevins, que no tiene usted necesidad de responder a esa pregunta.

—Sí que tiene necesidad de contestarla —exclamó Burger, volviéndose hacia la testigo y señalándola con un dedo—. *Tiene* usted que responder a esa pregunta. Es una pregunta pertinente y exijo una contestación.

El juez movió afirmativamente la cabeza y dijo:

—Da la casualidad, señor Mason, que es el Tribunal quien ha de decir qué preguntas han de ser contestadas y cuáles no. Esta es una pregunta pertinente y ordeno a la joven que la conteste. Si se niega a hacerlo, lo consideraré un desacato al Tribunal.

Perry Mason dirigió una sonrisa animadora a Telma Bevins.

—No tiene usted obligación de contestarla —dijo.

El juez soltó una exclamación. Burger se volvió para encararse con el abogado, exteriorizando su exasperación.

Perry Mason prosiguió en el mismo tono de voz, como si no hubiera hecho más que pararse en medio de una frase:

—... si cree que el responder a esa pregunta pudiera comprometerla. Lo único que necesita usted hacer, señorita Bevins, es decir: «Me niego a contestar, basándome en mi privilegio constitucional de que la respuesta pudiera comprometerme». Una vez haya dicho eso, no hay fuerza en la Tierra que pueda obligarla a responder a la pregunta.

Telma Bevins le dirigió una sonrisa y dijo:

—Me niego a contestar, basándome en mi privilegio constitucional de que la respuesta pudiera comprometerme.

Se hizo el silencio en el grupo reunido en torno del asiento de la testigo. Por fin Burger suspiró. Aquel suspiro era una elocuente confesión de su derrota.

Se volvió de nuevo a Telma Bevins.

—Usted —dijo—, se hallaba en el domicilio de Basset en el momento de ser asesinado Hartley Basset, ¿no es cierto?

Ella miró a Perry Mason.

—Niéguese también a contestar a eso —le dijo éste.

—¿Cómo puede comprometerle el contestar a esa pregunta? —le preguntó Burger al juez Winters.

Mason se encogió de hombros y dijo:

—Creo —afirmó—, que si mal no recuerdo, la ley especifica que es el testigo quien ha de juzgar eso. Es muy probable que una explicación pudiera ser más comprometedora aún que una respuesta.

Telma Bevins, guiándose por los comentarios de Perry, sonrió y dijo:

—Sea como fuere, me niego a contestar a la pregunta que *debiera* aclarar el punto.

El juez carraspeó; pero nada dijo. Burger frunció el entrecejo; luego emprendió otra línea de ataque, con rabia.

—¿Conoce usted a Perry Mason? —preguntó.

El juez se inclinó hacia delante y dijo con judicial solemnidad:

—Desde luego la contestación a esa pregunta, fuera cual fuere,

nada de comprometedor puede tener. El Tribunal, por lo tanto, le pide que la conteste.

—Sí —repuso ella.

—¿Fue usted a Nevada a instancia de Perry Mason?

La joven miró aturdida a Perry Mason. Éste dijo:

—También voy a aconsejar a la testigo que no responda a esa pregunta, basándose en sus derechos constitucionales; pero, para conocimiento del Tribunal y del señor Fiscal, declararé que fui yo quien propuso a esta señorita que se fuera a Reno y que fui yo quien le pagó el viaje.

Si le hubieran cruzado la cara al fiscal con una toalla mojada, no hubiera podido expresar una mayor sorpresa.

—Usted... ¿*qué*? —exclamó.

—Yo le pagué a esta señorita el viaje a Reno y le sugerí que se fuera allí —respondió el abogado—. Por añadidura, yo pagué los gastos de su permanencia allí.

—Y ¿se presenta usted como defensor de esta joven? —inquirió Burger.

—Sí.

—Y... ¿se niega usted a permitirle que responda a pregunta alguna?

—Me niego a permitirle que conteste a las preguntas que le ha hecho usted hasta ahora y no creo que le permitiré contestar a ninguna de las preguntas que pueda usted dirigirle.

Burger se encaró de nuevo con la testigo.

—¿Cuánto tiempo hace que conocía usted a Ricardo Basset? —preguntó.

—Niéguese a contesta a esa pregunta —indicó Perry—, alegando que la respuesta pudiera comprometerla.

El juez se inclinó hacia delante para mirar, fijamente a Perry Mason.

—Señor defensor —dijo—, el Tribunal empieza a creer que está usted aconsejando a la testigo que no conteste preguntas, alegando que la respuesta pudiera comprometerla, no porque crea que las respuestas puedan comprometerla a *ella*, sino porque cree que puedan comprometerle a usted. El Tribunal le va a proporcionar a usted la ocasión para que se explique y, si resulta que las sospechas del Tribunal son justificadas, tomará medidas drásticas.

—¿Se me va a proporcionar la ocasión de hablar? —inquirió Perry.

—Desde luego —respondió el juez, con dignidad.

—Está bien. En tales circunstancias se hace necesario que yo haga una declaración, señor Juez, una declaración que tenía la esperanza de no hacer.

»La noche en que fue asesinado Hartley Basset, una joven se hallaba sentada en uno de los despachos exteriores. Mientras aguardaba allí y en un momento que parece haber sido inmediato al asesinato un hombre apareció en el cuarto. Llevaba el rostro cubierto con un antifaz hecho de papel carbón. Se habían practicado dos agujeros en el mismo. Por uno de ellos se veía una cuenca vacía.

El juez dijo, con brusquedad:

—Señor defensor, ¿tiene eso algo que ver con la joven y con su motivo para negarse a responder a las preguntas que se le hacen?

—Señor Juez, no es esa la cuestión. Se me pregunta por qué aconsejo a la señorita que no responda a las preguntas. Estoy contestando a ese punto y le aseguro a Su Señoría que, cuando haya acabado, Su Señoría verá que todo cuanto estoy diciendo ahora es pertinente, aun cuando parte de ello pueda ser argumentativo.

—Está bien, continúe.

—La joven lanzó un grito. El hombre le dio un golpe. Ella le asió el antifaz y se lo arrancó. Pudo ver sus facciones. Dada la forma en que entraba la luz, él no pudo distinguir las facciones de ella. Volvió a darle un golpe, la dejó sin conocimiento y con toda seguridad, creyó haberla matado. Luego huyó. Pues bien, señor Juez: esa joven es la única persona viva, que yo sepa, que haya visto el rostro del hombre que salió del cuarto inmediato después de haber sido cometido el asesinato.

—Su propio argumento —dijo el juez—, me convence de que es una ofensa muy seria el intentar suprimir semejante testimonio y una ofensa doblemente seria hacer desaparecer semejante testigo, de la jurisdicción del Tribunal.

—No estoy discutiendo ese punto de momento. No hago más que explicar por qué he aconsejado a esta joven que no respondiera a pregunta alguna, alegando que el hacerlo pudiera comprometerla.

—Esta es una situación extraordinariamente asombrosa, señor

defensor —dijo el juez.

—No digo yo lo contrario. Sólo intento dar la explicación que Su Señoría dijo me proporcionaría la ocasión de dar.

—Bueno; siga y dela.

—Salta a la vista —prosiguió Perry Mason— que el antifaz fue una cosa hecha aprisa. El hombre que entró en el despacho de Basset iba dispuesto a cometer un asesinato. Iba dispuesto a disparar y, sin embargo, había tomado sus medidas para impedir que el revólver hiciese un ruido lo bastante alto para que se oyese. En otras palabras: llevaba el revólver escondido debajo de una manta y un edredón, que servían para dos cosas; para ocultar el arma a su víctima y para amortiguar la detonación. Todo eso demuestra premeditación. También debió de preparar, por adelantado, una nota escrita a máquina para dejarla metida en la máquina de Basset.

—Ahora —dijo el juez, frunciendo el entrecejo—, está usted discutiendo contra su propio cliente.

La voz de Perry Mason siguió siendo cortés.

—Estoy intentando, señor juez, con toda la paciencia del mundo, dar las explicaciones que usted me pidió, la explicación de mi actitud al negarme a permitir que esta joven respondiera a pregunta alguna.

—Pero está usted violando la ética profesional al volverse contra una persona a la que representa en una causa por asesinato.

—No necesito que este Tribunal me dé lecciones acerca de la ética de mi profesión ni de mis deberes para con mi representado.

—Como usted guste —respondió el juez, ensombreciéndose aún más su rostro—; prosiga sus explicaciones y sea breve. Si no resultan satisfactorias, se le considerará culpable de desacato.

—Por desgracia —dijo Mason—, la explicación ha de ser completa para que sea explicación. Estoy llamando la atención, del Tribunal hacia varios detalles muy significativos. Uno de ellos es que, de haber tenido el hombre la intención de salir por el despacho anterior, hubiera preparado el antifaz con tiempo. El crimen demuestra premeditación. La *huida* todo lo contrario. El antifaz se hizo aprisa. Lo hizo de materiales que encontró a mano después de haber sido cometido el asesinato.

»Pues bien, señor juez, yo sostengo que este plan de huida, ese

plan de exhibir el rostro enmascarado con una cuenca vacía, fue ideado por el asesino después de haber cometido el asesinato por la sencilla razón de que, una vez cometido, se dio cuenta del potencial significado del ojo de cristal que su víctima tenía en la mano.

»Es, evidentemente, imposible que se cayera el ojo accidentalmente al asesino de su órbita o que pudiera haberlo arrancado Basset en lucha. Un ojo de cristal ha de quitarse deliberadamente si es un ojo de cristal bien hecho. Éste era un ojo de cristal bien hecho. Por lo tanto, ¿por qué había de haberse quitado el asesino deliberadamente el ojo y exhibido deliberadamente la cuenca vacía a un testigo? Sólo hay un motivo, señor juez, y es que tuviese él un ojo de cristal; pero que sabía que una de las personas sospechosas que sería interrogada por la policía tenía un ojo de cristal y, con toda seguridad sospechaba que el ojo del muerto tenía en la mano era propiedad de dicho sospechoso.

—Todo eso —dijo el juez con impaciencia—, no pasa de ser argumentativo. Es la clase de argumento que presentaría usted al Tribunal para asegurarse de que sus clientes fueran procesados. Aun cuando he de decir, señor defensor, que sus comentarios acerca de deliberación y premeditación por parte del asesino ayudan mucho a influenciar a este Tribunal a favor del ministerio fiscal, no se está usted limitando a la explicación que se le pidió. No hace usted más que discutir.

Perry Mason inclinó levemente la cabeza y dijo:

—Estaba a punto de declarar que cuando la joven en cuestión, que era la única que podía identificar al hombre, se levantó del diván, se tambaleó y extendió los brazos para no caerse. Sus manos se posaron sobre la vidriera de la puerta. Se me ocurrió que dicha joven, por lo tanto, había dejado un juego completo de huellas digitales. Obrando de acuerdo con mis instrucciones, unos detectives hicieron resaltar debidamente las huellas y las clasificaron con toda meticulosidad.

»La clasificación demostró que a la joven en cuestión le andaba buscando la policía con mucho interés, pues se trataba nada menos que de una Barba Azul femenina. Ha tenido la costumbre de casarse y sus maridos han tenido la costumbre de morirse pocas semanas o pocos meses después de su matrimonio. En todos los casos, la mujer ha heredado bienes y luego ha vuelto a casarse.

El juez miró a Perry Mason en escandalizado e incrédulo silencio. Burger se sentó lentamente, respiró dos o tres veces; luego volvió a levantarse con idéntica lentitud. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos de sorpresa.

—Hemos averiguado —prosiguió Perry Mason, sin inmutarse—, que la policía ha seguido varios de los casos hasta el punto en que puede decirse que están en situación de demostrar que se trata de asesinatos. Dicha joven se casó, secretamente, con Ricardo Basset. El matrimonio en cuestión era bígamo. Le quedaba a la muchacha un marido vivo, es decir, le quedaba por lo menos un marido, tal vez varios. El motivo de que dicho marido quedara vivo fue que había mentido respectó a sus bienes de fortuna y se había negado a asegurarse la vida a favor de ella. Por consiguiente, no valía la pena matarle.

»Tengo pruebas de todo lo que digo. Aquí, en este sobre, hay una serie completa de documentos con los antedecentes de la joven en cuestión. Es para mí un verdadero placer entregar estos documentos, junto con copias fotográficas de las huellas digitales halladas en el cristal, al fiscal de esta causa.

»Ahora, señor Juez, desafío al señor fiscal a que asegure que, al aconsejar yo a esta joven que no respondiera a pregunta alguna alegando que pudiera comprometerse, no he hecho uso de mis derechos como abogado.

Burger tomó el sobre que Perry Mason le entregaba. Sus dedos resultaron torpes de grande que era su persona.

El juez se acarició la barbilla unos instantes. Luego dijo, lentamente:

—Señor defensor, este Tribunal jamás ha oído salir de los labios de un abogado declaración tan asombrosa, ni ha visto traicionar de semejante manera los intereses de una cliente a la que representa. El Tribunal no logra comprender semejante declaración. El Tribunal comprende, naturalmente, que algunos de sus comentarios se refieren a hechos que ha averiguado y que, probablemente, es deber suyo comunicar a los representantes de la ley; pero la forma en que ha sido hecha esa declaración, los términos en qué ha sido concebida, todos tienden a militar contra los intereses de esa joven. Y, sin embargo, ¿usted se presenta como defensor suyo?

Perry Mason movió afirmativamente la cabeza y dijo, con

indiferencia:

—Como es natural, señor juez, yo no quería hacer semejante declaración y no la hubiese hecho de no haberme obligado a ello el Tribunal. Pero Su Señoría insistió en que yo aconsejaba a esta joven que no respondiera a pregunta alguna nada más porque quería protegerme yo y no protegerla a ella. Creo que Su Señoría se dará cuenta ahora de que yo sabía muy bien lo que me hacía.

El juez empezó a decir algo; pero le interrumpió Burger, que se puso en pie de un brinco con una fotografía en la mano; la fotografía del rostro de una mujer visto de frente y de perfil, debajo de la cual aparecía una descripción impresa y copia de unas huellas digitales.

Tenía en la otra mano, una prueba fotográfica de un juego completo de huellas digitales. Agitó los dos papeles en dirección a Perry Mason.

—¿Son éstas —exigió—, las huellas digitales que se hallaron en la puerta?

—Esa es una prueba fotográfica de dichas huellas.

—Y... ¿corresponden exactamente con las huellas digitales que aparecen al pie del documento que tengo en la mano derecha?

—Exactamente —contestó Mason.

—En tal caso —gritó Burger, agitando el papel—, aquí se ha hecho alguna jugarreta porque la fotografía de esta Barba Azul femenina no es la de esta joven ni mucho menos.

Perry Mason le dirigió una sonrisa serena.

—Eso —dijo—, es cosa que puede decirle usted al Tribunal Extraordinario.

En la sala se desencadenó un tumulto imponente.

Capítulo XVII

El juez intentó, durante tres minutos, restablecer el orden en la sala sin lograrlo. Por fin suspendió la sesión durante diez minutos y ordenó que fuera despejada la sala. Un mujer se presentó a Perry Mason.

—El juez Winters quisiera verle a usted y al fiscal del distrito en sus habitaciones —dijo.

Mason movió afirmativamente la cabeza y siguió al hombre a las habitaciones del juez. Un momento después entró el fiscal.

Burger dirigió una mirada malévola al abogado y luego dijo, con fría dignidad:

—¿Deseaba usted verme, señor juez?

—Quiero discutir el singular desenlace de este asunto con ustedes.

—Nada tengo yo que discutir con Perry Mason —anunció Burger—. Que esta mujer sea Hazel Fenwick o deje de serlo, nada tiene que ver con la aparición de Perry Mason ante el Tribunal Extraordinario.

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo Burger.

El juez alzó la cabeza, molesto, y frunció el entrecejo. La puerta se abrió y el sargento Holcomb entró en el cuarto.

—Perdonará usted que me haya tomado esa libertad, señor juez —dijo Burger—; pero, dadas las circunstancias, he pedido al sargento Holcomb que detenga a Perry Mason.

—Acusado... ¿de qué? —inquirió el abogado.

—De impedir que declare un testigo.

—Esa señorita no era un testigo. No sabía, ni una palabra del asunto. Ni siquiera había leído la noticia en los periódicos. Era una extraña por completo.

—La mandó usted a Reno para que se pasara por Hazel Fenwick ayudando así a la verdadera Hazel Fenwick a que se escapara.

—No hice tal cosa. Hazel Fenwick se había escapado ya antes de que conociese yo siquiera a Telma Bevins. En vista de la información que le di a usted en la sala, debiera de comprender perfectamente por qué se ha escondido Hazel Fenwick. Sin duda alguna la detendrá la policía. Ahora que saben algo más de ella, estarán al tanto para echarle el guante.

»Y, en cuanto a decirle a esa joven que se pasara por Hazel Fenwick, yo no he hecho tal cosa. Mandé a un hombre a servir unos papeles a Reno. Envié a esa mujer a aceptar el servicio de esos papeles. En el momento de ser entregados los papeles le dijo claramente al hombre que ella no era Hazel Fenwick; que se llamaba Telma Bevins; pero que estaba dispuesta a aceptar los papeles.

»Por razones de índole particular, deseaba que pareciese que los papeles habían sido servidos en Reno, Nevada. Mis razones no tienen nada que ver con este juicio.

—Pero *¿por qué* lo hizo usted? —inquirió el juez, con severidad—. Eso es lo que yo quiero saber. No me hace mucha gracia discutir este asunto en público hasta que lo haya discutido con usted particularmente. Pero me parece a mi que ha empleado usted todo el proceso de este tribunal para poner en ridículo a cuantas están relacionadas con este asunto, esperando, sin duda, derivar alguna ventaja de ello. Si eso es cierto, se ha hecho usted reo de flagrante desacato al Tribunal y tengo la intención de multarle y encarcelarlo.

—Yo nada he hecho —le advirtió Mason—. Yo no traje a esa joven aquí. Es más. Siguiendo mis instrucciones, se negó a salir voluntariamente de Nevada. Sin duda descubrirá usted que por convenio ante el fiscal y las autoridades de Nevada, se la obligó a salir de dicho Estado y venir aquí.

—Era un testigo de vital importancia. Tenía una citación del Tribunal para ella y se la hice entregar —dijo Burger.

—Precisamente. *Usted* es quien la trajo aquí. Usted fue quien se empeñó en que era Hazel Fenwick. Yo no la traje aquí. Yo no la hice comparecer como testigo.

—Pero... ¿qué esperaba usted ganar haciendo eso? —inquirió el juez—. ¿Por qué le aconsejó que no respondiera a pregunta alguna?

—Contestaré a esa pregunta sólo a condición de que se me permita contestarla detalladamente y por completo y sin ser interrumpido.

—Yo no prometo nada —dijo Burger—, salvo que va usted a comparecer ante el Tribunal Extraordinario y que, entretanto, puede usted considerarse detenido.

—Yo, por mi parte —aseguró el juez—, tendré mucho gusto en escuchar su explicación. Me parece que se me debe esa explicación y que se le debe a usted el escucharle. Tiene usted fama de ser un abogado muy inteligente y muy astuto. Por regla general, todo lo que usted hace obedece a un motivo. Me gustaría saber cuál era el motivo en este caso.

—Conforme, señor juez —respondió Mason—. Todos los presentes parecen haber perdido de vista el hecho de que hay un hombre que tenía motivos para temer a Hazel Fenwick más que ninguna otra persona del mundo. Ese hombre es el asesino de Hartley Basset.

»No sabía qué aspecto tenía Hazel Fenwick. Por lo tanto, si el fiscal del distrito presentara a una mujer que era, aparentemente, Hazel Fenwick, y la colocaba en el banquillo de los testigos, ese hombre creería que estaba perdido irremisiblemente. Como es natural, recurriría a la huida.

»Me parece que ninguno de ustedes se ha dado cuenta de la importancia de los comentarios que hice ante el Tribunal respecto a que Brunold no podía haber cometido el asesinato porque él no hubiera colocado, deliberadamente, su ojo de cristal en la mano de Basset después de cometer el asesinato. Tampoco podía haberle arrancado el ojo Hartley Basset ni, aunque hubiera podido, hubiese Brunold cubierto, deliberadamente, su rostro, dejando visible la cuenca vacía que hubiese resultado uno de los medios más seguros de identificarle.

»Por otra parte, si alguna otra persona de la casa tenía un ojo artificial, no daría pasos de ninguna otra clase para que pareciese que el crimen había sido cometido por un tuerto, diciéndose que así haría que las sospechas recayeran sobre Brunold.

»Intenté obtener fotografías de todas las personas de la casa de cara a una luz fuerte. Como sabrá usted, sin duda alguna, es muy difícil descubrir un ojo artificial si éste está bien hecho, bien

ajustado, y la cuenca no ha sufrido daño alguno. Sin embargo, un ojo humano, varía según la cantidad de luz, contrayéndose o dilatándose la pupila según la cantidad de luz, mientras que un ojo de cristal, claro está, no puede hacer eso. Por lo tanto, la persona fotografiada de frente a una luz fuerte, tendría las pupilas de un diámetro desigual si tuviese un ojo de cristal.

»Dio la casualidad que Colemar se negó a dejarse fotografiar. Eso me hizo desconfiar bastante de él. Estaba pensando si no creería Colemar que la joven que el fiscal hizo comparecer como testigo sería la testigo desaparecida que podía identificarle y si, en cuanto los abobados dejaran de discutir entre sí, no le identificaría. Creo, por lo tanto, que no estaría de más averiguar el paradero actual del señor Colemar.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono y el juez descolgó el auricular, escuchó unos instantes, y dijo:

—Un momento. —Hizo una señal a Perry Mason—. Una señorita deseaba hablarle —dijo.

Mason se acercó al auricular al oído y oyó la voz de Della Street.

—¡Hola, jefe! —exclamó—. ¿Está usted aún fuera de la cárcel?

Él se echó a reír y contestó:

—Mitad y mitad. Medio dentro y medio fuera.

—Bueno, pues he sido un poco estúpida. No me di cuenta de lo que pretendía usted hacer con la Bevins hasta que le aconsejó que no respondiera a pregunta alguna. Entonces se hizo la luz en mi cerebro.

—Buena chica.

—Conque decidí merodear por ahí un poco y ver si alguno de los testigos hallaba ocasión de marcharse del tribunal brusca o sigilosamente.

—¡Buena chica! —repitió—. ¿Hubo algún cliente?

—¡Vaya!

—¿Quien?

—Colemar.

—¿Le siguió usted?

—Sí.

—Eso —murmuró él, frunciendo el entrecejo—, era peligroso. No debió usted hacerlo.

—Me hizo usted una seña. No estaba muy segura si quería usted

decir con ella que todo iba bien o si quería usted que comprendiera su técnica y le siguiera.

—¿Dónde está ahora, Della?

—En el Aeródromo de la Unión. Sale un aeroplano dentro de veintidós minutos. Ha sacado billete en él.

—Procure no dejarse ver. Ese hombre está furiosamente desesperado.

—¿Cómo va la causa?

—Está acabada. Lárguese usted al despacho. Ya me reuniré yo allí con usted.

—Quiero ver el final de este asunto —contestó ella—. Usted aguarde en las habitaciones del juez. Yo le telefonearé si vuelve a salir de estampida.

—No quiero que ande usted por los alrededores. Puede reconocerla de un momento a otro y...

Ella se echó a reír, dijo «hasta la vista, jefe» y colgó el auricular.

Perry Mason consultó su reloj de pulsera y miró al sargento Holcomb.

—Seguramente les interesaría a ustedes saber que Colemar se encuentra en el aeródromo de la Unión y que permanecerá allí unos veintiún minutos aproximadamente. Se me ocurre, sargento, que si se asegurara de que lleva la pistola bien cargada, podría usted llevar a cabo una detención bastante teatral.

Holcomb miró a Burger. Éste frunció el entrecejo pensativamente y luego afirmó, con la cabeza. El sargento llegó a la puerta en tres zancadas. Perry Mason, apoyado en el brazo del sillón, dirigió una sonrisa a Burger.

—Mason —preguntó el fiscal, algo corrido—. ¿Por qué diablo armó usted todo este jaleo e hizo las cosas tan a lo bruto?

—No hice las cosas a lo bruto. Lo único que pasó fue que tuve mala suerte. La testigo que podía haber demostrado la inocencia de mis clientes, estaba perseguida por la policía. Tuvo que salir de estampía. Como es natural, se me culpó a mí de su desaparición y dejó a mis clientes en el atolladero. Con una estratagema, sabía que podía hacerle caer en una trampa a Colemar en el transcurso del interrogatorio; pero quería apelar a todos los recursos posibles. Conque probé esta estratagema. Sabía que si podía hacerle creer que Fenwick había aparecido e iba a dar testimonio contra él, no

tendría más remedio que matarla o que huir. No podía matarla mientras se hallaba ella ante el tribunal, rodeada de policías. Así es que representé una comedia para hacerle creer que estaba perdido, pero que iba a tener unas cuantas horas disponibles mientras los abogados discutían. Calculé que creería que yo había hecho desaparecer, efectivamente, a la muchacha y que sería necesario un interrogatorio ante el Tribunal Extraordinario para obligarla a hablar. Eso le daría a él tiempo para largarse.

—¿Tendría usted inconveniente en explicarme, exactamente, lo que ocurrió? —prosiguió el juez—. Estoy completamente desorientado.

—Colemar —contestó Mason— era el cómplice de Enrique McLane en el desfalco. Le desfalcaron cierta cantidad a Basset. Brunold era el padre del hijo de la señora Basset. Se había pasado años enteros buscándolo después de su desaparición. Cuando la encontró, estaba casada. Fue a verla. El chófer, que era espía de Basset, por poco le pilló. Brunold quería que Sylvia abandonara a Basset. No estaba muy decidida acerca de lo que ella iba a hacer; pero sabía perfectamente que si Hartley Basset lo pescaba a Brunold alguna vez en su cuarto, armaría un escándalo terrible que perjudicaría al hijo. Esa era una de las cosas que quería ella impedir. Conque hizo escapar a Brunold por la ventana. Perdió su ojo de cristal al salir, no el ojo que llevaba puesto, sino uno de repuesto que llevaba en el bolsillo.

»Dicho ojo llegó a manos de Basset. No conocía la identidad del visitante de su esposa, pero sí sabía que Colemar tenía un ojo de cristal. Al parecer, él era la única persona de la casa que lo sabía. Los ojos son de aproximadamente el mismo color, si es que se han fijado ustedes. Basset empezó a desconfiar de Colemar, creyéndole en relaciones íntimas con su esposa... cosa de la que Colemar era completamente inocente. Pero, cuando Basset empezó a vigilar a Colemar, descubrió pruebas de la complicidad de Colemar en el desfalco.

»Enrique McLane fue a casa de Basset, no a ver a Basset y pagarle, sino a obligar a Colemar a que le entregase suficiente cantidad del dinero desfalcado para impedir que Basset le llevara a los tribunales. Por aquella hora, Brunold estaba suplicando por última vez a la señora Basset que abandonara la casa y Ricardo

Basset mandaba a su esposa a que conociera a su suegro.

»Colemar creyó poder interceder por McLane, que un poco de conversación podría ahorrarle mucho dinero. Basset le largó el asunto del ojo de cristal y, probablemente, le envió a buscar los libros de cuentas, dándole a entender cuáles eran sus sospechas. Colemar no le llevó los libros. Cogió un edredón, una manta y un revólver. También escribió a máquina una nota. Más tarde, se dio cuenta de todo, que si la policía no se dejaba engañar por la nota, sospecharía, lógicamente, de él. Eso fue después de haber cometido el asesinato. Conque sacó los pagarés falsificados del fichero, improvisó un antifaz con una hoja de papel carbón y salió corriendo para que la mujer que aguardaba en el despacho exterior viera que el asesino era tuerto. Pensó que eso encajaría divinamente con el hallazgo del ojo de cristal que Hartley Basset aún tenía en la mano. Cuando la mujer le sorprendió arrancándole el antifaz, quedó espantado. Le dio un golpe y salió huyendo. Se metió en el coche de Basset, lo puso en marcha, dio la vuelta a la manzana y lo dejó en el garaje, volvió y fingió haber estado en el «cine». Averiguó entonces que no había matado a Hazel Fenwick. Quería sellarle los labios para siempre. Conque entró en el cuarto en que yacía la joven y se quedó allí. Si le hubieran dejado solo con ella, la hubiese matado; pero la señora Basset le echó de la habitación. Entonces volvió a su cuarto y le explicó a McLane lo ocurrido. Le dijo que lo único que tenía que hacer era insistir en que había pagado los pagarés y nadie podría demostrarle lo contrario. Eso haría parecer que Basset llevaba mucho dinero encima en el momento de ser asesinado, y se creería que lo habían matado para robarle.

Burger, mirando a Perry Mason, preguntó:

—¿Cómo sabe usted todo eso?

—Por simple razonamiento deductivo. ¡Santo Dios, Burger! ¡Si resaltaba tan claramente que es extraño que tuviera usted necesidad de que se lo indicara nadie...! El asesinato *tenía* que haber sido cometido por un mecanógrafo profesional. La nota encontrada en la máquina, había sido escrita por un mecanógrafo profesional que empleaba el sistema del tacto. El asesino, además, tenía que ser alguien que pudiera entrar en el despacho de Basset con algo colgado al brazo sin causar indebida extrañeza, porque Basset no había luchado. Al parecer no se había dado cuenta de que corría

peligro. El asesino tenía que ser alguien que llevara un ojo de cristal y que quisiera que las autoridades supieran que tenía un ojo de cristal. El único motivo para que una persona quisiera anunciar públicamente que llevaba un ojo de cristal tenía que ser porque creería que así las sospechas recaerían sobre otro. Además, la señora Basset quería que Hazel Basset pudiera hablar con Hartley Basset sin ser interrumpida.

Por consiguiente, estuvo espiando la puerta principal hasta haber visto salir el último cliente del despacho de Basset antes de acompañar a Hazel hasta el despacho exterior. Sin embargo, cuando ésta llamó a la puerta del despacho particular, se encontró con que había un hombre dentro, hablando con Basset. Ese hombre debía de ser Colemar, a no ser que fuera alguien que hubiese entrado por la puerta de atrás, cosa muy poco probable.

»Por añadidura, si un tuerto hubiese hecho un antifaz aprisa para cubrir sus facciones, hubiera practicado *un solo* agujero. El hecho de que practicara dos agujeros, demuestra que intentaba dirigir la atención del que le viera, hacia la cuenca vacía de un ojo. Ahora bien, si el asesino hubiese sido Brunold, no hubiera permitido que se le viera la cuenca vacía.

—Entonces —dijo Burger—, a McLane debieron matarle porque iba a hablar.

—Probablemente.

—Pero... ¿por qué diablo le metió el asesino un ojo de cristal en la palma de la mano? Eso debe de haberlo hecho Colemar. ¿Por qué lo hizo?

Perry Mason, con expresión de angelical inocencia, contestó:

—Después de todo, Burger, lo que puede conseguirse mediante el razonamiento deductivo tiene sus límites. Confieso, francamente, que no puedo llegar tan lejos. No puedo darle contestación a eso.

Burger le miró, fijamente, Mason, sin inmutarse, chupó, plácidamente, su cigarrillo.

El juez afirmó, lentamente, con la cabeza.

—Era obvio —dijo—, desde un principio, si uno no se hubiese dejado cegar por una serie de detalles extraños al asunto y se hubiese concentrado en lo evidente.

Perry Mason se desperezó, bostezó y consultó su reloj.

—Me gustaría tener noticias del sargento Holcomb —dijo—.

Espero que podrá coger a Colemar sin necesidad de disparar.

Burger dijo, lentamente:

—Mason, debía usted de haber sido detective en lugar de abogado.

—Gracias —le contestó Mason—; me va muy bien así.

—¿Cómo sabía usted que iba a picar en la cuestión de Bevins y traerla aquí?

—Porque soy perro demasiado viejo para estimar a un adversario en menos de lo que vale. Sabía que usted la traerla aquí de una forma o de otra. Calculé el asunto de forma que tuviera usted el tiempo justo, aproximadamente, para traerla como testigo inesperado y confrontarla conmigo por sorpresa. Me figuré que haría usted eso.

—Pero... ¿no le dijo usted nada de sus planes?

—No; me dije que, cuanto menos supiera, menos tendría que decir. Sabía que si les decía a ustedes la verdad creerían que mentía.

—¿Cómo sabía usted que podríamos traerla aquí?

—Ahí está donde no cometí el error de estimarle usted en menos de lo que vale, Burger.

El fiscal suspiró, se puso en pie y comenzó a pasear por el cuarto.

—Está bastante claro, ahora que nos lo ha indicado él —dijo—; pero, ¡vive Dios!, yo hubiese jurado que Brunold había cometido el asesinato con la ayuda de la señora Basset y hubiera pedido la pena de muerte, por lo menos, para Brunold.

Se dejó caer en su asiento y guardó silencio.

—Después de todo —aseveró el juez, en son de queja—, debía usted haberme puesto en antecedentes de la comedia, Mason, para que no hubiera hecho el ridículo en esa forma en la sala.

Mason sonrió.

—Usted me perdonará, señor juez, y comprenderá que mis palabras nada tienen de irrespetuosas; pero, si no hubiera usted hecho el ridículo, como dice, no hubiera convencido a nadie.

Durante un instante, Winters frunció el entrecejo. Luego se dibujó en sus labios una leve sonrisa.

—Bueno —dijo—, como usted quiera.

Perry Mason apagó el pitillo, consultó su reloj, y encendió otro

cigarrillo. Burger se volvió a Mason, y dijo:

—¿Como diablos me voy a justificar ante los periodistas?

Mason agitó la mano, con generoso gesto.

—Quédese con todo —dijo.

—¿Todo qué?

—Todo el mérito. Diga que fue una comedia que había usted convenido desempeñar conmigo con el fin de acorralar al verdadero criminal.

Un destello de interés apareció en los ojos de Burger.

La puerta se abrió bruscamente. Tres periodistas irrumpieron en el cuarto. Cayeron sobre Burger, acosándole a preguntas.

—Un momento —dijo Burger—. ¿Qué ha ocurrido?

—Allá en el aeródromo... una ensalada de tiros. El sargento Holcomb está herido y Colemar muerto. ¿Cómo llegó allá Colemar? ¿Qué hacía? ¿Por qué fue a buscarle Holcomb?

Uno de los periodistas se separó de los otros y le asió a Mason del brazo.

—¿Qué dice usted de eso, Mason? —grito—. Denos detalles. Es el «truco» más grande que ha hecho usted en su vida...

Perry Mason suspiró.

—El señor Burger dará la noticia a la prensa por cuenta de los dos. Entre tanto, señores, perdónenme ustedes, pero tengo que ir a mi despacho.

Capítulo XVIII

Perry Mason se echó hacia atrás en el sillón de su despacho. Tenía la mesa cubierta de periódicos.

—El sargento Holcomb se ha portado la mar de bien —dijo—. Ya sabía yo que era un hombre de valor.

—Yo creí que usted le odiaba —observó Della Street.

—Su estupidez resulta irritante a veces —confesó Mason—; pero se mete en esas situaciones debido a su celo nada más. Conque Colemar sacó una pistola e intentó abrirse paso a tiros, cuando vio que estaba acorralado, ¿eh?

Ella movió afirmativamente la cabeza.

—En muchos detalles —prosiguió el abogado—, esa última situación resultó típica de los dos. El sargento Holcomb entró en el aeródromo con las sirenas en marcha.

—No tenía más remedio que usar las sirenas para poder correr tan aprisa por entre el tráfico —observó Della.

—Por entre el tráfico sí. Pero no *después* de haber salido de él. Tenía todo el aeródromo delante de él, y sin embargo, se le ocurrió entrar tocando las sirenas. Claro, Colemar comprendió lo que aquello significaba. Se escondió en la Sala de Caballeros, aplicó el ojo a la cerradura y aguardó a ver qué pasaba. Después de un rato, Holcomb se dirigió a la sala de espera. Colemar metió la pistola por el cristal de la puerta y rompió fuego. Si no hubiese estado nervioso, hubiera matado a Holcomb con el primer disparo.

»Hasta ahí, Holcomb no había desmentido su fama. Hizo las cosas todo lo peor que pudo. Alarmó al que buscaba al entrar en el aeródromo tocando las sirenas: Debió comprender que Colemar se hallaba en la Sala de Caballeros. El hecho de que se dirigiera a la puerta de la misma, demuestra que lo sospechaba. Un hombre de más inteligencia se hubiera acercado a la puerta por un lado,

hubiese abierto de un tirón, apuntando con la pistola y ordenando a su prisionero que saliera, de frente. Luego viene la parte del sargento que merece mi respeto y admiración.

»Fue un proyectil del 45 que le alcanzó en el hombro. Y, hermana, le aseguro a usted que cuando un proyectil del 45 le da a un hombre en el hombro, le roba la mar de energías. Holcomb ni siquiera llevaba la pistola en la mano.

Ella asintió, con la cabeza.

—Dígame —inquirió el abogado—, ¿se paró para sacar la pistola, o qué hizo?

—Siguió andando —contestó la muchacha—. El impacto del proyectil le hizo dar media vuelta. Se enderezó, apretó los dientes y siguió andando hacia la puerta, sacando la pistola al mismo tiempo. Colemar volvió a dirigirle un tiro y Holcomb empezó a disparar a través de la puerta. Se veían los sitios por donde atravesaron sus balas la madera. Hizo un grupo tan perfecto como si hubiera estado tirando al blanco en el tiro al blanco de la policía.

Mason afirmó lentamente, con la cabeza y dijo:

—Hacen falta redaños para hacer una cosa así. Es un hombre de valor.

Cogió uno de los periódicos. La fotografía del fiscal Burger ocupaba tres columnas de la primera página. Debajo de ella, en letras muy grandes, se leía:

*FISCAL DE DISTRITO, LUCHADOR, QUE ACORRALÓ
INGENIOSAMENTE, AL ASESINO DE HARTLEY BASSET,
CONSIGUIENDO QUE SE DELATARA A SÍ MISMO*

A la derecha y un poco más abajo había una fotografía del sargento Holcomb. El espacio intermedio iba lleno de dibujos en los que se veía al sargento acercarse a la Sala de Caballeros, disparando desde la cadera, mientras que Colemar estaba agazapado detrás de la puerta, vaciando un revólver del 45 contra el policía.

—La verdad es que se han adjudicado ellos honores de sobra —dijo Della Street, con resentimiento—. Fue a usted a quien se le ocurrió todo eso. Usted les puso las cartas en la mano. Ellos no tuvieron que hacer nada más que las bazas.

Mason se echó a reír.

—¿Se encargó usted de que Telma Bevins recibiera su dinero? —
inquirió.

—Sí; y recibió un premio bastante crecido de Peter Brunold.

—Bien hecho. Es un buen chico Brunold. Resulta un asunto magnífico para los redactores de artículos sentimentales, ¿eh...? Telma Bevins cumplió muy bien con su cometido.

—¿Qué hubiera usted hecho, jefe, si le hubiera fallado? Hubiese podido asustarse y contar toda la historia antes de comparecer ante el Tribunal.

—Lo bonito del caso es que no podía contarla. Si le hubiera contado a Burger lo ocurrido exactamente, el fiscal hubiera quedado convencido de que era una embustera muy inteligente y que sólo estaba intentando escudarme. Haciendo las cosas como las hice, Burger se autosugestionó en lo que se refiere a la identidad de la muchacha. Y cuanto más lo negaba ella, más convencido quedaba él de que estaba mintiendo.

—Pero... ¿y si *hubiera* ocurrido algo?

—Se lo hubiese podido sacar a Colemar en el interrogatorio, pero no quería hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque entonces hubiera parecido que había querido dejarle en ridículo a Burger. El fiscal me trató bien y fue justo e imparcial conmigo. Yo no quería ser menos. A Burger le horroriza perseguir a un inocente. Eso ya es una recomendación, para mí por lo menos. Cuando recuerde este asunto, sus recuerdos serán agradables. Me dará facilidades la próxima vez que quiera yo que investigue él alguna cosa en particular.

—Jefe —preguntó Della, de pronto—, ¿cómo fue a parar el ojo de cristal aquel a la mano de Enrique McLane? Es seguro que Colemar no lo hubiera puesto allí.

Mason la miró y sonrió expresivamente.

Ella comprendió el significado de la sonrisa.

—Pero —exclamó—, ¡si podía... si podía usted haber...!

—Hubiera resultado una ayuda magnífica para Brunold —
explicó Mason—, si él *hubiese* estado en la cárcel en el momento en que se cometió el asesinato. Por desgracia, estaba ya en libertad. Tuve que trabajar aprisa para impedir que la policía sospechara de él.

—Pero... ¡no debía usted de haber hecho eso! En primer lugar, no tenía usted derecho a correr esos riesgos. En segundo lugar, no era... no era... No puedo expresarlo.

—¿Qué no estaba de acuerdo con la ética, quiere usted decir?

—No es eso precisamente. ¡Está tan poco en consonancia con su posición...! Hace usted las cosas más imposibles del mundo. Es usted medio santo y medio diablo. No tiene términos medios, Siempre se va usted a los extremos.

Él se echó a reír y dijo:

—Odio la mediocridad.

—¿Y Hazel Fenwick? —preguntó la muchacha.

—Darán con ella uno de estos días. De buena se ha librado Ricardo Basset. De no haber sido por ese asesinato, la Barba Azul femenina se hubiera apuntado dos víctimas más.

—¡Dos víctimas más!

—Claro. Hubiera matado a Hartley Basset primero y luego a Ricardo. Quizá hubiese liquidado a Sylvia Basset también.

—¿Cómo puede una mujer hacer cosas así?

—Es una especie de enfermedad... Un trastorno mental... Hum... Supongo que tendré que atender a todo este montón de correspondencia y de notas.

Empezó a remover los papeles y, de pronto, se detuvo, y sus ojos se animaron.

—¡Hombre! —dijo—. Esto si que es algo.

—¿Qué?

—Cuando un hombre hereda de un portero —dijo, leyendo un papel—, ¿hereda también el gato del portero?

—¿De qué demonios habla?

—Es una nota de Jackson —explicó Mason—, un portero excéntrico, con una pierna seca, una muleta y un gato. Había estado trabajando en casa de un avaro que, al parecer, era tan excéntrico como el portero. El avaro legó la casa a cierta persona a condición de que al portero se le diese un empleo permanente... hasta que se muriese. El heredero está dispuesto a cumplir las cláusulas del testamento, pero ha avisado al portero que tendría que deshacerse de su gato. Lo dice aquí, en esta nota. Ande y léala... ¡Vive Dios! ¡Me encargaré del asunto personalmente! Me divierte... ¡«El caso del gato del portero»!

Notas

[1] Sitio de Norteamérica donde aprisa puede conseguirse un divorcio (N. del T.) < <